

# *Muestra de creatividad en salud mental*

OBRAS PRESENTADAS AL CONCURSO  
DE RELATO BREVE DE LOS  
VII PREMIOS UMASAM 2022



federación  
**SALUD MENTAL**  
madrid

# Muestra de creatividad en salud mental

Obras presentadas al Séptimo Concurso de Relato Breve

PREMIOS UMASAM 2022

Edita: Federación Salud Mental Madrid (UMASAM)

1.ª edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-09-44117-4

Impreso en España

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN PREMIOS UMASAM 2022	7
OBRAS PREMIADAS	11
<i>Primer premio</i>	
Estamos. ANDREA RODRÍGUEZ MIJANGOS	13
<i>Segundo premio</i>	
Tafilete marrón. MARIAN PALACIOS MARTÍNEZ	17
<i>Tercer premio</i>	
Sin rostro. BEATRIZ HIDALGO VELASCO	21
<i>Finalista</i>	
Más allá de la hilera de chopos. JAIME MATEO BARROSO	27
<i>Finalista</i>	
La carta. ARÁNZAZU SAN GINÉS RUIZ	32
RELATOS PRESENTADOS A CONCURSO	39
Guerra y paz en mi piel. MIGUEL ÁNGEL MARTÍN DE LA ROSA	40
Paz y libertad contra guerra. JUAN ANTONIO VALVERDE RELLO	44
Entre dos enemigos. SONSOLES ESCORIAL	46
Camino a la libertad. MARGARITA ORALLO ALFARO	52
Guerra contra la bipolaridad. DAVID MARTÍN RODRÍGUEZ	54
Mi visión sobre la guerra. CRISTINA MARTÍN RAMIRO	60
Parte de guerra. MANUELA CANCHO GALISTEO	62
Frío y calor. ESTEBAN GAGLIARDI ERAUSQUIN	65
La carta de Andrés. DIANA CINTHYA OLTEAN	67
Érase una vez... pero ya no. MARÍA DEL VALLE ULLA GARCÍA	71
Contando zapatos. ALEX CODESAL GÓMEZ	72

La herencia de Babel. RODRIGO MARTÍNEZ PUERTA	75
Guerra y paz sobre Yugoslavia y España. JOSÉ RAMÓN MARTÍNEZ CABELLO	82
Paz y libertad contra guerra: la injusticia de la guerra. RAFAEL GARRIDO HUETE	83
A solas. JUAN CARLOS DE LA ROSA OREJUELA	84
Guerra. ÁNGELA LIN LEE	85
Nuestra playa. CONCEPCIÓN PICÓN MARTÍNEZ	86
Los hijos del lobo. FRANCISCO JAVIER LÓPEZ MARTÍN	87
Refugio. RAQUEL CORRALES UCA	92
Carta sin destinatario. MARÍA SOLEDAD VEGAS JIMÉNEZ	94
Síndrome del impostor. ALBERTO LUIS COLLANTES NÚÑEZ	100
La guerra Rusia y Ucrania. ANA ISABEL HINOJOSA	102
Caminando hacia un futuro incierto. JOAQUÍN DOMINGO COMPAIRED	105
Libertad, paz y guerra. JAVIER OÑATE MARTÍNEZ	111
Las hilanderas de esperanza. VIRGINIA MÁS PEINADO	112
Nimiedades de la guerra. EMILIO JOSÉ HUERTAS LÓPEZ	118
El bacalao. PEDRO LUIS LÓPEZ PÉREZ	123
Para mi corazón. ALBERTO DE FRUTOS DÁVALOS	129
Imagínate que hay una guerra y no va nadie. TALLER DE ESCRITURA CREATIVA	135
El peor espectáculo del mundo. JUAN CARLOS GARCÍA RICO	138
Manifiesto contra la vanidad. CARLOS DE LA CALLE CABRERA	139
Paz y libertad. JAVIER CABALLERO RAMOS	143
¡Que vienen los dragones! MAY GONZÁLEZ MARQUÉS	144
Recuerdos del soldado moribundo. PABLO GASCÓN NÚÑEZ	147
La llama. JORGE SÁNCHEZ-HORNEROS LAGOS	151
Amigas. DIEGO RUIZ RUIZ	152
La noche. DANIEL ALONSO	156
Las cosas que importan. ISABEL BEATRIZ MARTÍN PÉREZ	157

Ana. JOSÉ DANIEL CÁCERES PINTO	163
Batas blancas. CLARA ALTARES ROLDÁN	170
El mismo miedo. RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ	173
¿Por qué la guerra? JAVIER SASTRE ROBLEDO	179
Salvas de vino y miel. FERNANDO ARIAS VICENTE	183
¿Quieres que te cuente un cuento? O la curiosa historia de dos mellizos poco idénticos. ALBERTINA GALIANO RODRÍGUEZ	189
Alma rota en pedazos. CLARA OCHOA	195
La mayor conquista. ELBA MARÍA GONZÁLEZ-BANFI GONZÁLEZ	197
Luka no se ríe. MARÍA ARÁNZAZU TORO ESCUDERO	198
Su alma. CONCHA MORA OLMEDO	202
Autoterapia. JULIO VAREA EZQUERRO	204
Ucrania. JOSÉ LUIS MÉNDEZ RODRÍGUEZ	212
Poema a Lyudmyla. JORGE PAVÓN ÁLVAREZ	218
Heridas de una guerra. SONIA DE MIGUEL ANDRINO	219
Afortunadamente existe Mariela. MARTA VELASCO GONZÁLEZ	225
La fuerza del agua. INMACULADA LIÉBANA GÓMEZ	228
Mi abuelo. VICENTE FERNÁNDEZ GARCÍA	232
La hendidura. CARMEN FLORES MATEO	233
Sobreviví a una guerra. MARÍA CARMEN FERNÁNDEZ CARRASCO	239
Disparos apacibles. HÉCTOR MARTÍNEZ GONZÁLEZ	243
Cayeron siete bombas. MANUEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ	245
Nuestra separación, por el exceso del amor imposible, pero no de la paz. ALFREDO AMIL LEÓN	252



# Presentación

Por séptimo año consecutivo, la Federación Salud Mental publica el libro *Muestra de Creatividad en Salud Mental*. Este libro, como en las ediciones anteriores, recoge las obras presentadas al Concurso de Relato Breve de los VII PREMIOS UMASAM.

La Federación Salud Mental Comunidad de Madrid – UMASAM agrupa a dieciséis asociaciones de personas con problemas de salud mental y sus familias que desarrollan su actividad en el ámbito de la Comunidad de Madrid.

Desde nuestra unificación en 2013, nuestro objetivo principal ha sido mejorar la calidad de vida de las personas con problemas de salud mental, sus familias y allegados a través de la revitalización del movimiento asociativo, de la unidad de criterio en las reivindicaciones, de la visibilización, la sensibilización y la prevención en salud mental, de la lucha contra el estigma y de la defensa de los derechos de las personas con problemas de salud mental.

Las asociaciones que componen la Federación Salud Mental Madrid son un espacio de encuentro, formación, sensibilización y reivindicación en salud mental, un recurso necesario y complementario. Por ello, los grupos de ayuda mutua, las campañas de sensibilización y formación, y los talleres ocupacionales, permiten mejorar la calidad de vida de las personas que tienen un problema de salud mental y su entorno, las familias y la sociedad.

La Federación y las asociaciones de salud mental somos un espacio donde pensar la salud mental en positivo, propiciar el trabajo sin máscaras y recordar que la salud mental somos todos y todo. Un espacio donde centrarnos en las capacidades de las personas y no en etiquetas estigmatizantes. Para ello, sobra decir que es necesario el aumento de recursos destinados a salud mental y a su tratamiento comunitario, en sociedad, en el día a día.

Para cumplir estos objetivos surgen en 2016 los Premios UMASAM, que comprenden un Concurso de Relato Breve, un Certamen de Pintura



y, desde 2021, un Concurso de Fotografía, para promover a través de la creatividad y, por supuesto, la diversidad, la sensibilización de la ciudadanía y la puesta en valor de las distintas realidades que afectan a la salud mental.

El arte nos acerca a esa diversidad, a esa diferencia. Es un espacio de impulso, de transformación, que posibilita centrarnos en el desarrollo de las capacidades y en lo positivo de las personas. Nos permite trascender de nuestro estado presente, acercarnos a nosotros mismos y compartir nuestro misterio con los demás. El arte sana y nos recuerda que el síntoma no es la persona.

Este libro pretende ser ese arcano por desarrollar, ese medio de comunicación mántrico que esconde nuestros ritmos, nuestros sonidos, nuestros significados ocultos por desvelar.

No podemos concluir esta presentación sin dar las gracias a las personas participantes, a esas y esos valientes que se atreven a desnudar el alma y compartirla con los demás. También damos las gracias al jurado que, incansablemente, año tras año, nos regala su tiempo, interés, motivación, apoyo y criterio. Estamos convencidos que su experiencia hace que este evento se consolide cada año con más fuerza; por ello, queremos expresar un especial agradecimiento a Mercedes Jiménez La Fuente, doctora en Literatura Española por la Universidad Complutense de Madrid, profesora de Bachillerato de Lengua Castellana y Literatura, Mariano Hernández Monsalve, doctor en Medicina, psiquiatra y Coordinador de los seminarios sobre “Escritura y Psiquiatría” del departamento de Humanidades de la Universidad Carlos III de Madrid, y Rafael Eduardo Carvajal, ganador del 6º concurso de Relato Breve de los premios UMASAM 2021, quienes alabaron la calidad de los textos de los y las participantes por la capacidad de desarrollar la temática elegida para este año “Paz y Libertad vs. Guerra”, seleccionando tras la oportuna deliberación a los siguientes premiados y finalistas:

- Primer premio : *Estamos* de Andrea Rodríguez Mijangos.
- Segundo premio: *Tafílete marrón* de Marián Palacios Martínez.
- Tercer premio: *Sin rostro* de Beatriz Hidalgo Velasco.

- Finalistas: *La carta* de Aránzazu San Ginés Ruiz y *Más allá de la hilera de chopos* de Jaime Mateo Barroso.

Gracias al equipo técnico de nuestra federación y de nuestras asociaciones, que hacéis malabares con las funciones que se desarrollan día a día. Gracias a las familias, a los socios y socias en primera persona, a los voluntarios y voluntarias, a las juntas directivas: sois esenciales para mantener este movimiento.

Agradecemos un año más el apoyo del Ayuntamiento de Madrid, pues gracias a la subvención para el Fomento del Asociacionismo del Área de Gobierno de Vicealcaldía, a través de la Dirección General de Participación Ciudadana, del Área Delegada de coordinación Territorial, Transparencia y Participación Ciudadana, se han podido llevar a cabo estos VII Premios UMASAM.

Y gracias, finalmente, a las administraciones, los técnicos y responsables políticos que recordáis que las personas somos importantes, que la felicidad de una facilita la felicidad de muchas, especialmente cuando hablamos de personas vulnerables cuya felicidad y bienestar incide, por extensión, en la sociedad.

La forma en la que tratamos a nuestros ciudadanos es un termómetro que indica el nivel de conciencia social en el que estamos y el nivel de calidad de las oportunidades que generamos. Esto es especialmente relevante cuando hablamos de personas vulnerables, que podemos ser todos y cada uno de nosotros.

Cuando estamos en un estado de vulnerabilidad, necesitamos que se blinden nuestros derechos para desarrollar nuestras capacidades, algo que va a revertir, indudablemente, en nuestra sociedad. La inversión en las personas es la mejor posible. La forma y la cuantía en la que priorizamos la inversión en educación, sanidad y recursos sociales nos ayudará a potenciar una sociedad donde el respeto elimine al estigma y la diferencia y la diversidad se asuman como el común denominador de la humanidad.

Quedamos convocados todos y todas para la VIII Edición.

Madrid, julio de 2022



# OBRAS PREMIADAS



Primer premio

# Estamos

ANDREA RODRÍGUEZ MIJANGOS

21 de septiembre de 2030

De cuando se bajó del autobús que venía desde Polonia, Alina apenas conserva recuerdos, solo sensaciones y algún *flashback* que intenta apartar rápidamente de la mente, escondiendo las instantáneas de dolor entre las cosas de su edad: el primer año de instituto, las clases de baile, Marcos, el mejor amigo de su hermano Alexei, diez años mayor que ella, las sesiones de Netflix con sus amigas del colegio, la tortilla de patata y algún Marlboro *light* que le quita a su tía del bolso cuando se despista y que se fuma a medias con Marta, su mejor amiga, los sábados por la tarde en el barrio.

De cuando su madre la sostuvo en brazos en la frontera durante dos días y medio, sin agua y sin comida, Alina conserva imágenes más claras. Suelen aparecer cuando mira a Alexei, ensimismado, comiéndose un bocadillo, o de pie con los ojos proyectados en la nada. También reaparece cuando su madre vuelve de trabajar, quejándose del dolor de espalda, del dolor de hombros, del dolor de rodillas. Muchas veces, aunque después se siente mal, no le pregunta qué tal se encuentra y tiende a refugiarse en la habitación. De Alexei y sus ojos perdidos puede esconderse menos, ya que comparten estancia. Lo bueno que tiene, piensa Alina, es que comparten también el mismo tipo de silencio.

Del recuerdo de Rivne, su ciudad natal, y de su madre tapándole los oídos, de las alarmas y del refugio en el sótano del hogar que la vio

nacer, Alina solo conserva el miedo a las motocicletas, a los helicópteros, a los cortacéspedes y a las batidoras. Para paliarlo, suele llevar unos auriculares que le regaló su tía hace dos años, a su juicio algo obsoletos, con música —normalmente reguetón— al máximo volumen. Pese a que su madre y las profesoras suelen advertirle sobre el peligro que entraña para su salud y seguridad, Alina hace caso omiso: se siente mucho más segura así. En Rivne no estaba Bad Bunny para distraerla del estruendo, de las caóticas noches de fuegos de artificio.

Alina se adaptó bien, dice la trabajadora social del colegio público de Pinto en el que cursó la primaria. Alina no conserva ningún tipo de trauma, comenta la psicóloga del centro de especialidades al que acude una vez al año. Alina es una niña feliz, dice su tía, mientras cruza una fugaz mirada con su madre mientras terminan de preparar la cena. Alexei se levanta de la mesa, en alguna ocasión, y sin mediar palabra se atrinchera en la habitación, sin haber probado bocado. Nadie le pregunta nada. Alexei es un caso perdido, dijo el director del último instituto al que acudió. En casa no da problemas, por lo que cuando se comporta así, tras unos segundos de silencio tenso, todo vuelve a la normalidad. Alina conecta los cascos al móvil, se los pone y, tarareando, termina de cenar.

21 de septiembre de 2040

Con la boca seca, los ojos rojos y carraspeando, Alexei mueve de forma nerviosa la pierna derecha, arriba y abajo, arriba y abajo, mientras espera su turno para subir al pequeño estrado que la organización ha preparado por la jornada del Día Internacional de la Paz. Pese a que todos los ojos están puestos casi en las antípodas de Rivne, él va a leer un texto que con dificultad ha preparado para la ocasión. Nadie se acuerda ya de aquella ciudad. Él no ha vuelto. Su madre tampoco. Su hermana pequeña se empeñó en hacerlo dos años atrás. No quiso preguntarle por lo que encontró; supo que no hacía falta.

En un perfecto castellano, Alexei saluda, se presenta, su rubio

pelo lacio pegado a la frente por el miedo escénico. Sentadas en segunda fila su tía y su madre, visiblemente emocionadas, le sonríen.

—El exilio es una forma de alienación —comienza leyendo—, una forma de alienación tan salvaje que te lo roba todo. Se llevó mi casa, se llevó mis amigos, y ahora —levanta la vista— me ha robado a mi hermana.

Sentada en la pequeña habitación blanca, Alina saluda con un gesto de cejas al médico. Es el mismo que la entrevistó el día que ingresó allí por primera vez. Acudió sola, agitada, chillando. Las constantes desconexiones no la dejaban vivir, estudiar la carrera, ir siquiera a clase. Hacía un año había decidido volver a Rivne, sin saber qué buscaba, pero convencida del alivio que le supondría. Al llegar se encontró aún más huérfana, más apátrida, más perdida. Había silencio, pero no había lugar para ella. De vuelta en el piso de Pinto, Bad Bunny había dejado de acallar el ruido de las bombas, los cigarrillos no mermaban su creciente ansiedad, el dolor de su madre lo somatizaba ella, los ojos perdidos de su hermano la enloquecían y le hacía odiarlo, pegarle puñetazos en el pecho hasta no poder más. Y un día, estalló todo el ruido que había llevado dentro tantos años, sin darse cuenta.

Alina se da la vuelta y se dispone a colorear un mandala. Allí dentro no tiene miedo: ha conocido la paz por vez primera. El hospital, con sus puertas cerradas desde dentro, supone un espacio seguro. Un espacio nuevo. Quizá hasta una patria. El hospital no está en ningún sitio y podría estar en todos: Alina disfruta de esa sensación.

La psicóloga da dos toques en la puerta antes de entrar, a veces tres, muy suaves. Sabe que necesita el contacto visual con Alina para atravesar el umbral. Una vez allí, empieza Alina, acompañada, el verdadero viaje en el tiempo que necesitaba realizar desde hacía veinte años.

Alexei baja del estrado entre tímidos y pausados aplausos. Mira el reloj, no quiere llegar tarde al trabajo. No ha querido avisar a nadie del evento, de su intervención en las jornadas. No ha hablado



a nadie de Rivne. Nadie del trabajo sabe que tiene una hermana menor.

Se despide haciendo un gesto con la mano a su madre, a su tía, sin querer encontrar sus miradas. Las dos se levantan, lentamente, y se estrechan las manos, orgullosas. Se sonríen.

Estamos bien, dice Oksana.

Estamos, dice María, encogiendo los hombros.

*Segundo premio*

# Tafilete marrón

MARIAN PALACIOS MARTÍNEZ

Caminan juntos hacia el punto de reparto.

—No lo toques. Esto no.

La fila del hambre avanza y retrocede como un fuelle. El camino entre las tiendas es estrecho y fecal.

El hombre alto arrastra los pies entre críos que tosen y juegan abrazados. Descalzo desde que salió de Siria, protege bajo el brazo un pequeño fardo de trapos y cuerdas. A su lado, el muchacho tiembla bajo el sol de finales de agosto.

—¿Lo puedo llevar yo? —le dice con ojos febriles.

—No te pares.

—Tengo hambre.

—Te daré mi ración —dice con una sonrisa. De sus labios agrietados como un lebrillo sin cocer brota una gota de sangre.

El hombre recuerda el ruego de su hermano soldado: «Sácalo de este infierno». Desde entonces sus vidas transcurren paralelas entre sumideros burocráticos.

Laiht Samaan, cuarenta y siete años, abandonó la cátedra de Arqueología en la Universidad de Alepo, huyendo de una guerra fratricida y desigual.

Olfatean la proximidad de la letrina comunitaria, un agujero en el suelo sobre el que transcurre en vuelo rasante un enjambre de alas verdinegras.

—Tengo sed —dice el chico.

—Esta no, Malek, está turbia. Beberemos del tanque. Ya estamos cerca.

El hombre lanza su mirada sobre los últimos veinte metros de la cadena. Mansos eslabones humanos avanzan para recibir la única comida del día.

Siente el escozor de las lágrimas por dentro. Recuerda su primer viaje a ese lado del Egeo, becado por la UNESCO. Revive aquellos meses en los que restauraba el acueducto subterráneo de Eupalino. Entonces el mundo olía a ropa limpia y a betún.

Sus sentimientos se entrecruzan como un nido de cables.

Camina lento, palpando a menudo el bulto que cuelga de su hombro. Lleva su dignidad intacta, junto a un par de zapatos de tafilete marrón, lustrosos hasta en la suela, con los que sueña vadear la miseria y reencontrarse con aquella Europa.

La vida en el campamento ahoga más que un naufragio. El calor se ciñe a las tiendas que brillan como escamas. La soledad le provoca escalofríos.

—¿En Europa habrá helados?

—Habrán. —«Habían», pensó. Recordar le aporta consuelo y le ayuda a resistir.

En algún momento deberá explicarle a Malek que han llegado, que Kara Tepe o Lesbos están en la tierra prometida. Que su viaje, sin fin y sin retorno, es esperar. Esperar esquivando el hambre y las epidemias.

Chasquea los nudillos y agarra el hombro del chico sólidamente. Intenta huir de sí mismo y de sus recuerdos. Están atados a una pesadilla que crece sin medida, al ritmo del gueto que los acoge.

—*Hello*, Dr. Samaan —le saluda un chaleco ACNUR al alcanzar el mostrador.

—Está enfermo —responde con la escudilla en una mano y el muchacho en la otra.

—El permiso de asilo no tardará en llegar. Su caso está claro —le asegura una cooperante, mientras roza la frente del muchacho con guantes de látex.

El aliento de la joven le trae el regusto reseco de su último café.

—Vamos. Tiene que verlo un médico. Está ardiendo —dice la mujer dirigiéndolos al auto de la organización señalado por el sol.

Los grandes ojos del muchacho devoran el estofado que humea abandonado en la mesa de reparto.

Un latigazo 7,6 en la escala Richter convierte en minutos la zona en una escombrera.

La barriada del hospital, cuatro barracones, unas cuantas viviendas y tres comercios cubren desmoronados centenares de sueños.

Intenta moverse, pero su piel es un lingote de plomo y los huesos no le responden. Doblado en cuatro, mira a la izquierda, el único ángulo que le permite su cuello deslavazado.

—Malek, Malek, Malek... —cree decir, aunque ningún sonido cruza el aire claroscuro que mastica.

Allí abajo su cerebro parece mecerse en la niebla, entre fogonazos de memoria. Se ve perdiendo pie al crepitar de muros. Oye el miedo, huele el dolor entre gritos de urgencia.

—Hemos llegado. Europa nos sacará de aquí —intenta chillar mientras imagina al muchacho saltando charcos con un helado en la mano—. Malek, contesta, ¿estás bien? —La fuerza del cuerpo se va evaporando en cada intento mudo.

Sus labios rotos lanzan un silbido desesperado. Siempre ha respondido a esa llamada. Una mezcla de sangre y saliva se desliza por su cara hasta empapar el polvo.

El rugido de excavadoras y grúas lleva horas alternándose intermitente con episodios de silencio absoluto. Cuando los perros ladrarán, los estetoscopios entran en acción rebuscando entre los cascos esquirlas de vida.

Una docena de uniformes rojos y naranjas remueven a mano el epicentro del derrumbe con movimientos lentos, como gasas en un baile.

Bajo un cruce de hierros, Malek, un feto en cruz, sueña —mitad delirio, mitad anhelo— con helados infinitos. No puede ver, sus

enormes ojos se apagaron de golpe cuando la camilla metálica se plegó como un pañuelo. Cree mirar la orilla del mar disolverse en el horizonte y recuerda las piedras milenarias que los recibieron desde aquella remota colina.

—Aquí, tío, aquí —grita al escuchar el sonido familiar.

Su postura es de yeso. Nota un calor húmedo correr piernas abajo. El olor lo tranquiliza. Está vivo.

Con el fondo de las manos palpa cuerdas y trapos que cree reconocer.

—Tío, están aquí. Los zapatos, tío... los tengo yo.

Entre repliegues de soledad, su cerebro supera el encierro y vaga sin gravedad sobre una ciudad soleada y viva. El ritmo de la respiración se va aletargando mientras camina más y más rápido hasta levantarse del suelo.

La voz de Malek llega hasta él como una fina lluvia que diluye su razón. Piensa en el muchacho. ¿Quién acompañará su vuelo? Los adoquines de la plaza Sintagma resuenan bajo sus pies lustrosos. «No dejes de soñar» dice entre dientes, mientras un hueso invisible parece atravesarle la garganta. El sueño se vuelve un remolino de recuerdos y la vida se le escapa entre el cieno.

Nunca han estado tan cerca. Son las dos orillas de una misma herida que puede ser mortal si no se restaña a tiempo. Encima de sus cabezas un túnel de luz pugna por abrirse paso en una atmósfera gris y pastosa.

Unos metros más arriba, manos curtidas, como acariciadas por un cepo, avanzan centímetro a centímetro abriendo surcos hacia la vida.

Tiran del hilo del silencio roto con la esperanza intacta.

# Sin rostro

BEATRIZ HIDALGO VELASCO

Ha estallado la guerra de nuevo. Sin embargo, esta vez no me ha cogido totalmente desprevenida, sin barricadas levantadas o sin un refugio seguro donde esconderme. Conozco demasiado bien los horrores de la guerra. Llevo marcadas sus crueles cicatrices en la memoria del alma. Aún recuerdo la primera vez que irrumpió en mi mente de manera salvaje y cruenta. Solamente tenía dieciséis años. Entonces, poco podía imaginar que aquel conflicto bélico se convertiría en una terrible constante durante el resto de mi andadura vital. Si un adulto no está preparado para enfrentarse a una batalla de tal envergadura, ¿cómo puede un adolescente inexperto salir ileso tras la lucha feroz contra la temible enfermedad mental? A lo largo de la historia de la humanidad se ha distinguido por ser una guerra silenciosa, desconocida y relegada al olvido, aunque no por ello menos letal y miserable, causante de innumerables víctimas, culpable de tragedias imborrables.

La primera guerra estalló durante el mes de mayo de 1990. Aquel maldito mes de exámenes finales acarreó un estrés brutal. Ahora sé que es el campo de cultivo perfecto para la enfermedad. El insomnio silencioso inundaba aquellas noches mientras las lágrimas se ahogaban en la garganta, incapaces de encontrar una salida. En un vano intento de luchar contra ese enemigo sin forma, traté de atribuirle un nombre. Creía, de manera ilusa, que la guerra en mi interior finalizaría si era capaz de racionalizarla. Una noche de insomnio y lágrimas

decidí llamarlo «Sin Rostro». Describía a la perfección al enemigo invisible que me acosaba sin descanso. Era algo desconocido, deseoso de adueñarse de todos los pensamientos que bullían confusos en mi mente aterrorizada. Había aparecido a traición, escondido entre las sombras, amparado por el estrés emocional. Una vez encontró un resquicio para colarse en mi mente adolescente comenzó a decapitar sin piedad una tras otra a la autoestima, la confianza y la razón. Sin Rostro arrasó los terrenos del optimismo y masacró al raciocinio. Únicamente quedó en pie la desolación, teñida de una pena silenciosa.

La batalla campal contra Sin Rostro apenas duró unas semanas. Al borde de la extenuación y de la locura, decidí rendirme. Me abandoné a la oscuridad, a la nada. Representaba el único camino posible para escapar de los crueles castigos del enemigo. Hacía días que la esperanza había sido capturada y, a los pocos días, asesinada a manos de Sin Rostro. Alguien me había dicho unos años atrás que la esperanza era lo último que perdía el ser humano. Hacía días que yo había cruzado ese punto de no retorno. No me quedaba nada. Sin Rostro me había arrebatado toda la cordura además de cualquier atisbo de esperanza. Era una muerte en vida, encerrada en una oscura prisión mental.

Nadie lo vio venir. El insomnio, la ansiedad, las lágrimas, los ojos vacíos no fueron señales suficientemente visibles para dar la voz de alarma. Paradójicamente, se había librado una violenta guerra en medio del silencio más demoledor. Sin Rostro se había encargado de amordazarme para que no pudiera pedir ayuda a mis posibles aliados.

Intenté resistirme todo lo que pude, lo prometo. Hice todo lo humanamente posible por no abandonar la batalla. Al principio, traté de aferrarme a los estudios con desesperación. Quizás en ellos pudiera hallar un escondite en el que mi temible enemigo no me encontrara. Unos años atrás, durante mi infancia, la técnica del escondite había funcionado. Los libros se habían convertido en un refugio seguro mientras mi padre luchaba su propia guerra contra su particular Sin

Rostro durante un largo y doloroso periodo de oscuridad. Pero, en su caso, Sin Rostro no lo amordazaba. Él lloraba amargamente, gritaba e incluso amenazaba con matarse cuando Sin Rostro le hacía daño. Ahora creo que eso lo salvó. Fue capaz de utilizar aquel llanto desesperado, unido a los atronadores gritos de dolor, para transformar a Sin Rostro en algo tangible, contra lo que era posible luchar e incluso salir victorioso. Los psiquiatras le diagnosticaron un «episodio depresivo mayor». En aquel entonces, con tan solo doce años, yo no entendía, ni por asomo, la jerga médica. Sonaba vacía, desprovista de significado, incapaz de describir el infierno que vivíamos día tras día.

Mi madre se transformó en guardiana de los fármacos y las penas de mi padre. Lo consolaba con voz suave al tiempo que lo arrullaba en sus brazos noche tras noche hasta que los tranquilizantes le hacían efecto y, por fin, caía en un sueño artificial plagado de sombras. Durante unas horas los tres nos entregábamos al ansiado silencio nocturno, a aquella breve tregua producto de la ausencia de Sin Rostro. Pero sabíamos que en cuanto mi padre despertara, la batalla se reanudaría sin piedad.

En medio de aquella vorágine, mi madre y yo nos convertimos en supervivientes emocionales. Necesitábamos desesperadamente mantenernos cuerdas en lugar de sucumbir a la locura que había impregnado cada rincón de la casa. Anhelábamos paz, pero respirábamos un miedo permanente. Me sumergí de lleno en el único posible espacio de calma: mis amados libros. Leía todo lo que caía en mis manos. Incluso llegué a leer detenidamente un libro escrito por un psiquiatra prestigioso sobre la depresión con el fin de comprender qué había transformado a mi padre en ese ser desvalido al que no reconocía en absoluto. No entendí apenas nada. Gracias a mis benditos libros de aventuras pude crear mis propios mundos de ficción en los que era libre. En ellos no había cabida para palabras como «suicidio», «anti-depresivos», «depresión» o «psiquiátrico».

Al cabo de medio año, Sin Rostro abandonó la guerra contra mi padre. Simplemente se esfumó. De un día para otro mi padre



abandonó la cama, al tiempo que recuperó el apetito junto con la capacidad de comunicarse con nosotras. ¡Se lo veía tan liberado! En casa volvió a reinar la paz y retornó la alegría tras el largo exilio. Olvidamos a Sin Rostro como se olvida un mal sueño. Empaquetamos nuestros traumas, el dolor y la angustia del pasado reciente dentro de la frágil caja del olvido. Jamás volvimos a hablar de ello. Fruto de aquel periodo de oscuridad surgió un personaje perfecto. Se trataba de una versión de mí que había fabricado para sobrevivir al trauma. De esta forma, creé una niña perfecta, brillante en los estudios, obediente y complaciente al máximo. Desempeñaba mi papel con una pulcritud exquisita. A cambio, obtenía el ansiado reconocimiento por parte de los demás. Me alimentaba de la mirada de aprobación del otro.

Durante los primeros años de adolescencia el personaje continuó funcionando a las mil maravillas, incluso conoció el amor y la verdadera amistad. Mi otro «yo» me protegía. Me hacía sentir en paz, a salvo. Poco podía imaginar que Sin Rostro regresaría unos años más tarde para aniquilarnos a mi personaje y a mí. Sí, así de cruel puede ser la enfermedad mental. Se mantiene dormida o agazapada esperando el momento idóneo para atacar. Así fue como en mayo del 90 Sin Rostro resurgió en todo su esplendor dispuesto a destruirme por completo. Ni los estudios ni los libros pudieron darme cobijo aquella vez. Tampoco mis amigas ni el chico que me gustaba pudieron salvarme de los embistes del enemigo mortal. Me mantuvo inmovilizada, con la boca amordazada, incapaz de gritar o pedir ayuda. Recuerdo pensar en aquella época que había penetrado en el territorio de la locura. Tenía la certeza de que nada ni nadie podrían sacarme de aquella negrura. Los pensamientos distorsionados se me asemejaban a balas que silbaban en el interior del cerebro, acribillando al personaje perfecto que había creado años atrás.

Recuerdo que tenía un examen de Literatura al día siguiente. Las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique me sumieron en una pena aún más profunda en aquella tarde oscura. Incapaz de

cumplir con mi papel, inhabilitada para representar a mi viejo personaje, exhausta por la batalla mental, la muerte representaba la única salida. Sin Rostro se había alzado victorioso mientras que yo había sido reducida a cenizas.

Sobrevivir a un intento de suicidio supone una victoria agri dulce. Por un lado, una faceta minúscula de ti —la parte que se aferra rabi osamente a la vida— respira aliviada al despertar en el hospital. La vida te ha concedido otra oportunidad. Podrías no haber regresado. Podrías no existir y, sin embargo, ahí estás. Has tenido suerte por fracasar en tu intento. Además, por fin tu familia y tus amigos son conocedores de la batalla que has librado en la más completa soledad. A partir de ese momento ya no tienes que fingir ni ocultar tu dolor. Pero, por otro lado... Surgen al instante la culpa, la vergüenza y el estigma. ¿Cómo mostrar a Sin Rostro? ¿Cómo encontrar el coraje para hablar de la depresión? Para colmo, la enfermedad no desaparece una vez te recuperas del intento de suicidio, al abandonar el hospital. En este instante comienza el largo y difícil proceso de recuperación. Tu personaje y tú os habéis roto por completo en pedacitos tan minúsculos que es imposible volver a unirlos. No volverás a ser la misma persona de antes de la enfermedad.

Mi historia está plagada de batallas desde aquella primavera del 90. Sin Rostro ha atacado en múltiples ocasiones. Es un gran estratega, así que conoce perfectamente las épocas de mayor vulnerabilidad: tras una ruptura amorosa, después de un parto o tras la muerte de un padre.

También he conocido largas épocas de paz y prosperidad durante estos treinta y dos años. Me considero afortunada. La mayoría de las personas que hemos batallado contra Sin Rostro coincidimos en que durante los periodos de paz experimentamos una sensación indescriptible de libertad. Saboreamos la vida con mayor deleite. Nos bebemos la felicidad a sorbitos, paladeando su dulzor. Se podría decir que atesoramos cada segundo de libertad porque somos conocedoras de la existencia de la oscura prisión mental.

Así que, aunque la guerra haya comenzado de nuevo, no pierdo la esperanza. Ya no. Ahora conozco las tácticas de la batalla, dispongo de potentes armas y cuento con mis preciados aliados. Sin Rostro es un viejo enemigo cuyo poder ha ido disminuyendo con el paso de los años. He construido refugios seguros que él desconoce por completo. Soy una superviviente. Venceré una vez más.

# Más allá de la hilera de chopos

JAIME MATEO BARROSO

Sabía de lo que eran capaces esos perros. Los había visto en acción cuando alcanzaron a Fernán. Aunque tuvo que apartar la mirada, aún pudo oír cómo arrancaban los pedazos de carne de su amigo, cómo crujían las tiras de piel tensadas hasta que se separaban fibra a fibra del resto del cuerpo. El más pequeño de los dos, que estaba dejando atrás su etapa de cachorro, aún mantenía ese espíritu juguetón y parecía recrearse experimentando con su recién adquirido instrumento de despiece. Poniendo a prueba su nueva dentadura, se ensañaba con el cuerpo de Fernán, ya inerte, despedazando sus restos, hundiendo los colmillos y con violencia tirando hasta sacar más pedazos de carne de los que podía comer. No paraba hasta dar con el hueso, que finalmente apretaba con ensañamiento entre sus poderosas mandíbulas. Un chasquido seco indicaba a Gonzalo, aún con la vista cubierta, que lo había reducido a astillas. Esto parecía divertir especialmente al medio cachorro, que se relamía los morros para limpiar la sangre chorreante y repetía el proceso. Continuó hasta dejar un cúmulo de desperdicios irreconocible que los buitres, dibujando ya círculos en el cielo, terminarían de limpiar, acabando así con todo rastro de la existencia de Fernán. Gonzalo no se quedó hasta el final de aquel esperpento, lo último que vio fue la cara impasible de su señor contemplando el sangriento espectáculo.

A sus veintitrés años, Gonzalo nunca había llegado más allá de la hilera de chopos que se extiende en la ribera del arroyo que baña parte de las tierras de su señor. Hijo de sierva, siervo había sido toda su vida. Labrando el campo, cuidando los animales, sin un padre conocido, Fernán, tres años mayor que él, había sido su modelo, su mentor, su amigo. También había sido el que lo convenciera para emprender esta huida; muerta su madre, ya no había nada que lo atase a ese lugar.

Solían sentarse a soñar juntos a la orilla del río al acabar la jornada, antes de regresar a casa. Gonzalo tallaba figuritas de animales en trozos de madera con el pequeño cuchillo que le regaló Fernán por su dieciséis cumpleaños. Fernán, por su parte, no aguantaba más de un minuto sentado, a pesar de haber estado trabajando todo el día, y se dedicaba a excavar pequeños agujeros con el pie, lanzar piedras al río o romper ramas caídas con las rodillas. El padre de Fernán les había hablado siempre de tierras de otros colores, de montañas, de pinares, de cosas que no conocían; en esos ratos en la ribera hablaban de salir de aquellas tierras y conocer esas otras algún día. Allí solo había campos amarillos y marrones.

Ahora, unos años más tarde, la revolución se acercaba y con ella sus esperanzas. Habían oído a un comerciante hablar de ella, también llegaría hasta allí. A su paso, los señores se convertían en simples labriegos y los siervos no tendrían que volver a agachar la cabeza nunca más. Gonzalo soñaba con el día en que apareciesen por allí grandes grupos de gente, llana como él, proclamando la revolución, ante los cuales su señor se arrodillase entregando las llaves de la casona. Desde la muerte de su madre, esto era lo único que le había devuelto la sonrisa, y esperaba paciente que el rumor lejano fuese creciendo hasta sonar a la puerta de su casa. Fernán, por su parte, se impacientaba, sentía que cada día que pasaba era un día más de su vida regalado a aquellas tierras y a aquel señor que tan poco le habían dado, un día menos para ver esos colores y paisajes de los que le habló su padre. Estando tan cerca la revolución como los extranjeros clamaban, le

hervía la sangre cada día en esa espera que le parecía una tortura. Esa mañana su paciencia dijo basta, todo se había precipitado de mala manera.

Gonzalo seguía tratando de borrar esas desgraciadas imágenes de su cabeza mientras huía para evitar un destino similar. Sin que aquello fuese un consuelo, la carnicería de Fernán le había dado una oportunidad a él. Cuando ya caía el sol, estaba a punto de llegar al lugar donde se yergue el último de los chopos y un camino cruza la tierra marcando el fin las propiedades de su señor. Allí los vio por primera vez. Un grupo armado, con carabinas alguno, con palos la mayoría. Todos iguales a primera vista. A la señal de un hombre se detuvieron los demás. Se adelantó con el rifle a la espalda para dar la bienvenida a Gonzalo. El camarada jefe le explicó que todo el mundo, a excepción de los señores, era recibido con los brazos abiertos. Gonzalo, aún alterado por la reciente muerte de su amigo les explicó acelerado lo que había pasado.

—¿Y dices que te vienen siguiendo? —le preguntó el camarada jefe.

—Eso creo. Les gané ventaja y conozco mejor la zona, pero tengo miedo de que los perros me hayan seguido el rastro.

—No te preocupes, amigo, ahora estás con nosotros. Ahora tendrás la familia que no has tenido hasta ahora y libertad. No más violencia. Si de verdad vienen tras de ti, les prepararemos una bienvenida.

Prepararon todo para tenderle una trampa al señor. Gonzalo haría de cebo y encendieron una hoguera para que lo encontrasen con más facilidad. Era muy fácil dar caza a esos vanidosos señores, explicaba, no concebían que un siervo pudiera ser más hábil que ellos. La estrategia funcionó. El señor y sus hombres fueron desarmados, incapaces de oponerse a la gran fuerza armada que los rodeó pillándolos por sorpresa. Los perros, que seguían saciados por el festín de la tarde, fueron algo más dóciles y fáciles de atrapar. Gonzalo pensó que se los cepillarían allí mismo, pero la promesa de no violencia se man-

tuvo. Habiendo hecho presa sin necesidad de recurrir a la pólvora, decidieron no derramar más sangre. Sentado junto al jefe mientras comían algo antes de dormir, frente a la hoguera, Gonzalo escuchaba deslumbrado sus palabras.

—No es cuestión de ser más blandengue o no, es cuestión de ser prácticos. Hay mucha gente que se dejaría llevar por una venganza a sangre caliente aquí mismo, pero la humillación pública funciona mucho mejor a nuestra causa. Mañana podremos mostrar a la gente de tu villa lo que la revolución representa.

Gonzalo no había conocido un personaje con un carisma similar en su vida y comprobó cómo trataba a todos los hombres de igual manera sin distinguir entre rangos ni clases. Cada vez que hablaba, los demás callaban. Era como un hechizo. En su huida, Gonzalo se había dejado llevar únicamente por el instinto de supervivencia, sin dirección real, incapaz de imaginarse un sentido a su camino sin la compañía de Fernán. La calidez que había encontrado en este hombre y sus compañeros había podido calmar la quemazón de hielo que lo invadía desde que perdiese a su amigo apenas unas horas antes. A pesar del horror vivido aquel día, pudo dormir sintiendo que aquella gente lo arropaba.

A la hora medianera del día siguiente, todas las gentes de la villa habían sido convocadas en la placilla frente a la casa, donde exhibieron atado a un poste al señor. El camarada jefe dio un discurso para todos aquellos que se congregaban allí.

—¡La revolución ha llegado, camaradas! Se extiende como la pólvora, no se detiene. No hay señor en esta tierra que se pueda oponer a ella, y hoy vosotros tenéis el privilegio de verlo con vuestros propios ojos. A partir de ahora todos seremos hermanos y nadie usará el látigo.

Una ovación estalló entre la muchedumbre que se apiñaba para ver mejor aquello que no podían creer: su señor encadenado y humillado. Gonzalo se mantenía en una segunda línea, callado, con la mirada sombría, ausente, ajeno a la excitación general, aun asimilando

los hechos de la jornada anterior. El camarada jefe hizo una señal a uno de los suyos, que trajo a los perros del señor, atados, rabiosos de nuevo, hambrientos, ladrando en el centro del círculo.

—Nuestro hermano Fernán fue ayer víctima de la violencia inculcada en estas bestias por su amo. Hoy se reparará el daño —dijo el jefe, haciendo un gesto a un segundo hombre.

Este trajo unos pedazos de carne roja, chorreante. Se los ofreció a los animales sin llegar a dárselos y estos pegaron un tirón tan fuerte que a punto estuvieron de tumbar al hombre que los aguantaba. Mientras una baba espesa caía de la boca de los perros inquietos, el hombre que sostenía la carne se acercó entonces al señor, que se erguía orgulloso con el torso descubierto, y ató una pieza en su costado desnudo. El otro soltó a los perros.

Gonzalo escapó de aquella pesadilla. Se vio de nuevo correr, revivir la escena del día anterior, huir de las dentadas de aquellos perros mientras las imágenes de su pobre amigo todavía chorreaban en su retina. No podía volver a ver una escena semejante. No podía quedarse con aquella gente. Veía los ojos de su señor y los del camarada jefe confundirse mientras el ladrido de los perros le martilleaba en la cabeza. No dejó de correr hasta dejar atrás el último de los chopos que marcaba el fin de las tierras de su amo. Tras cruzar el camino, se dejó caer exhausto a la ribera del río e, instintivamente, al ir recordando el aliento, sacó el pequeño cuchillo de su bolsillo y se puso a tallar figuritas en trozos de madera. Se imaginó a Fernán en su rincón a la orilla del río. Recordó las aventuras que soñaban con compartir. Eso que llamaban montañas. Esos colores que deseaban haber visto juntos estaban ahora más cerca que nunca. La revolución había llegado. Pero en sus brazos abiertos traía consigo también el recuerdo de la sangre. Aquellos no eran sus hermanos. Su hermano estaba muerto y con él la única familia que le quedaba. Estaba solo. Libre. Solo.



# La carta

ARÁNZAZU SAN GINÉS RUIZ

Estimado señor:

Le envío esta carta porque estoy convencida de que no hay otra forma de alcanzarle. Me he dirigido a usted con mi voz en más de una ocasión, pero jamás se ha vuelto a mirarme. Nuestros ojos no han llegado a cruzarse, ha estado muy hábil, lo reconozco. Aunque no lo entiendo. ¿Qué problema hay en que nos miremos, ¿en que nos hablemos!? Es una consigna malévola: no involucrarse, hacer sin mirar, sin pensar, como un burócrata en su oficina, que diría Hannah Arendt. Míreme, por favor.

Sé que es un buen tipo, le escucho hablar de sus padres con una dulzura que al principio he de reconocer que me sorprendía. Yo, que siempre he sido tan lógica, tan práctica, tan aparentemente coherente y cuadrículada... yo... me preguntaba cómo un hombre que muestra su dolor por la ausencia como lo hace usted, que se clava las uñas hasta sangrar cuando abusan de nosotros... cómo ese hombre... podía tratarme con tanto desprecio.

Me pregunto si me ha mirado alguna vez cuando no estaba atenta. Imagino que no. Tengo los ojos medio claros medio oscuros, el pelo de un color sucio que ya no reconozco, la piel blanca (aunque eso sí debe saberlo) y unas facciones poco favorecedoras. Soy amable e intransigente... o lo era. He acabado con muchas relaciones por sentirme traicionada. A veces dudo de si realmente lo fui, traicionada, digo. Supongo que simplemente esperé cosas que no pudieron

darle y decidí cortar en lugar de aceptar lo que sí podían y querían regalarme. Quién me ha visto y quién me ve, ¿eh? No, usted no lo sabe. Ahora me basta con estar acompañada, a ser posible una caricia y un abrazo, quizá dos o la mitad. No exijo nada y no me exigen nada. Los que convivimos estamos obligados a no exigir. Aunque procuramos aumentar nuestro vínculo en lo posible, un vínculo que en otras circunstancias jamás habría existido siquiera. Apenas me une nada a estas personas con las que comparto encierro. Nada más allá de los recuerdos comunes de una tierra que era bella y de unas ciudades que nos acogieron de manera similar. Sí, tiene razón, lo que nos une es mucho más de lo que imaginaba al principio. Anoche la chica del sur comenzó a cantar una canción tradicional, una que hemos cantado todos aquí en el colegio, en fiestas, en casa... Acabamos tarareándola todos. Esa canción significaba lo mismo para cada uno de nosotros, hablábamos sin hablar, recordábamos lugares, momentos muy parecidos, muy queridos, muy añorados... Es el vínculo de la tierra, un vínculo que carece de importancia en circunstancias normales, pero que te calma y apacigua cuando estalla la tormenta. Pero no se confunda, aquí hay también cobardes, misóginos, seres desalmados. Si ellos estuvieran al otro lado tampoco me mirarían, quizá incluso abusarían de mí, quizá simplemente harían negocios. Pero aquí dentro, estos seres tan diferentes no son más que grupo, somos grupo.

Y a pesar de todo, lo observo y siento que comparto más con usted que con cualquiera de ellos. Creo que pensamos de una manera similar acerca del mundo, que si pudiera estaría en casa leyendo un libro o charlando con los amigos con una cerveza delante. Creo que se imaginó valiente, decidido y honrado, y que fue esa imagen la que lo envió a la guerra. Creo que ha descubierto que es cobarde, tímido y deshonesto. Creo que me trata con desprecio porque se ve a sí mismo, tal y como es, en mi piel, en mis lágrimas, en los escasos insultos que le he lanzado. Soy su muy personal retrato al estilo Dorian Gray. Cree que si me mira, acabará destruido.

Tengo que pedirle disculpas. Siento esos insultos tempranos que le lancé cuando nos trajeron aquí. Pocas veces he odiado tanto y tan intensamente como cuando me convirtió en un ser solitario, ¿sabe? Fue usted, creo, quien acabó con mi hermano. Le hubiese matado en ese momento con mis propias manos. Discúlpeme, me temo que el dolor continúa. Creo que lo mataría mil veces y aun así no acabaría con esta presión en el pecho. Esa fue la primera vez que lo miré a usted a los ojos. Tan asustado como yo. Esa fue la primera vez que sentí que teníamos mucho en común. «¡Cuidado, detrás de ti!» le gritaron sus compañeros. Se volvió y no se lo pensó: disparó. Mi hermano no tenía una sola arma en las manos. Tan solo pretendía conseguirme algo de tiempo para que me marchase corriendo, cayendo inesperadamente sobre usted. Siempre tan tonto, siempre tan noble. Sabía perfectamente que yo no lo habría dejado nunca. Era la única persona con la que me sentía completamente en paz.

Sé que no es del todo culpa suya que mi hermano ya no esté a mi lado. Yo haría igual, creo, si alguien se me echara encima en mitad de una guerra. ¿Se acuerda usted del aspecto de mi hermano? ¿Llegó a mirarlo a los ojos en algún momento? Yo diría que sí. La belleza familiar quedó claramente concentrada en él. Era un hombre alto, atlético, moreno y con ojos claros. Esto último es en lo único en lo que coincidíamos. Creo que se habrían entendido bien. Él fue todo lo que usted imaginó ser y no es. Si lo hubiese tenido a su lado, usted no habría dudado. No habría sido cobarde, ni tímido, ni deshonesto. Estoy segura de ello. Como yo no fui jamás ninguna de estas cosas... hasta que murió.

Como le digo, sé que no es del todo culpa suya que lo asesinara. Es posible que ni siquiera sea un crimen de guerra. Leo en sus gestos que no desea convertirse en un criminal. Una cosa es carecer de valor y otra muy distinta es ser un criminal, ¿no es así? Están muy próximos en realidad el uno del otro, pero al menos el primero no busca hacer daño, sino evitarse el daño a pesar del sufrimiento ajeno. ¿Qué puede haber más humano que eso? ¿Salvaría usted a un chico que se está

ahogando? ¿Me salvaría a mí? No estoy segura. Depende de a quién tenga al lado. Depende de lo que se juegue. Mi hermano se habría lanzado al agua independientemente de las circunstancias. Era un inconsciente a quien le encantaban las películas de superhéroes. No disfrutaba demasiado de la vida corriente, aunque creo poder decir que era moderadamente feliz. Siempre pasando algún rato con los amigos o imaginándose a sí mismo salvando un autobús y recibiendo en recompensa el cariño de la gente. No paraba de ahorrar para irse a ver mundo. Quería ir a África de voluntario, ayudar, aprender y, en cuanto pudiera, montar su propia fundación de lucha contra las corruptelas y a favor de la creación de espacios realmente seguros. Él solo iba a acabar con todo el mal de este mundo y habría quien se lo agradecería... como si se tratase de Superman, Batman o la Hormiga Atómica. En fin, quizá tenga que darle las gracias. Al final mi hermano murió como le habría gustado hacerlo, siendo un héroe. Gracias a él hubo quien pudo salir huyendo, ¿verdad? No responda.

Va siendo hora de concluir. Si ha llegado hasta aquí se preguntará por qué le envió esta carta. En primer lugar, no ha sido fácil hacérsela llegar. No le aburriré con los detalles, principalmente porque no quiero perjudicar a quien lo ha hecho posible. A veces te encuentras aliados de lo más inesperado en sitios oscuros. Le ruego tan solo que mire a su alrededor con atención, porque no es el único que piensa lo que piensa y se desprecia lo que se desprecia. Quizá recupere el valor con algo de apoyo y pueda conseguir al fin mirar su retrato sin acabar fulminado. Hay esperanza para usted, créame. Usted me cae bien. Ya se lo he dicho, nos parecemos mucho. Desearía haberle conocido en otras circunstancias, quizá en casa de sus padres o de pícnic por el monte. En tiempos de paz. Me imagino abrazándole y usted susurrándome con dulzura que siente haber matado a mi hermano, que me lo compensará, que se convertirá en un héroe por mí. Y entonces yo le responderé que no quiero héroes, quiero personas normales que me quieran e intenten no hacerme daño. Quiero un mundo en paz en el que pueda cerrar los ojos en

primavera y sentir la brisa acariciando las hojas de los árboles antes de llegar a mí. Como Bertolt Brecht, quiero un mundo en el que no sean necesarios los héroes.

Perdone, me he desviado. Me preguntaba por qué le envió esta carta. Bien, se la envió porque ya no duermo por las noches. Cada vez que cierro los ojos escucho aún más cerca el dolor que me invade en el pecho, escucho bombas donde no las hay, escucho llorar cuando todo está en calma. Tengo miedo cada minuto del día. No consigo visualizar un futuro en paz. Me imagino sola en un mundo en silencio en el que los pocos que se acercan son enemigos. Tan solo deseo dormir y escribir. Cada vez que la verja se abre, grito. Estoy cansada del dolor. No veo esperanza, aunque sé, por lo que fui alguna vez —esa chica lógica y pragmática de la que le hablaba al comienzo— que sí que la hay. Sé lo que tengo que hacer. Sé que mis inesperados aliados me ayudarán. Sé que puedo vencer al tiempo y curarme cuando vuelva la paz. Sé que hay gente maravillosa. Usted mismo debió serlo alguna vez. Lo sé. Me pregunto si algo de lo que le cuento le parece de interés. Creo que sí. Me pregunto si duerme por las noches o si llora como lo he visto llorar en ocasiones furtivas lágrimas que borran enseguida esas manos duras y crueles que lo acompañan en el mundo real.

Le escribo... para proponerle acabar con su dolor y el mío. ¿Sabe que estudié medicina? Quería ser médico, fíjese. Supongo que habría acabado yéndome con mi hermano a África. Con un buen botiquín quizá habría podido evitar que lo terminara matando una enfermedad o herida cualquiera. Ahora ya no importa. Necesito que la próxima vez que nos dejen la comida tenga a la vista su pistola y a mano su cuchillo. Yo la tomaré, la pistola, y le dispararé sin matarlo, aunque hiriéndolo de cierta gravedad, y usted entonces llamará al resto de la guardia, se aproximará a mí con su cuchillo y me atravesará el corazón. Rápido y limpio, por favor. No se preocupe por el resto de presos, haré que estén alejados. No será difícil conseguirlo, están tan aterrados como yo y bastante más débiles.

Es mi regalo final para usted. Volverá a casa como un héroe, con su familia, con sus amigos, con sus lecturas y sus sueños. Sé que habría hecho lo mismo por mí. Como le digo, nos parecemos mucho. Me han confirmado que esta carta le llegará hoy, 14 de junio. Mañana será el día de nuestra liberación.

Cordialmente,

Ya sabe.



RELATOS  
PRESENTADOS  
A CONCURSO



# Guerra y paz en mi piel

MIGUEL ÁNGEL MARTÍN DE LA ROSA

He librado mil batallas, joder, bien sabe Dios que las he librado. He salido victorioso de muchas, y otras me han destrozado.

Esta batalla que libro terminará cuando quiera que termine, pasarán días, semanas y meses. Joder, «deja que termine» me dicen; «insensato», respondo desconcertado, «aún no lo deseo». Sé que lo único que me va a devolver esta batalla es desprenderme del miedo. Del único miedo que considero bueno. Del miedo que me conecta con la humanidad. De El Miedo que da saber, que no se va a volver a sentir temor por perder a alguien; por estremecerse en vida y que una oleada de lágrimas ahogue mi garganta.

No me he protegido, no he creado un personaje. Se fue el odio, o aún perdura, no lo sé. Sé que ese desprecio hacia a mí es una de tus mil razones para marcharte. Mi espalda será marcada por arañazos, cada vez que piense que no serás tú la que baje por mi cuello. Cada vez que recuerde un desvarío, cada vez que un efímero sueño viaje por mis ojos y te invoque.

«Díselo», me dice el aire; «díselo», me golpea la lluvia; «díselo», me manifiesta el sol. Me quedé con ganas de hacerte el amor en todos los despertares y lamer tu miel en nublados atardeceres. Atisbos de amor siento, pero busco esa intensidad golpeando y maltratando al que se fue, el que con gusto acepté, al que sin querer me había acostumbrado.

«Cabrón», me dice el sol, «eso era dependencia». «Cállate, pedazo de ignorante. ¿Qué sabrás tú? Tú, príncipe de príncipes, que tan solo puedes ofrecer a tu princesa un reflejo, y, cuando se va, esperarla para soñar con ella».

«No has llorado», me dice el mar. «Qué confundido estás, mi alejado compañero, que las nubes marquen sus lágrimas en ti, no es la única forma de demostrarlo».

«No has luchado», me dice el aire. «Cómo me gustas, mi fiel compañero, ojalá luche contra grandes rocas, me deslice entre agujeros imposibles y me enfrente al majestuoso tiempo. Sí he luchado, me enfrenté al oponente más duro jamás conocido, yo; ostias que si he luchado, bien sabe mi cuerpo lo que es estremecerse, sucumbir sin ti, aire... , que me has faltado». Porque al igual que la he amado con toda mi alma y deseo que sea la mujer más feliz de vuestra historia, he luchado por dejarla ir, por sus ojos brillando en la oscuridad, solo pudiendo recordarlos.

«Perdona», me dice la luna en las noches interminables. «Querida luna, la perdono, incluso las frases más duras que he sentido y me han hundido su frío metal están perdonadas», pero, luna, «¿cómo me perdono a mí? ¿Cómo se perdona el sol al dejarte ir una y otra vez con cada amanecer?».

«Busca nuevas batallas», me graba el fuego. «Las buscaré», al igual que tú haces por donde pasas. Sé que no hay rastros que quemar. Aun así, mi fiel compañero, «tú te apagarás cuando yo quiera», en esta angosta hoguera mando yo, y no he encontrado algo tan grande para asfixiarla.

«Ven conmigo», me seduce la naturaleza. «Señora mía, claro que iré, gracias por darme tanto sin yo pedirlo, pero no volveré a disfrutarte igual. Te abrazaré hasta que me rompa y caeré en tus encantos, pero me iré, y ya no sabré cómo extrañarte».

Tiempo, «¿por qué no te has pronunciado?», acaso no ves cómo me golpea, no sientes cómo la he amado, no te das cuenta de que ha cambiado un silencio, un no estar, por una persona que daría su vida por ella, ¿por qué solo amo uno cuando debían amar tres?... Tiempo, cojones, tiempo, «¿dónde estás? ¿Por qué no me gritas? ¿Por qué me abandonas?». ¿Por qué tengo que drogarme con mentiras para sentir que sigues a mi lado aun sabiendo que te estoy agotando como si fuera a vivir mil vidas más?

Todos unidos me dicen: «deja de ser tan necio». A todos os digo, «quizá lo sea por pensar así, esa guerra no se la deseo a nadie. Algún día tendré ganas de alzar la voz entre la luz de vuestras piernas y quedarme afónico gritando vuestros nombres, mientras os proclamáis reyes y reinas encima de mí. El único problema es: para ser rey o reina hay que tener patria, y ahora mismo solo deseo ser nómada».

Gracias por esta brújula que me habéis regalado, amigos como vosotros no encontraré nunca. Me servirá para saber que no estoy rodeado de lacayos mentirosos que solo escupen rabia contra ella. Me guiará ante el espejo y reflejará a la única persona a la que tengo que dar explicaciones, por la que ahora mismo solo siento odio.

«¿Qué has aprendido?», continúan preguntándome. «Que moriré junto a vosotros», no como una pieza más de un rompecabezas sin esquinas, sino a vuestro lado, yo os elijo, no soy un intento de querer impresionaros, ni mucho menos de hacer lo que esperáis. Pero sí os digo que he sentido el amor, que he estado con una mujer increíble y, aunque escuezan sus silencios, me gusta mi masoquismo, porque sé por qué hierven mis heridas. Nunca entenderé vuestras últimas páginas, joder, bien sabe el Diablo que no las entenderé, y, aun así, este ateo arrodillado entre sollozos derrumbado os reza:

«Alumbradla, reflejad sus ojos más bonitos si os atrevéis, arropadla en sus locuras, perdonadla si os falla, levantadla si cae, rociad su figura para que su piel nunca se agriete, acoged sus lágrimas y derramarlas en vuestros reinos, dejad que se haga reina y acompañadla en sus triunfos, joder, de corazón os pido que nunca la abandonéis, nunca, joder».

«Cómo nos pides eso». Muy sencillo, mis sabios compañeros; «porque por millones de cosas merece la pena. El amor que he sentido, solo ella me lo ha mostrado». La batalla comenzó arrodillado y terminará de pie o muerto, pero siempre orgulloso de mí... de ella... de vosotros... Esta es mi batalla, lo que me queda de ella, y solo yo

decidiré cuándo desee que termine; porque por muy duro que os suene, elijo recordar lo que es amar a vivir sin alma, elijo el amor al desprecio, elijo sucumbir al desvarío a que me golpee el olvido, elijo pecar en la orilla a ser perdonado en la barca de Caronte.

Gracias por hablarme, y a ti especialmente, sol, por iluminarme a través de tu luna, en esta dolorosa noche de un día sin camino.

# Paz y libertad contra guerra

JUAN ANTONIO VALVERDE RELLO

Al contemplar y reflexionar sobre las palabras «Paz y libertad vs. guerra», tema del relato este año, no puedo dejar de recordar para comenzar las palabras de María Montessori (pedagoga, médica, psicóloga y psiquiatra), nominada al premio Nobel de la Paz en tres oportunidades.

«Todo el mundo habla de la paz, pero nadie educa para la paz, la gente educa para la competencia y este es el principio de cualquier guerra. Cuando eduquemos para cooperar y ser solidarios unos con otros, ese día estaremos educando para la paz».

Dado que la paz, libertad y prosperidad de un pueblo dependen en gran medida del rey o jefe de Estado que lo dirige y gobierna, este debería ser siempre elegido por su sabiduría para comprender el dos con la ayuda del uno. Debe controlar el tres a través del cuatro, tiene que conquistar el cinco, conocer el seis, abstenerse del siete y así ser feliz con sus habitantes.

El uno representa el intelecto, el dos el bien y el mal. El tres son amigo, extraño y enemigo. El cuatro son regalo, conciliación, desunión y serenidad. El cinco son los sentidos. El sexto pactos, guerras... Y el séptimo dados, caza, hablar con rudeza, bebida, severidad en el castigo y malgastar la riqueza.

Un rey o jefe de Estado que busca prosperidad deberá tomar solo aquello que puede ser cogido y que sea beneficioso. Al igual que la abeja recolecta el polen sin destruir la flor.

Un rey o jefe de Estado debería someter primero su propio ser, considerándolo como su enemigo. Entonces nunca fracasará en someter a sus consejeros y, más tarde, a sus enemigos. Gran prosperidad aguarda al que ha sometido sus sentidos o controlado su alma.

Para terminar este breve relato dos frases: «La verdadera paz se cifra en la ejecución de la justicia y el amor» y «si quieres la paz, prepara la palabra, no la guerra», esta última de Federico Mayor Zaragoza.

P. D.: «Lo Uno es igual a la Unidad. La Unidad es consecuencia de dos o más. Compartiendo todo juntos, conocerás esta verdad. Todos somos Uno, lo ves ya». (Desafortunadamente algunos no lo verán jamás).

# Entre dos enemigos

SONSOLES ESCORIAL

Érase una vez tres hermanas que intentaban llamar la atención de su anticuado padre y reclamar los cuidados de su atareada madre. La mayor era muy bella, la segunda, muy obediente, y la tercera, muy inteligente.

Luz, Azucena y Sol crecieron felices, educadas según los principios de la antigua escuela, pero cuando la pequeña iba a cumplir los dieciséis años, explotó la movida madrileña y Tierno Galván fue encumbrado a la alcaldía de su ciudad de residencia, Madrid.

Luz y Azucena ya estaban criadas y felizmente casadas, pero Sol empezaba a salir y ampliar su círculo social. Su padre impidió que volviera más tarde de las diez. Su vestimenta, en palabras del señor Manolo, debía ser recatada y buscar la aprobación de sus vecinos, porque ¿qué iban a pensar?

Su madre, Rosa, escuchaba las dudas de la pequeña a la hora de elegir una carrera universitaria. Alentaba la opción de materias afines a las ciencias puras. Cuando Sol se atrevió a confesar que le gustaría mucho ser escritora, le espetó: «Con el desorden que hay en tu cuarto, jamás lo conseguirás». La frase se le anudó al cuello como una losa.

Las discusiones en esa casa campaban a sus anchas. Se saldaban según el que más gritase, pero la hermana pequeña, en su fuero interno, anhelaba un diálogo pacífico. Cuando las tres compartían dormitorio, Luz y Azucena se peleaban por todo, recurriendo incluso a las manos. No era de extrañar, pues las comparaciones entre ambas en boca de sus padres eran el pan nuestro de cada día. Abonaron un campo de cultivo fantástico para la envidia.

Cuando la bomba de relojería entre ambas estallaba, Sol retransmitía la pelea con la intención de llamar la atención de su madre para que pusiera fin al combate. Así, fue creciendo su admiración por la escucha al prójimo y el periodismo, a pesar de que su familia considerase a todos los comunicadores una panda de «rojos», «sindicalistas» y «feministas», palabras, todas ellas, cargadas de un fuerte contenido peyorativo en ese hogar de extrema derecha.

La política, impregnada de las heridas de la guerra civil española, invadía todas las facetas de la vida. Había cantantes, escritores, lugares de ocio impropios para mujeres decentes (como, por ejemplo, las piscinas), costumbres (como fumar por la calle y, en especial, en las calles de asidua prostitución) y, sobre todo, periódicos y políticos correctos, frente a los proscritos perdedores de la contienda.

Con la rebeldía de la adolescencia, Sol reaccionó investigando por qué su realidad estaba plagada de muros. ¿Existía una razón saludable para cumplir tantas prohibiciones?

Empezó a llegar tarde por las noches, tras frecuentar pubs y bares situados en calles desaconsejadas por su padre. Incluyó en sus salidas garitos de «ambiente», mientras cultivaba la amistad de personas de izquierdas.

El mayo francés, con su proclama «la imaginación al poder», la fascinó, así como los planteamientos anarquistas. Sin embargo, las bases del pensamiento marxista se le atragantaban.

Sol suspiraba por la paz y la libertad tras años de educación católica en un colegio de monjas. Como era de suponer, abrazó el aire libre de culpa del agnosticismo.

Se estaba convirtiendo en una joven librepensadora, cuando su madre enfermó de esclerosis lateral amiotrófica. Su musculatura se petrificaba a pasos agigantados. Finalmente, en un año y medio de progresivo sufrimiento, falleció en su casa, junto a sus tres hijas.

El duelo de Sol fue excesivo, totalmente trasgresor de las normas paternas. Había perdido un fantástico trabajo en un periódico y, en



lugar de buscar una nueva oportunidad laboral, se dedicó a salir por las noches. ¿Qué dirían los vecinos?

En fin, su familia se encontró con una realidad difícil de lidiar. Recurrieron a un psiquiatra que recomendó descanso y paz frente a los estímulos externos.

Sol pasó un mes y medio sin contacto con sus amigos, encerrada en su cuarto. Sin una explicación racional para estas medidas. Nadie a su alrededor era de su misma cuerda. Ella no se atrevía a charlar de los pensamientos que poblaban su mente.

El tiempo transcurría, pero Sol no mejoraba, ni siquiera con la ayuda de este profesional. Su familia empezó a temer por su salud en las pequeñas incursiones a la calle, escapadas del férreo control paterno contadas con los dedos de una mano.

Un día, unos hombres vestidos de naranja llegaron a su casa. La metieron en una ambulancia. Cuando pudo reunir sus fuerzas se encontró en un psiquiátrico con la etiqueta de «enferma de trastorno bipolar».

No se lo podía creer. Allí estuvo ingresada un mes entero en el que le administraron unos fármacos alucinógenos que la asustaron bastante.

Veía a los otros enfermos y a los médicos rodeados de una intensa luz de colores. Posteriormente, descubriría que no era la única que había visto el aura de las personas bajo medicación antipsicótica.

Al salir del psiquiátrico, ya nada volvió a ser como antes. De entrada, el número de amigos descendió a tres, empezó a engordar porque la medicación le había dañado el tiroides y, muy a su pesar, su autoestima, energía y seguridad a la hora de tomar decisiones se vieron seriamente perjudicadas.

En casa de su padre, todo seguía igual, aparentemente. Nadie se percató de que Sol ya no gritaba para tener la razón en los frecuentes combates verbales. De hecho, ni se atrevía a murmurar una opinión contraria a la de la familia.

Se metía debajo de una mesa, donde podía escuchar, pero no ser

vista. Allí imaginó cómo se sentiría siendo invisible y, sin darse cuenta, desapareció. Ni Manolo, ni Luz, ni Azucena se dieron cuenta.

Una tarde del mes de abril, la hermana mayor colocó un cuadro de Jawlensky cerca de la mesa. La joven quedó embelesada por esos colores tan vivos. La belleza de este bodegón despertó el latir de su corazón, que le ordenaba colarse en ese cuadro para vivir en primera persona la conexión armónica entre los objetos.

Se quedó mirando fijamente un jarrón de azul intenso, eléctrico. El color penetró por sus ojos y, desde allí, al corazón de su conciencia, donde ella pensaba que la imaginación hacía realidad sus deseos.

Sus dedos se petrificaron, luego las manos adquirieron la misma rigidez. Sol mantenía la atención fija en el cuadro y vio aparecer a su lado los otros elementos de la naturaleza muerta.

Al principio de la primavera, el vecino del tercero pasó a pedir prestada una escalera. Se quedó fascinado con el cuadro. El señor Manolo, que no disfrutaba mucho con esa composición de tan estridente colorido, se lo regaló. Su vecino, Miguel, llegó a su casa y lo colocó cerca la mesa, junto a una ventana.

Todos los días, antes de salir a militar en diferentes organizaciones marxistas, miraba el cuadro y quedaba cautivo de su particular encanto.

Nada le gustaba más que colaborar con asociaciones de base. No tenía ojos para nada más, hasta que ese cuadro entró en su vida.

Un primero de mayo, cuando se disponía a acudir a las manifestaciones, se sintió tan emocionado ante el dibujo que acercó la boca para besarlo. Al presionar sus labios sobre el lienzo, una mano de mujer salió del bodegón, luego una cabeza y, finalmente, las piernas. Miguel se encontró besando a una atractiva mujer. No se supo quién estaba más sorprendido.

Sol se enamoró profundamente de este hombre para quien el marxismo impregnaba la cotidianidad.

Sin embargo, no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que solo había cambiado el collar del perro. Su inteligencia protestaba

por tanta ideología... Ahora no era esclava de la opinión de los vecinos, era esclava de un sistema de creencias.

Pasaba los fines de semana y las vacaciones sola, pues Miguel tenía que responder a los compromisos de su participación política. Los años pasaban, Sol se asomaba a la ventana y veía a los pájaros volar. Los envidiaba, aunque no tuvieran conciencia de su libertad.

Un día de otoño, al abrir el balcón, sintió un soplo de aire frío recorrer su cuerpo desde el pelo hasta los tobillos. Fue una sensación difícil de explicar. Se preguntaba si los éxtasis de santa Teresa eran similares. Y dejó de cuestionarse el por qué para pasar a sentir la realidad sin miedo.

No había nada más revolucionario en esa casa que recuperar la fe en Dios. Había recuperado el amor al prójimo, ahora tenía que dar un salto más allá. Le recomendaron la práctica del *mindfulness*. Parecía comerse el mundo a bocanadas. El oxígeno penetraba en su cuerpo para alimentar todas las células en constante regeneración.

La magia del funcionamiento del organismo le parecía un regalo divino. Cuando respiraba sentía una paz inmensa que se iba apoderando de sus músculos, desde la coronilla hasta la planta de los pies. El verde de las hojas de los árboles, que percibía a través de los ojos, le causaba una gran dicha. Se sentía agradecida a Dios por la naturaleza que la rodeaba.

El amor divino a la humanidad, expresado en su entorno, le hizo recuperar la fe en sí misma. Y quiso volver a probar suerte en el amor. Era el día de Nochebuena cuando se mudó a una casa de campo en Caños de Meca. Así terminó su relación con Miguel. La libertad empapaba sus sueños.

Su familia se opuso a semejante proyecto. ¿Cómo iba a mantenerse sola si era una enferma de trastorno bipolar? Miguel pensaba que la enfermedad le impedía usar la razón correctamente.

Despreciaba la lealtad que había mostrado permaneciendo a su lado todos estos años a pesar de sus altibajos. Además, afirmaba que sentía a Dios en todas las cosas. Decidió esperar a que la volvieran a ingresar.

Y, mientras tanto, Sol no daba un paso atrás. Poco a poco se acopló a su nuevo entorno natural. Cuando hubo solucionado las cuestiones prácticas del día a día, se hizo un gran regalo. Se sentó en la mesa del porche y se puso a escribir. Su primer relato se lo dedicaría a su psiquiatra, un alma caritativa que la había apoyado para recuperar el amor propio como fórmula para reducir su abundante medicación.

En plena naturaleza pudo practicar la pintura y la escritura, sin miedo a equivocarse cuantas veces fuera necesario. Ella no se olvidaba de darle las gracias a Dios por la posibilidad de vivir libre, como una esponja que absorbe todas las tendencias artísticas con independencia del color político de su autor.

No tenía que gritar, ni esconder sus pensamientos en palabras vanas en el nuevo grupo de amigos. Su jardín se convirtió en un centro de reunión donde la amabilidad, la bondad, la empatía y la generosidad se paseaban a diario.

Y, con el tiempo, llegó Javier, una persona que la calmaba después de tener una pesadilla y le ayudaba a darse cuenta de que estaba despierta. Así ejercitó la catalogación de las secuencias del subconsciente, tan vivas en su interior que se confundían con las vivencias reales. No creía que estuviese loca, la amaba con toda su idiosincrasia: con su *mindfulness*, su espiritualidad, sus momentos más bajos y altos de ánimo y su manera desmedida de amar.

Gracias a él, superó sus ataques de pánico. La ayudaba a desarmar el miedo mostrándole cuándo se trataba de una emoción que no se correspondía con la realidad que vivía. No era un adicto al trabajo, tenía tiempo para asistir a las reuniones de una nueva corriente psiquiátrica que aboga por el diálogo frente a los ingresos.

Así, Sol pudo superar los estragos de la guerra civil en su personalidad y tratar con personas que se transformaron en auténticos apoyos para los buenos y los malos ratos del camino vital. Nadie le diría a quién votar, nadie le diría a quién rezar, nadie le diría con quién compartir su vida y, en adelante, nadie perturbaría su paz mental.

# Camino a la libertad

MARGARITA ORALLO ALFARO

Debajo de sus pequeñas manos y contra el suelo estaba la cabeza de Juan que, de rodillas, totalmente contraído, no conseguía respirar ante el sonido de las bombas que caían lejanas. Miró de soslayo a ver si su madre lo había visto. Seguía en el sofá, el brazo se le había caído y la mano rozaba el suelo. La botella había rodado y estaba junto a la mesa. Roncaba con la boca abierta, era preferible tenerla así, despierta ya sabía lo que le esperaba. Aún le dolían los golpes en los muslos y las marcas de sus dedos en los brazos.

Se levantó despacio, se acercó hasta la ventana y con la mano separó un poco el visillo para observar en la lejanía. El fuego y el humo se hacían visibles a larga distancia. Sabía que llegarían hasta ellos y eso le hacía sentirse muy inseguro.

Cogió la botella del suelo y la tiró a la basura en la que había acumuladas tres más. De la nevera comió unos restos. Los pantalones se le caían, hacía meses que los llevaba con algún agujero y los deportivos estaban muy sucios y desgastados. Se acostó un rato, tenía sueño, tal vez dormir para siempre sería lo mejor.

Varios días después, su madre llegó despejada gritando que tenían que irse, cogerían lo imprescindible, un autobús los llevaría hasta la frontera. No había tiempo para preguntas, debían escapar, aquella palabra «mágica» lo hizo sonreír. ¡Por fin había llegado el día! Cargados con la mochila y la última botella medio vacía que les quedaba se marcharon.

La avenida principal estaba colapsada por los coches que, como ellos, intentaban huir de la guerra. Otros corrían en su misma dirección. Muchos autobuses esperaban con la gente a sus puertas. Ella lo

agarró fuerte de la mano y lo llevó hasta uno de ellos, sacó la botella de la mochila y la colgó sobre los hombros del pequeño.

Durante unos instantes el tiempo se detuvo. Le cogió la cara entre sus manos y lo miró a los ojos, nunca la había visto llorar, lo besó y acercándose a su oído susurró aquellas palabras que apenas recordaba: «Te quiero». Lo empujaron hacia el interior y se sentó junto a otro niño algo más pequeño. Los golpes de las manos en el exterior junto con las lágrimas y los gritos desesperados desaparecieron al iniciar la marcha. En el interior los gimoteos seguían, los mayores intentaban acallarlos con palabras de consuelo. Algunos llevaban cosido un papel en la camiseta con datos que podrían identificarlos. Se preguntaba cuál sería su destino, pero en su interior respiraba la liberación y, a pesar de la guerra, era la primera vez que sentía paz.

# Guerra contra la bipolaridad

DAVID MARTÍN RODRÍGUEZ

Siempre me ha gustado comparar una enfermedad mental crónica como si de una guerra se tratase. Guerra en la que, encima, vas con el bando perdedor. Durante la guerra, la gente de la que te rodeas queda diezmada completamente. Poco a poco quien no ha fallecido emigra y el que no lo hace tiene dos opciones: o se queda contigo aún más unido que antes —aunque solamente os reunís en lugares ocultos— o pasa a formar parte del equipo de las burlas y los estafadores.

A todo esto, hay que añadir la soledad que se genera al dejar de ser útil para la sociedad. ¿Te has fijado alguna vez en cómo se sienten los recién jubilados? Puede que de forma inicial empleen el tiempo en viajar o en hacer todo ese montón de tareas que dejaron para más adelante; ¿y después? Pues después seguramente tengan un sentimiento de desconexión con la realidad, de falta de actividad brutal que puede desencadenar en un bajón anímico. Y encima ten las narices de quejarte, que ya se te echará encima todo hijo de vecino que esté trabajando... Pues si dejas de trabajar debido a una enfermedad mental este drama se incrementa, nadie va a bajar del cielo a decirte cómo cubrir esas horas muertas y vas a darle vueltas a la cabeza como nunca.

«¡Qué bien, lo que más necesita un enfermo mental! ¡Darle vueltas a la cabeza a todas horas! Mierda, se me ha pulsado el botón de la ironía. Perdón, ya lo quito».

En mi caso, la persona con una enfermedad mental es mi padre. Tiene poco más de sesenta años, tiene trastorno afectivo bipolar y en este tiempo, en el que se nos ha recortado a todos la libertad por

la pandemia, digamos que ha comenzado su guerra fría contra su enfermedad.

A todos nos ha supuesto un sufrimiento enorme quedarnos en casa, dejar de ver a familiares y amigos y realizar una vida entre cuatro paredes a todas horas. Ahora suma esto a la soledad manifiesta que he contextualizado al principio y hazte la siguiente pregunta: ¿cómo te sentirías?

Aquí me imagino que igual te preguntarás «pero si te tiene a ti, ¿no?». Pues aquí cometí uno de mis fallos garrafales: tenía miedo de ver a mi padre por transmitirle la COVID, súmame los cierres de barrios o incluso de autonomías y tendrás la respuesta. Y sí, claro que se podía ver a personas con enfermedades mentales que lo necesitasen pese a los cierres de territorios gracias a justificantes médicos, pero para cuando lo supe ya era demasiado tarde.

La guerra es la antítesis de la paz y en este caso lo que estaba en juego era la libertad de mi padre y la mía. Para él la libertad en esos momentos de guerra fría era un símil de libertinaje, de hacer todo lo que le venía en gana sin pensar en consecuencias. Para mí, durante ese segundo año de COVID, la libertad comenzaba en muchas ocasiones cuando mi padre estaba ingresado en el hospital en la planta de psiquiatría. Como puedes imaginar, cuando mi padre se sentía libre yo temía por su vida, dejaba de tener mi vida en paz y destrozaba mi libertad contra la pared, dado que iba continuamente a socorrer a esa cabecita que estaba descarrilando.

Qué duro decir esto de un padre, ¿no? Pues imagínate lo duro que es vivirlo, aunque, tranquilo, te voy a ayudar a hacerlo.

Un buen día, tras una semana en la que tenía indicios claros de que estaba en su estado de manía, y tras una llamada de un conocido alertándome, llamé a mi padre por una posible estafa que estaba sufriendo. Para ponerte en situación, estábamos en plena cuarta ola con las comunidades autónomas cerradas entre sí, lo que me impedía verle al vivir en comunidades distintas; yo estaba ya de los nervios tras haberme dicho en varias ocasiones que quería vender una casa,



reformular una antigua propiedad en el pueblo, que quería montar una pastelería conmigo —soy informático, no puedo estar más lejos de querer montar una pastelería— e incluso se había convencido de que había ganado la quiniela —faltaban aún por jugarse varios partidos y ya había fallado en tres encuentros—, por lo que la semana no estaba siendo precisamente un camino de paz y armonía.

En la llamada me dice nada más y nada menos que se va a ir a Rumanía con un amigo, que le ha dicho que con tres mil euros es más que suficiente para ir, ver Rumanía y volver.

«¿Qué se va a dónde? ¿Pero qué amigo es ese?». Vamos a desgarnar lo que acaba de ocurrir en una serie de preguntas para captar la dificultad de todo esto. Sobre todo hay que buscar algún punto en el que toda lógica pueda desmoronarse, hay que tratar de convencer a una persona de que no haga lo que en ese momento le hace especial ilusión.

¿Rumanía es precioso? Sí que lo es.

¿Con tres mil euros se puede recorrer Rumanía de arriba a abajo en quince días en coche, partiendo desde España, y volver? Por supuesto.

¿Crees que nadie ha viajado a otros países en coche pese a los estados de alarma y demás problemas? Pues solo teníamos que abrir el Instagram o Facebook de cualquier famoso y ver cómo se hacía turismo hasta para vacunarse.

Llegados a este punto, solo nos quedan las preguntas obligatorias sobre quién era ese hombre y por qué le había ofrecido a mi padre ir hasta Rumanía en coche, tres mil euros mediante.

¿De qué se conocían ese hombre y mi padre? Según mi padre eran amigos.

¿De verdad aquel hombre iba a hacer un viaje con mi padre a Rumanía al día siguiente? No lo creo y, de hecho, gracias no sé muy bien a qué, no lo hicieron.

¿Se conocían realmente? Tan solo de esa misma tarde.

«Un momento, ¡pero si acabas de decir que eran amigos!».

Sí, pero como te he anticipado, estaba en un estado de manía o, como él mismo dice, estaba «mejor que en la vida». Él asemeja estar feliz a ser, en palabras de Homer Simpson, «un hombre mágico, del país feliz, de la casa de gominola, de la calle de la piruleta», pero sin ningún tipo de ironía. Y claro, en ese estado hace amigos con un simple pestañeo, sobre todo si entre pestañeo y pestañeo te apiadas de esa pobre persona, que está viviendo de la chatarra, le das unos cuantos billetes porque te da pena su historia familiar y lo invitas a comer, aunque en todo este tiempo no sepas ni su nombre; y no, no hablo en broma cuando digo que mi padre no sabía ni su nombre y, claro, ahí es donde su historia se tambalea y se viene completamente abajo. Pero se viene abajo la historia para los que no estamos en *el país feliz*, mi padre seguía en una pompa pensando que aquel desconocido y él eran amigos y que toda esta historia tenía el mayor de los sentidos.

Así que aquí entraban las batallas en las que yo trataba de despojarlo de su libertinaje llevándolo al hospital y, como en toda guerra, cuando él perdía libertad la ganaba yo.

En este caso, al menos para mí, la lucha estaba entre su libertinaje y mi paz. Me imagino que para mi padre la lucha estaba entre su libertad y mis ganas de tocar las narices.

Cuatro ingresos en el hospital en tan solo siete meses. De media estuvo ingresado tres semanas cada uno de esos cuatro ingresos, con lo que estuvo un total de tres meses dentro del hospital y cuatro fuera, pero qué cuatro meses...

Sé que todo empezaba de la misma manera: dejándose de tomar la medicación con cualquier pretexto. ¿Que cuáles eran esos motivos? «Me dolía la tripa», «no había medicación por la mañana en la farmacia» —llevaba sin tomarse la medicación dos semanas—, «los médicos me están atiborrando a pastillas para ganar más dinero a mi costa», «la medicación es la que hace que parezca que estoy casi sin vida» y mi favorita, «yo no estoy enfermo».

Algunas excusas pueden tener más o menos coherencia durante un periodo determinado, como puede ser mediodía en el caso de la

farmacia o un par de días hasta que se le pasa el momento máximo de su bajón; pero las que me dejaron sin habla fueron tanto la de que los médicos ganan dinero a costa de lo que él se gasta en medicación —es pensionista y no paga ni un duro por dicha medicación— y la de que no está enfermo.

La primera de estas dos se la he escuchado incluso en una revisión con su psiquiatra bastante alterado, lo que supuso el segundo de los cuatro ingresos que tuvo en psiquiatría.

La segunda tiene mucha miga porque es la que más peligro tiene de todas las invenciones. ¿Y cómo haces que una persona que se siente el «hombre mágico» vea que sí que está enfermo? Pues primero de todo hay que ir a la raíz del problema.

Aquí hace mucho daño esa adicción a menospreciar a los psicólogos y su trabajo por parte de la sociedad. Mi padre se decía a sí mismo que estaba bien, sin enfermedad alguna porque también lo escuchaba de los que se hacían llamar sus amigos, los mismos que luego se aprovechaban de él. No sé qué hace más daño a una persona con una enfermedad crónica: que se le haga creer que no tiene su enfermedad o que lo estafen.

Para no sacar aún más problemas de los que se pueden resolver en este relato, dejaré todo el tema de las estafas para otro momento y voy a continuar con lo que nos atañe: cómo hacerle ver que sí que está enfermo.

Esta batalla fue muy difícil. Llegaba un momento en la conversación en que me decía que se había inventado todo para dejar de trabajar. Mi cabeza estaba a punto de estallar. Según mi padre, había engañado a su médico de cabecera, al de la mutua y a dos médicos forenses durante nada menos que los dos años hasta que le dieron la incapacidad laboral. Pero claro, hay que tener en cuenta los siguientes trece años de su vida, con lo que añadamos a otros dos psiquiatras, dos médicos de cabecera e infinidad de enfermeros que lo atendieron en atención primaria, pero no nos olvidemos además de los que lo atienden cada vez que pasa por urgencias cada vez que está

descompensado. ¿Es o no una misión imposible digna de un Óscar? Como habrás imaginado, fueron unas horas muy largas de una conversación horrible y, efectivamente, acabó con mi padre ingresado de nuevo al aceptar que tenía que verlo un médico.

Después de un montón de batallas como las que he descrito, finalmente la guerra la ganamos los dos gracias a que aceptó ir a una vivienda tutelada. Esa soledad que describía al principio ha desaparecido prácticamente, se toma la medicación cómo y cuándo debe y está muy contento, bajones aparte. Por supuesto, yo estoy supertranquilo, en paz y cuando nos vemos ya no hay más conversaciones incómodas sobre su medicación, psiquiatría ni Rumanía. Por fin puedo disfrutar simplemente de mi padre y él de mí.

«Oye, ¿cuál es ese cuarto ingreso?». Bien visto. Efectivamente, han sido cuatro ingresos en psiquiatría y tan solo te he descrito tres. El cuarto estaba en una depresión brutal y fue el pretexto que me facilitó convencerlo de ir a la vivienda tutelada, necesitábamos paliar su soledad y su desconexión con la medicación.

Creo que la diferencia entre este relato y una guerra es que tras el final de nuestras batallas solamente había abrazos y reconciliación y ahora aún más, y eso no ha pasado nunca entre dos líderes enfrentados. ¿Te imaginas a Putin y a Zelenski dándose un abrazo cuando acabe todo esto?

# Mi visión sobre la guerra

CRISTINA MARTÍN RAMIRO

¿Qué es una guerra?

Si buscamos dicha palabra en el diccionario, este la define como la desavenencia y el rompimiento de la paz entre dos o más potencias.

Esta desavenencia o conflicto puede tener numerosos posibles orígenes, como pueden ser cambios en el poder, cuestiones económicas, la confluencia de diferentes ideologías, intereses comunes por territorios o la invasión de estos por parte de otras naciones, incumplimiento de pactos...

Y la forma de solucionarlos la inmensa mayoría de las veces desafortunadamente se produce a través del uso de las armas, bombas, misiles de largo alcance u otro tipo de artefactos para tratar de eliminar a cuantos más «enemigos» mejor.

A lo largo de la historia se han vivido numerosas guerras de diferentes tipos: biológicas, atómicas, civiles..., entre otras, y las consecuencias han sido siempre las mismas; millones y millones de personas que han perdido la vida de forma injusta, y si no han muerto han quedado malheridos, mutilados o tullidos y con profundas heridas en el alma y en la mente que probablemente los acompañen durante el resto de sus vidas, familias rotas, personas obligadas a dejar sus casas, a seres queridos o incluso sus propios países para poder sobrevivir y lograr ser libres y conseguir algo de paz, grandes hambrunas, consecuencias nefastas para el medio ambiente...

A pesar de lo que piensen los líderes de las guerras, en estas no existen vencedores, solo vencidos.

En las guerras es tanto el afán por destruir al otro que se olvidan y violan muchos de los derechos humanos fundamentales que fueron

reconocidos por la Asamblea General de las Naciones Unidas.

La mejor manera de solucionar estos conflictos debería ser utilizar la vía diplomática y tratar de llegar a acuerdos entre las partes enfrentadas, pues para ello se han firmado diferentes tratados a lo largo de la historia o se han creado órganos capacitados que puedan mediar para que todo se resuelva de la mejor manera posible sin grandes perjuicios para las partes implicadas.

Si cuando los niños y niñas se pelean les decimos que hablen entre ellos para solucionar el conflicto y después se estrechen la mano o se den un abrazo y todo quede olvidado, ¿por qué los adultos no aprendemos de ellos y hacemos lo mismo? Todo el mundo necesitamos y merecemos vivir en paz y libertad, sin importar la edad, el sexo, la raza, la religión, la nacionalidad, la lengua... o cualquier otra condición que se tenga.

Actualmente hablamos de la guerra de Ucrania, que a pesar de ser una guerra que se está disputando relativamente lejos de nuestro país, bien es cierto que tanto aquí como en otros muchos países del mundo se están viviendo las consecuencias de este conflicto en la distancia, pues estamos sufriendo las enormes subidas de precios de los combustibles y alimentos, de productos necesarios como son la luz y el gas... y de esas consecuencias están derivando otras peores como el desempleo, personas que tienen que decidir entre poder comer ellos y sus familias o pagar facturas, gentes que pierden sus casas, delincuencia...

Sé que este artículo no llegará a las personas que tienen en sus manos el poder frenar la guerra, mejor dicho, las guerras que se están produciendo y que desgraciadamente seguirán ocurriendo en el futuro, pero ojalá les sirviera para reflexionar sobre cómo está el mundo y poder hacer de él un lugar hermoso del que sentirnos orgullosos de dejar a las generaciones venideras.

Como dijo Mahatma Gandhi: «No hay caminos para la paz, la paz es el camino».

# Parte de guerra

MANUELA CANCHO GALISTEO

Buenos días.

Ataque 1.º. La lucha del día a día, muchas batallas a las que enfrentarse y todas son distintas, con distintos contrincantes, cada día una diferente. Por muy pacifistas que seamos, no queda más remedio que luchar. Dando por hecho que tenemos un enemigo en nuestro interior, siempre en guerra, la contienda es diaria, como combatir a los pecados capitales cada día: la PEREZA al levantarse para tratar de cumplir con las obligaciones, después le sigue la GULA que quiere compensar el ayuno nocturno; siendo ávidos por la comida del desayuno, se cae en la esclavitud de costumbres.

Ataque 2.º. En la vida cotidiana la ausencia de una sonrisa puede hacer que nos cubramos con un escudo y tengamos preparada la lanza después de ponernos el casco, y es que parece una agresión, por indiferencia o falta de aceptación. El Quijote hace su entrada y hay que estar preparados para el ataque en el momento que se escucha el primer comentario o el silencio. Es difícil ser un animal sociable cuando se es susceptible o simplemente se tiene una autoestima muy alta. Se ven gigantes en vez de molinos y a luchar. Con demasiada frecuencia aparece el «Café de chinitas»: «... soy más valiente que tú, más gitano y más torero...» de Federico García Lorca. A pelear, por tanto. En esta ocasión las armas son las navajas y la lucha dialéctica tratando en este caso de quedar por «encima» para parecer que no perdemos en la contienda y que no somos débiles, aunque quedemos malheridos en nuestro análisis personal.

Ataque 3.º. Se trata de mantener una conversación con un compañero de actividades de la vida cotidiana, y se observa que no nos

mira a los ojos cuando, al parecer, nos está escuchando. Rápidamente se piensa en reprochárselo, cambiar el tono de voz por si se estuviera aburriendo o bien parar y guardar silencio. Esta última alternativa es la más frecuente. A veces se oye por parte del dialogante un «¿decías?», la reacción es tomarlo como experiencia y anotarlo en la lista negra para no conversar nunca más con él. Evitar el reproche, por parecer este un gesto violento y por tanto no caer en la IRA. Se corre el riesgo de caer presos de conciencia, dura prisión. Libertad a ser posible de elección de interlocutor, y libertad por nuestro autocontrol. Puede llegar a recordar a Miguel Hernández en su poema «Para la libertad»: «... sangro, lucho y pervivo...».

Ataque 4.º. Las horas de comida y cena que parecen un descanso, una corta tregua, se pueden convertir en la mayoría de las ocasiones en la continuación de la batalla, en otro frente. Al querer aprovechar la hora de la comida y la sobremesa para comunicar y resolver problemas laborales, de estudios o familiares, pueden aparecer confrontaciones que pueden llevar a actos algo violentos, como la subida del tono de voz o gestos inapropiados. Tengamos la comida en paz, como si se tratara de otra guerra.

Ataque 5.º. Los *hobbies* aparecen como una presunta parada provocada en la batalla, pero en realidad es un paisaje de emociones. Dejarse llevar por la inercia, pero el hacer un simple rompecabezas y que no salga, puede quedar en un reto personal en el que se ha perdido. El ver una película por la cual entramos en guerras ficticias y pasajeras, queda como evasión, pero por identificación puede afectar el ánimo. Las conversaciones entre amigos acaban poniendo a prueba la formación espiritual de los mismos, no dejando que afecten las discrepancias. No ver gigantes donde solo hay molinos, otra vez. En cada situación cotidiana no siempre hay enemigos. Las conversaciones pueden acabar en luchas dialécticas para ver quién gana, estilo Platón. La lucha continúa, aunque ya está oscureciendo.

Ataque 6.º. El cansancio del día puede hacer que el estado de alerta decaiga. Terribles las llamadas nocturnas, en las que podemos



perder por aparecer la SOBERBIA, tan temida, por estar más vulnerables y poder caer nosotros mismos en ella poniendo a prueba la capacidad de autocontrol. Las reflexiones de antes de dormir y la tranquilidad de haber cumplido con el deber que nos habíamos impuesto, la satisfacción con uno mismo, que es un grado de felicidad y nos hace sentir paz y un poco libres.

Queda al examen de conciencia, previo al sueño, analizando los acontecimientos y si se ha obrado con prudencia, que no quede una herida encubierta o hayamos herido a nadie durante las contiendas. Por hoy, no ha habido ni vencedores ni vencidos.

Una sonrisa, y comienza la tregua, hasta el día siguiente ha acabado la batalla, pero mañana la guerra continuará hasta la firma del armisticio.

Buenas noches.

# Frío y calor

ESTEBAN GAGLIARDI ERAUSQUIN

El frío es intenso,  
Los cuerpos a mi alrededor se abrazan entre sí,  
Entregados a su suerte, inmersa en la miseria,  
Bajo la bruma y el estupor de un frenesí.  
Ante las bramuras de los cañones  
Solo pienso en aquellas razones  
Que me trajeron por valor,  
Pero que ahora solo encuentro al final  
Una acuciosa llamada al temor.  
Morir. ¿Qué significado tiene?  
Si por defender la tierra del indómito invasor,  
Quien nos obliga por mandato  
No confluye en el frente.  
Y quedamos desprendidos bajo tierra,  
Y quedamos desprendidos bajo nieve,  
Atrapados en el frío de la inclemencia,  
Atapados en el calor de la derrota,  
Derramando sangre inocente sin lecho  
Que con dolor precede  
Al carmesí de nuestro pecho.

Pero aquel soldado en su acabada vida,  
Luchando por la paz y libertad,  
por sus padres y por su hermano,  
Le pide al redentor con mucha algarabía  
Por el gran mundo europeo, asiático y americano

Para que se pacifiquen y se den la mano.  
Y viendo la muerte tan cercana  
Aquel soldado empuño su Bandera,  
Y la empuño con tal Gloria,  
Que no ha dejado en la historia  
Ni una lágrima siquiera.

# La carta de Andrés

DIANA CINTHYA OLTEAN

Érase una vez un niño de once años muy extrovertido y que destacaba mucho entre los demás niños de su edad, el cual un día se encontró con un dilema que cambiaría su vida.

Todo empezó un día soleado de primavera cuando nuestro protagonista volvía del colegio. Estaba en su último curso de la escuela primaria y tenía muchas ganas de crecer y ser mayor.

Camino a casa de su madre, que era donde vivía, repartiéndose entre esta y la casa de su padre, que estaba divorciado de ella, oyó unos gritos salir de un callejón que se hallaba entre dos grandes casas. En ese momento, llevado por su curiosa mente juvenil, se adentró en el callejón para ver de qué se trataba.

Eran cuatro chicos de los cuales, según observó Andrés, tres de ellos ya eran bastante mayores. Estaban aterrizando a un niño. Uno de los chicos mayores lo tenía agarrado de la ropa mientras los otros dos le pegaban puñetazos y patadas sin cesar.

Andrés se quedó petrificado ante semejante escena, pensó que aquel pobre niño no podría ser mucho mayor que él y mientras el niño derramaba lágrimas y gritaba, Andrés salió corriendo rumbo a su casa.

Cuando Andrés llegó, le contó a su madre lo sucedido y con sentimientos de temor aun rondando su mente preguntó:

—Mamá, ¿tú crees que algún día eso me podría pasar a mí? Y si es así, ¿qué debería hacer?

—Mi niño querido, para contestar a tu pregunta, empezaría explicándote que este mundo se divide en dos, como dos muros. Uno de ellos es la guerra y el otro es la paz y la libertad —comentó la madre preocupada e intentando animar a su hijo.

Si das con la guerra, podrás comprobar que hay dos tipos, la interior y la guerra física o exterior. Una guerra interior es la que lleva uno mentalmente con él mismo, las personas con enfermedades mentales, por ejemplo, suelen sufrir más la guerra interior que la física o incluso a veces ambas a la vez. En cambio, la guerra física solo trae muerte y destrucción.

—¿Y qué hay de la paz y la libertad, mamá? ¿Qué significan?

—En una sola palabra, amor, Andrés, juntas forman amor, y para contestar a tu pregunta, si alguna vez te ves en una situación como la de aquel niño que viste, lo ideal sería que les intentes transmitir paz y libertad, porque seguramente carezcan de ellas, y si logras que vean cómo es sentir eso, abrirán los ojos, se desatarán sus cadenas y no creo que vuelvan a hacer daño a nadie, ni seguirán siendo abusones. Se sentirán libres de todos esos malos sentimientos como el odio y sentirán paz interior.

—¿Y qué hay de las guerras entre países? En el colegio nos enseñaron, en clase de historia, que hubo dos grandes guerras mundiales. ¿Por qué la gente pelea y hace daño a los demás, mamá? ¿Es por lo que me contaste antes? ¿Los gobernadores y dictadores carecen de paz y libertad?

—Seguramente, mi niño, supervivencia, hambre, dolor, despliegues de maldad abominables y sufrimiento son solo algunos ejemplos de lo que ha supuesto la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Por eso mismo hoy en día tú tienes clases de historia en el colegio. Intentamos no cometer los mismos errores del pasado y los profesores y padres intentamos educar a los niños con el principio de que prime la libertad y la paz en el mundo. Ya te lo dije, Andrés, se trata de amor, es amor.

—Amor...

Se quedó pensando Andrés.

—Mamá, ¿crees que entre tú y papá hay una guerra? ¿Es porque falta amor? Me gustaría que los tres nos reuniésemos y compartamos ese amor del que me hablas.

La madre, derramando una lágrima al escuchar las palabras profundas de su hijo, le dijo:

—¿Sabes qué? Mañana llamaré a tu padre para que se venga a comer y juntos compartamos ese momento de amor para cumplir tu deseo. Nosotros, aunque separados, solo queremos que tú, nuestro querido hijo, seas feliz.

—¡Vale! —contestó Andrés, ilusionado con la idea de ver a sus padres juntos de nuevo después de tanto tiempo estando separados.

Al día siguiente, cuando Andrés volvió del colegio encontró a su madre y a su padre hablando en el comedor y al verle su padre le dijo:

—Ven, Andrés, únete a nuestra conversación.

—Me gustaría mucho pedirle perdón a ese niño, pero ni siquiera llegué a verlo bien, no creo que me vuelva a encontrar con él ni reconocerlo. No sé cómo quitarme este peso de culpabilidad si no puedo pedirle perdón por no ayudarlo.

—¿Por qué no le escribes una carta de perdón? —preguntó el padre, preocupado por su hijo.

—Porque nunca podré dársela, papá. Entonces ¿cuál es el sentido?

—Pero, aunque nunca llegues a dársela, podrás aliviarte escribiendo todo lo que sientes y lamentas y en vez de dejarla en algún buzón o algo semejante, súbete a tu habitación, saca el brazo por la ventana y déjala que se la lleve el viento, que podría representar la libertad al igual que los pájaros vuelan libres en el cielo, y la paz será tu arrepentimiento sincero plasmado en papel. Por lo tanto, nunca le llegaré, pero tú estarás en paz y libertad.

Y así lo hizo Andrés tras escuchar las palabras de su padre.

La carta así decía:

No te conozco, pero me gustaría, y querría poder conocerte para pedirte perdón.

No te ayudé en aquel momento, fui cobarde y hui y gracias a una charla que tuve con mi mamá sé que por desgracia la guerra y violencia están por todos lados. Yo ahora tengo una pequeña guerra mental de lamento y culpabilidad porque sé que podría haberte ayudado incluso sin conocerte, porque empatizando se gana mucho más que huyendo. Sé que si luchas puedes perder, pero si no luchas ya has perdido. Hay que luchar por que haya paz en este mundo y ya no haya ningún tipo de guerra o violencia.

Al verte siendo víctima de aquellos abusos aprendí algo y es que ningún tipo de guerra puede ganar a la paz y la libertad, pero sobre todo al amor.

Así la carta voló y Andrés consiguió acabar esa guerra.

Fin

# Érase una vez... pero ya no

MARÍA DEL VALLE ULLA GARCÍA

Donde el mar y la playa, remanso de paz y recreo, se convirtió de la noche a la mañana en una trampa mortal.

El mar Negro fue una gran mancha de sangre, en donde la hemorragia de incompreensión provocó la tristeza a muchos.

Inocentes infantes se hicieron adultos, perdiendo la niñez como la nación su libertad.

Qué difícil encajar una guerra cuando un país se levanta como otro día más... La ambición estalla en la ventolera de una mente cruel, como misión el enemigo está en su cabeza... Ucrania es su objetivo... Allí manda a un puñado de adoctrinados para matar a cualquiera.

No sé los demás..., pero creo que no hay enfermedad mental que pueda amparar el exterminio social...

Desde que voy a un parque cercano de casa y sé que mis vecinos tienen su rostro triste porque huyen de esa barbarie, valoro la concordia y el sosiego del que disfruto. A la vez se me encoje el alma y son esos niños rubios quienes me devuelven el aire que respiro invitándome a jugar a la pelota con ellos. Siguen siendo niños y quieren jugar. Construiría con ellos un juguete que les gusta romper a los mayores, LA PAZ.

Mis días y los suyos ya son bajo el mismo cielo. Aprendo de su fortaleza por vivir, el no rumiar por causas insustanciales. Me enseñan a ser agradecida, a superar mis fobias y aprender de sus miedos.

¿Volverán a su casa como las oscuras golondrinas a sus nidos en las ventanas?

En el recuerdo tienen patria, raíces, una vida a pedazos teñida en blanco y negro. Con la ilusión firme de vivir para volver a amar su tierra, ser libres y vivir en paz. Y hacer de las ruinas nuevamente su hogar.



# Contando zapatos

ALEX CODESAL GÓMEZ

Y recita un ruiñeñor:  
nacé símbolo libertario  
en este mundo que no tiene  
lo que hay que tener para llamarse mundo.  
Y es que es profunda  
la trinchera que cavan.  
Y se meten todos juntos en ese abismo.  
Pero no es lo mismo  
hombre que humano.  
El humano busca la paz,  
el hombre hace la guerra.  
Y solo es tierra  
lo que te cubre  
en la fosa común.  
Dime si aún  
hay esperanza.  
Apenas me alcanza  
para comida,  
todo es pólvora y humo,  
y asumo  
que ellos comen poco de esa sopa.  
No soy ave de comida,  
pero hasta el más humilde  
mataría por llevarme a su boca.  
Que no es poca  
la rabia

y el hambre.  
El trabajo os hará libres,  
libres,  
libertad.  
Y si no una bala en la frente,  
que, aunque suene potente,  
se lo toman a la ligera.  
Todavía no vuelo,  
pero veo a los aviones pasar.  
Moviendo el árbol,  
moviendo el nido,  
moviendo la casa.  
No sé qué es lo que pasa.  
Hay niños llorando  
que no volverán a ver a sus padres.  
Hombres y mujeres entran en una sala  
de la que solo quedan sus zapatos.  
Cada par  
es una persona,  
y cada persona  
es un muerto  
sembrando  
en un huerto  
una tierra triste y solitaria.  
Ya he aprendido a volar.  
¿Soy libre?  
Vuelo al lado de los aviones  
que dejan caer poemas  
atravesando almas.  
Y no puedo más.  
La guerra acaba.  
¿La guerra acaba?  
¿O acaba con nosotros?

La paz no llega después de la guerra.  
La paz no existe.  
Solo queda tierra  
y los zapatos de la gente que luchó.  
Y el ruiseñor termina cantando al anochecer  
bajo las bombas  
que, como estrellas,  
iluminan la noche.  
Demasiados zapatos,  
ni volando seremos libres.

# La herencia de Babel

RODRIGO MARTÍNEZ PUERTA

Alcé la vista y vi cómo me avasallaba el cañón de un viejo AK-47 empuñado por un jovenzuelo, apenas un adolescente de ensortijados cabellos y barba rala cuya frondosidad, recientemente lampiña, denunciaba a gritos su corta edad. Sin duda su vestimenta lo delataba como enemigo, uno de tantos que habían desfilado por mi objetivo. Miré sus negruzcos ojos bañados en sangre y él llegó a los míos siguiendo el sendero de mis ojeras: el temor era recíproco.

—*¡Hila kawom, mrsth!* —Una retahíla de palabras imposibles acaparó de golpe la atención, ¿cómo interpretar aquello? Su voz no se elevaba, más bien restallaba susurrante y seca en pos de cierta discreción, medroso ante la posibilidad de ser descubierto.

Levanté las manos y traté de encontrar una expresión en mi semblante capaz de tranquilizar a mi oponente; entretanto, aspiraba a leer sus designios en aquellos ojos tan remotos y a la vez tan cercanos, esperanzado en que el contacto visual pudiera suavizar la tensión del momento.

—Mátalo, ese cochino no merece compartir nuestro oxígeno —exhortaba una parte de mi rebosante de odio.

El kaláshnikov proporcionaba al muchacho una apariencia fiera, más madura de la que en realidad se adivinaba en su acuosa retina. El arqueo suplicante de sus cejas, junto al atropellado recorrido de su nuez tragando saliva, impetraba con ahínco el más mínimo entendimiento, cualquier atisbo de comprensión que consiguiéramos regalarnos.

—*¡Hila kawom, mrsth!* —repitió con mayor empeño en vocalizar para que yo me enterase, ralentizando sílabas y recalando puntos de articulación, pero mi nulo conocimiento del idioma se erguía cual

muro insalvable, pues apenas chapurreaba en su lengua algunas palabras sueltas. El caso era que aquella frase me sonaba.

—¡Qué hijo de puta! Te está amenazando. Dice que reces lo que sepas porque te va a reventar las tripas y luego va a follarse tu calavera. —Pretendía envenenarme un rastro de resentimiento ansioso por arraigar. Seguí ignorándolo.

Me mostré por tanto sumiso e incluso afable, como si guardara un respeto desmesurado hacia él —no era difícil con un arma de por medio—, y opté por ofrecerle un cigarrillo amistoso que relajara la situación. Ante la imposibilidad de bajar los brazos, gesticulé sutilmente con la barbilla, nada más que un suave ademán, para indicar el bolsillo donde guardaba mi tabaco. El chico no tenía muy claro qué quería expresar, por eso realicé una leve seña en la que mis dedos índice y corazón estirados se acercaban a mi boca redondeada, igual que una calada a un pitillo imaginario. Aquello sí pareció captarlo, ya que asintió con la cabeza, y sin dejar de mantener la distancia mediante su fusil, introdujo la mano en mi camisa arrebatándome la cajetilla. Cogió un cigarro, sorprendentemente puso otro en mis labios y metió el paquete en su morral.

—Lo que faltaba, ahora vais a fumar juntos. ¿Qué será lo siguiente, pajearos el uno al otro? —De nuevo hice caso omiso a la bilis.

Ante el amago de bajar los brazos en busca del encendedor, el chaval se asustó y con brusquedad levantó el cañón del kaláshnikov apuntándome a la cabeza, así que cerré los ojos con fuerza, pero finalmente no llegó a hacerme nada. Al abrirlos, el muchacho levantó el mentón, signo inequívoco de consentimiento, o al menos eso me arriesgué a imaginar, de modo que saqué el mechero con extrema cautela, y según fue expuesto al brillante roce del sol, pude distinguir el reflejo argénteo de su carcasa sobre el rostro de mi captor, quien se recreaba con inusitada veneración admirando el mágico poder que residía en el fuego. Entonces prendió ambos cigarros sin mover su mirada de la mía.

El ambiente se llenó de nuestro humo atravesando el horizonte, si bien apenas supo disfrazar la rotunda esencia a pudrimiento

que emanaba del desfiladero. El adolescente, tenso y sin descuidar su AK-47, fumaba con la rigidez de quien carece de soltura. Fue sencillo darse cuenta de su falta de experiencia en dichas lides, ya que ni siquiera paladeaba la nicotina, y cuando lo hacía, rompía a toser, muy a pesar de su orgullo juvenil, el cual se esforzaba en disimular su debilidad con un absurdo visaje.

—*Hila kawom, mrsth!*—balbuceó de nuevo mientras se recomponían sus tiernos bronquios.

Estaba convencido de que había visto u oído esas palabras en algún sitio. No me pareció descabellado que fuera un nombre típico, por lo que empecé a pronunciar el mío, sílaba a sílaba, y a señalarme el pecho. Mi novel adversario entornó los párpados con el gesto torcido, cualquiera diría que le andaba formulando un enigma insoluble.

—Ni tú lo entiendes a él ni él te entiende a ti, deja de jugar al buen samaritano y pártete el cuello de una puta vez. ¿Crees que saldréis de aquí de la mano y siendo amigos íntimos? Este muchacho, pese a faltarle un hervor, seguramente ya se haya olido que estamos solos en el risco, apenas tú te interpones en su camino. —Mi voz mutaba en ácida migraña—. ¿Para qué va a devanarse los sesos en comprenderte si le basta con apretar el gatillo?

Al apurar una última calada, observé cómo crecía la impaciencia en mi rival, cómo su cabeza se ladeaba más allá de mí, recorriendo con la vista cada rincón de nuestra trinchera a su alcance. Era cuestión de tiempo que encontrara el precipicio de cuerpos mugrientos y descubriera al fin, si no se había dado cuenta aún, que estábamos aislados, únicamente el uno contra el otro. Envuelto en la humedad de mis poros, comencé a sentirme inquieto con lo que venía previendo. El miedo había vuelto a despuntar atravesando mi ingenua bonhomía. ¿Qué le impedía realmente pegarme cuatro balazos y dejarme allí tirado? Absolutamente nada.

—*Hila kawom, mrsth!*—subrayó el muchacho con mayor relajo.

Su arma ya no solo no tiritaba al encararme, sino que empecé a notar cómo se entreveía cierta confianza en su mirar, lo cual traduje

como una especie de amenaza velada. En su rostro se vislumbraba ahora otra viveza, daba la impresión de que pretendía desenmascarme, de que sospechaba que fui yo quien abrió fuego contra él y los suyos en la madrugada, de que sabía que era yo el último escollo que lo separaba de su supervivencia..., incluso pude barruntar en su fisionomía una ligerísima sonrisa, igual que si algo hubiera arrojado luz a su primavera mollera. Al verme incapaz de descifrar aquel trance, comenzaron a activarse todas mis alarmas:

—¡Lo sabe, gilipollas! Actúa o despídete. Ya te la ha jugado al ser capaz de llegar hasta aquí, al esquivar tu vigilancia, ¿de verdad crees que saldrás indemne con mímica y carantoñas?

El chaval desvió brevemente la mirada hacia su zurrón, como si buscara mostrarme no sé qué cosa. La inmadurez lo invitó a cometer el estúpido error de apartar sus ojos de mí durante medio segundo, su cándida juventud lo había traicionado otorgándome una coyuntura única e irrechazable, sobre todo bajo la cruel premisa de que su muerte me salvaría la vida. Así pues, con una maniobra felina me acerqué a él sin que me intuyera, aparté de un brusco manotazo la arredrante presencia de su fusil, y al tiempo que lo desarmaba, propiné un violentísimo cabezazo en su cara que le costó la verticalidad entre borbotones de un rojo casi negro. Me abalancé sobre el desprevenido muchacho para inmovilizarlo e impedir que pudiera agarrar su arma, no sin antes descargar una efectiva combinación de puñetazos que acabó por asperjarme su dolor a la boca; mientras tanto, la pobre criaturita apenas encontraba un suspiro para escupir sus dientes.

—*Hila kawom, mrsth!* —enronquecía hacia el cielo que nos aplataba con su gravedad imperturbable.

Entre hemorragias y nervios, mi bisoño adversario intentaba coger oxígeno como humanamente podía, el desconcierto lo atenazaba, aún no había tenido tiempo de asimilar lo voluble de una situación que aparentaba estar totalmente controlada. Movía con agria desesperación sus extremidades buscando golpearme para conseguir es-

capar, pero, salvo inocentes manotazos y algún arañazo incisivo, sus tentativas fueron absolutamente baldías.

Mi rodilla bloqueó entonces su brazo derecho, el más cercano al fusil, y mis manos, asegurándose de embozar nariz y boca para asfixiarlo, apretaron firmes con saña enfermiza a la vez que me protegía de su débil zurda con el codo. Aquel descompasado ajeteo fue disminuyendo hasta claudicar en esporádicas convulsiones, las cuales parecían sofocarse al ritmo que la vida abandonaba su inexperto organismo.

Pude asomarme así a su mirada párvula, donde sus desorbitados ojos, enredados entre capilares escarlata y amargas lágrimas, regaban el frágil ligamen que aún lo sostenía en el mundo, en ellos se veía proyectado el vacío irremediable que asolaba su espíritu, el miedo a morir. Mentiría si dijera que permanecí impávido marchitando aquella existencia, sin duda fue imposible no estremecerse ante la ferocidad de tamaña disyuntiva: era él o yo. En sus coletazos finales, cuando se arrastraba por la agonía, entre mugidos encharcados de pura angustia, pretendió morderme la mano y alargó inútilmente los dedos hacia el kaláshnikov, impulsado en efecto por sus últimos arrestos; sin embargo, la suerte ya estaba echada, su forcejeo fue inane, y a través de su mirar pétreo, pude sentir la manera en que la quietud invadía aquel cuerpo. De repente, nada excepto silencio.

Había observado la muerte más veces y jamás experimenté un contacto tan estrecho con ella. En aquel instante, me hallé despreciable.

—¡Hiciste lo que tocaba hacer, te tenía apuntado con un puto AK-47! —me excusaba absurdamente, casi ajeno a tal despropósito, pero al limpiar en mi camisa la sanguinolencia que manchaba de remordimientos mis manos, me atreví a afrontar mi propia locura:

—¿De verdad hay en esto alguna nobleza? ¡Me siento tan miserable...!

—En cuanto has visto el peligro, has querido salvar el cuello, igual que cualquier hijo de vecino, porque al fin y al cabo eres huma-



no, y, por consiguiente, un ser imperfecto —argumentaba convencido—. Nada es más legítimo que el miedo, así que ni se te ocurra atormentarte.

—¡Déjame en paz!

—...

Aquel elocuente silencio cesó roto por los gorgoritos hambrones de las aves que, sin poder dar abasto con sus afilados picos, rebañaban el magro roñoso que aún resistía en el tuétano de los cadáveres. Me levanté a recuperar mi mechero y mi tabaco, confisqué su cantimplora y ya de paso, fui a mirar qué era lo que el chaval quería sacar de su bolsón. Dentro encontré utensilios de primeros auxilios, frutos secos y un paño blanco junto a algunos cromos de fútbol. Durante aquel instante, apenas segundos, un relámpago invisible abrasó mis vísceras en lo que el sudor coagulaba sobre mi piel, helado como un largo invierno, de tal modo que me vi obligado a construir suposiciones que se antojaban desgarradoras tras lo sucedido. ¿Y si el paño iba a utilizarlo para hacer una bandera y rendirse? ¿Y si los cromos eran una manera de acercar posturas para entendernos?

Un padecimiento me escaldaba a cada suspiro, quizás mis escrúpulos ladrándome para que enterrara al chico como es debido; pese a todo, no cabía permitirse perder más tiempo, y muy a mi pesar, lo despeñé igual que hice con otros. Perdóname, niño, por fin eres libre.

—*¡Hila kawom, mrsth!* —Me atravesaba curiosa mi conciencia. Al principio dudé si seguir el juego, aunque finalmente no pude evitarlo.

—¿Qué coño significa? —me pregunté intrigadísimo.

—¿No recuerdas el manual reglamentario? Debe de quedar uno intacto donde la radio, échale un vistazo.

Tras hojear brevemente el manual, localicé el glosario facilitado para la interacción con civiles. Consistía en un listado diseñado por lingüistas del ejército, con vocabulario y expresiones funcionales cuyo objetivo era superar la barrera de la incomunicación a la hora de tratar con población nativa, ya fuera pacífica u hostil, tanto para la-

bor humanitaria como para solicitar cooperación, e incluso para obtener información de los insurgentes. Abarcaba frases básicas como saludos, fórmulas de cortesía, imperativos, protocolos, auxilio... No tardé mucho en dar con el término en cuestión:

*¡Hila kawom, mrsth!* : ¡Por favor, ayuda!

# Guerra y paz sobre Yugoslavia y España

JOSÉ RAMÓN MARTÍNEZ CABELLO

Móstar tenía un ambiente social parecido al Madrid actual, allí estuvieron los batallones españoles y un día se descubrió que sus habitantes se odiaban y se empezaron a matar con francotiradores, destruyendo con explosivos hasta un puente que conecta la ciudad.

Toda la prensa se hizo eco de esta guerra y lo contó a todo el mundo. Esto es algo que puede suceder en Madrid, por lo que tenemos que tratar de evitar esto en la Unión Europea. ¡Viva la paz!

¡Ah! Y el puente de Móstar después de su destrucción debido a la guerra fue reconstruido por los ingenieros y zapadores españoles.

La paz de los vivos. Lo que sucedió en el 36 en España, la guerra civil, hoy en día no se repite porque la gente no puede tener acceso a armas, en todo caso existe la represión y gente perseguida por ello.

Lo que pasó en la España de la Segunda República fue que el rey Alfonso XIII convocó elecciones municipales y como los manejos caciquiles no fueron posibles en ciertas ciudades, como por ejemplo la compra de votos, ganó las elecciones la oposición de izquierda. El rey por ello se quedó en evidencia y por eso se fue de España.

Lo primero que hicieron los caciques fue no sembrar, por eso la revolución del 34, con la ocupación de tierras, lo que terminó derivando en la intervención del ejército, la iglesia, los caciques y los obreros tradicionalistas. El sábado 18 de julio de 1936 estos declararon la guerra, la cual por sus medios terminaron ganando. Por eso la transición en España fue pacífica, nadie quería otra guerra ni más hambruna. Motivo por el cual también fracasó el golpe de Estado, nadie quería más represión, guerra ni dolor.

# Paz y libertad contra guerra: la injusticia de la guerra

RAFAEL GARRIDO HUETE

Érase en una aldea de Escocia allá en el siglo XII donde reinaba la paz entre los aldeanos y vivían todos en armonía, que conocieron entre ellos la forma de vivir, con libertad porque no tenían ninguna presión ni nadie que los mandase. Cultivaban sus propias verduras y frutas, tenían animales que les proporcionaban más alimentos como leche, quesos y, alguna vez, carne.

La aldea estaba poblada de mujeres, hombres, niños, niñas y ancianos. Pero un día la paz que allí tenían fue violada por completo. Un ejército montado a caballo y con armas decidió arrasar la aldea, matar a los hombres, a los niños, niñas y a los ancianos, y las mujeres todas fueron violadas.

Esta es la realidad: no puede haber paz y libertad merodeando y haciendo de las suyas la guerra.

# A solas

JUAN CARLOS DE LA ROSA OREJUELA

El chico se levantó de la cama y fue a la cocina. Cogió una Coca-Cola. Luego miró por la ventana de su habitación y no vio a nadie. Se vistió y bajo a la calle. Nada. Ni un ser en la calle. De pronto le pareció ver un ciervo salvaje a lo largo de la calle. Se fue a un chino, un bazar donde vendían de todo. Estaba abierto. Gritó, pero nadie le contestó. Cogió un paquete de Donuts y se comió uno. Salió a la calle, pero no había un alma. Empezó a pensar. Qué demonios pasaría. Pasó allí, en su casa, tres días. Comió de lo que pillaba, y seguía sin haber nadie en la calle. Cogió una piedra y al mejor coche que encontró en un par de manzanas, rompió el cristal y se metió dentro. Anduvo varios kilómetros, pero seguía sin ver a nadie por ningún sitio. Se decidió ir hacia el sur y paró en ciertas estaciones para repostar gasolina. Hasta que llegó a un pueblo, donde se encontró con una cuadra llena de caballos, ensilló el que a él le pareció el más bonito y se fue camino al sur. Después de unos cuantos kilómetros, se le hizo de noche. Acampó al lado de un riachuelo y cazó con perspicacia un par de conejos, que hizo al fuego. Al día siguiente por la noche pudo dormir en un palacio que encontró.

Su dirección cambió, su rumbo fue hacia el norte. Atravesó ciertos montes. Harto ya del caballo, lo cambió por un todoterreno que encontró en el camino. Cuando llegó a la playa, se dio un baño y, después de comer, se dirigió hacia la costa al norte, a ver si encontraba algún puerto. Y sí lo encontró, encontró un barco lleno de gente. Y la gente estaba muy contenta, y le gritaron todos a la vez al chico...  
Sorpresa.

# Guerra

ÁNGELA LIN LEE

Había una vez una ciudad llamada Murcia. Los personajes eran Bartolomé, gordo; Lidia, alta, estupenda; Delia, delgada, heridas.

Cuando en una acera había poca saliva, mucha basura, calle, empezaron a llenar muchas más. Porque Ángela comió demasiado, todo lleno, herida blanca, uña.

Salieron policías secuestrándome, más muy mal. Volver a girar, antes.

Llega, mañana siguiente, todo muy mal. Retrasada por empezar mismo pensamiento, errores.

Bartolomé me puso multa. Delia más bien. Lidia, todos los días superándome, me gana.

Sin relación.

Acabaron ellos todo muy bien hacia mí.

# Nuestra playa

CONCEPCIÓN PICÓN MARTÍNEZ

Voy galopando por la arena de la playa. Las olas rompen apenas a un palmo del suelo. Sus sonidos me despiertan recuerdos de antaño. ¡Qué bonito el mar! ¡Qué gusto la playa!

El sol se está poniendo en la hora mágica. Me voy al espigón y camino por las piedras, con cuidado de no resbalar. Voy sola, aspiro la brisa marina. El agua no está muy fría y me dan ganas de bañarme. ¿Te imaginas estar sola y poderte bañar desnuda? O quizá con tu mejor amigo, ese que te ha visto desnuda, pero no en el mar, no compartiendo el momento ni disfrutando del aquí y ahora.

Galopando me vuelvo a la realidad, donde el caballo está cansado y no le gusta el mar, donde tú vuelves de pronto a tus problemas, a tus ideas puramente racionales. Donde el bañador se impone y la vorágine de la gente enturbia tu descanso.

Fueron momentos preciosos, con eso me quedo, aunque solo fueran en mi mente ya mereció la pena.

Cabalgando, cabalgando hacia el futuro, ni un instante menos, cabalgando sigo adelante hacia la libertad que otorga la paz.

# Los hijos del lobo

FRANCISCO JAVIER LÓPEZ MARTÍN

Me di cuenta de que la muerte se acercaba cuando perdí la mano para ligar la bechamel. Calentaba el aceite, sofreía la cebolla bien picada y luego la carne sobrante del cocido, pollo, morcillo, jamón, todo vale, una cucharada bien colmada de harina, un cucharón del caldo del cocido, vueltas, revueltas y más vueltas con la cuchara de madera, añadir la leche poco a poco, más vueltas y cuando espesa, más leche y más vueltas. Remover, remover y más remover hasta que no quede espesa, no queden grumos, ni demasiado líquida, la mano lo es todo.

—Las mejores croquetas que nunca he probado.

El reconocimiento de mi hija, la opinión general de las vecinas, de mis hermanos, de mis hermanas, que me ha acompañado toda la vida desde que aprendí a hacerlas cuando era criada en casa del general. Su mujer recibía algunas tardes a la mujer del otro general generalísimo, poco antes de despedirme. Despedirme yo, que nunca nadie tuvo que despedirme, por no aguantar ciertas cosas, no de ella, ni de su marido el general, cosas de los niños ya crecidos, ya jóvenes universitarios.

Nunca me había fallado la magia, la mano. Alguna vez se me había agarrado, la masa, digo, no demasiado, ese leve sabor a requemado, socarrado y esa costra tierna al fondo de la sartén que tanto le gustaba rebañar a mi hijo rascando con la cuchara, más que las croquetas, pero ya no, espesa de más, o casi líquida, grumosa, el fondo carbonizado. De más, o de menos, sin magia. No era la mano, más bien una nube en la cabeza, no me robaba la memoria, me desordenaba el gobierno de la mano, la facilidad que se volvía esquiva, imprevisible.

—La cena. Hoy todo pasado, para que puedas tragarlo bien.  
¿De qué van las cosas ahora?



—¿De qué va esto, Ramón? ¡Un pisto hecho al microondas! Sin sabor, sin mano, el pescado no sabe a pescado, la carne no sabe a carne. Ni el puré de lentejas sabe aquí a lentejas. Nada sabe ya a nada, nada es lo que dicen que es, ni lo parece siquiera. Tendrá que ser así, ahora, cuando el momento se acerca, de todos los momentos el único que de verdad nos aguarda sin prisa, sin tiempo. Más allá de la persiana aún se intuye el quebrado perfil de la sierra, como pirámides encadenadas que me esperan. La noche pronto se convertirá en horizonte, el único disponible, es verdad que nadie es tan joven que no pueda morir hoy mismo, nadie es tan viejo que no pueda vivir hasta mañana, pero Guadarrama, Guadarrama ya nunca.

Ya no nieva, bueno sí, esa manta fina que lo cubre todo una mañana y desaparece antes de que acabe el día. ¿Recuerdas aquellas nevadas, cuando no podías venir a vernos a la finca? Ni en tren podías venir a vernos. En primavera aparecías con la moto. Siempre has tenido esa costumbre, más deber, obligación, voluntad de venir, visitar a todas tus hermanas. Cincuenta kilómetros, algo más, la Cuesta de las Perdices, Las Rozas, Las Matas, Torrelodones, Villalba, Alpedrete, Collado Mediano, con buen tiempo un paseo, a Guadarrama y el Alto del León, o a Becerril, en bicicleta, a Cercedilla, al puerto de Navacerrada, qué buenos ratos hemos pasado, Ramón, qué buenos ratos. No los cambiaría por lo que vino después.

En invierno solos con un niño y una recién nacida, abriendo caminos a paletadas hasta el hotel de la señora, hasta la carretera que llevaba desde la estación al pueblo. Si no la nieve se helaba y se quedaba ahí, dispuesta a partir piernas, aterrorizando a la Braulia, que siempre ha sido mayor, pero no a la Barata, con su cesta de chucherías y su enorme perro, al otro lado de las barreras de troncos atadas entre postes y carretas, cuatro músicos encaramados en un altillo acometen el pasodoble, el torero inicia el paseíllo.

—Los lobos han bajado esta noche a la dehesa y han matado dos terneras.

El frío de la que vendía la leche, que ya no recuerdo cómo se lla-

maba, mi memoria se fue con la bechamel. Recordaba sus nombres, sus teléfonos, los días en los que cumplían años, ellas, sus hijas, sus nietas. La nieve se quedaba días, semanas, hasta que se iba acurrucando apelmazada por los rincones, atrincherada en las umbrías.

Ahora no hay nieve, no hay dehesa, casi no hay invierno, hay chalés adosados, uno tras otro, uno junto al otro, arracimados en torno a una piscina. Hicieron dinero de la dehesa, como antes hicieron leña del pinar, volverán las nieves como ha rebrotado de nuevo el pinar. Desaparecemos nosotros, los pinos siempre se abren camino y los niscalos, al ajillo, con jamón, guisados, con patatas, con huevos rotos o estrellados. A la plancha.

Cambiaría por cualquiera de aquellos días toda la vida que vino después, insípida como estos purés desangelados, de trabajo limpiando casas de la mañana a la noche y vuelta al arrabal, de economizar sin llegar a fin de mes, que no les falte la comida y el estudio, es lo único que podemos darles.

—La herencia en la cabeza —decía mi marido. Ya hubiéramos querido que no les faltase de nada, pero no podía ser, todo no podía ser, la ropa duraba más de lo que debía, las vacaciones eran una pregunta sin respuesta, un pensamiento vacío.

Todo lo que vino después a cambio de la ventisca que azotaba el ventanuco de la puerta, arremolinando la nieve, que cuando salías tenías que hacerlo pala en mano. A cambio del brasero, las faldillas, los cuatro, dos a dos, macho y hembra, dos a dos crianzas y procreadores vacilantes, apiñados en torno a la mesa del pequeño comedor, una cocina chica, las cartas, dos habitaciones, el pinar que trepa hasta la tapia, más arriba la montaña, una pequeña despensa, el aparador, la finca que bajaba por el paseo de frutales hasta el hotelito, la señora que viene de tarde en tarde, nunca en invierno, hasta la primavera no. Solo en verano llenamos la piscina, para ella, para sus hijos, no para nosotros que tenemos un pilón para el riego de los frutales.

—No dejes que te lleven al hospital. Te sacan de casa, te traen aquí, ya no vuelves —se lo he dicho a mis hermanas, a mis herma-

nos, cuando han venido a verme, vamos quedando menos, tienen que aprender de mí.

Nos dejan preparadas para el sueño, no reparador, no tranquilo, tal vez definitivo, pero no tranquilo, por lo menos el mío no tranquilo. Mi hija, que vino desde allá donde viva, ya no recuerdo dónde, cerca de una capital de provincias de un país que no sé bien si es Alemania o Francia. Mi hermano, el albañil de los quesos, el que murió primero, cierro los ojos y lo veo en una postal de Suiza, luego en otra de Brasil. Tiene un buen trabajo, una mujer que no quiere vivir tan lejos, mi hermano, el que no es Ramón. Ramón viene a verme casi todos los días, el otro no, ya no puede, a lo mejor me espera al otro lado de los sueños, muchas veces viene a verme por la noche.

—Te espero, no tardes.

Mi hermano, no Ramón, no el otro pequeño, ebanista, que vive lejos, el mayor, el que quiso ir a la guerra y tuvo que conformarse con ser cabrero refugiado, exiliado de la sierra, de su tierra, de sí mismo, se le fue la cabeza mucho antes que a mí, no porque sufriera más, porque era hombre, el mayor, heredero de todas las derrotas, de ninguna de las ilusiones.

Yo tengo que esperar un poco más, un día más tal vez, para ver a mis nietas, a mi nieto, el primero que nació, a mi otro nieto, el último que llegó. Primero tuve a mi hijo, no en la finca, todavía no en la finca, en la vieja casa del pueblo, la pequeña casa de piedra por fuera y adobe por dentro, vigas de madera de pino, hoguera en el suelo, chimenea, una estufa de leña, un brasero, luego una bilbaína que cocinaba la comida y secaba las paredes que serían barrizal escurridizo si ella no hiciera su guardia de hierro durante todo el día y toda la noche.

Un día más, para ver a mi hermano, para que mi hijo me mienta que el día que yo muera me enterrará en el cementerio del pueblo, mirando hacia la cobañera, con mi marido que no resistió el galopante ritmo asesino de la ciudad y volvió, hace más de treinta años. El seguro de los muertos tenía preparado ya el nicho en Carabanchel,

pero yo me negué, quise que volviera, mi hijo, ya veremos.

—De eso no te preocupes, que está todo arreglado.

Ya veremos.

Desde la puerta de nuestra casa de guardeses se ve el Valle. Cuánta piedra ha labrado mi marido para levantar esa inmensa cruz y para El Escorial, el Palacio Real, cuántas bolas redondas, cubicadas, con su precio ajustado, perfectas, planetas de granito, lunas que se sustentan en pilares magníficos.

Ya huele a jara, lo noto, ya está cerca, a jara pegajosa, florecida, blanca, no es tiempo de piñones, hay que dejarlos para el otoño y el invierno, sacarlos de la piña, golpear con precisión, hay manos para la bechamel y manos para partir piñones sin aplastar la semilla. Mi marido la tenía por su oficio de cantero, no labrador de piedra, tallista no, cantero, más que picapedrero, su oficio de golpe preciso con la maceta y el puntero que arranca una esquirla medida, exacta, si la mano falla la pieza se desecha, no sirve, no se cobra el jornal, cada pieza se cubica, pide su tiempo, exige una ejecución, ajusta su precio.

Huele a jara, ahora huele a jara, en otoño a niscaló y luego a piñones tostados, después de que mi marido los abra con un golpe preciso, perfecto, de cantero. López mi marido, López mis hijos, López los hijos del lobo, han vuelto los lobos al Guadarrama, no hay ya dehesa, ni nieva como nevaba antes, pero hay lobos, hay pinares, mañana vendrán todos, mis hermanas, mis hermanos, mis hijos, mis nietas, alguno de mis nietos y puede ser que me dejen verlos, no hay nadie tan viejo que no pueda vivir un día más.

# Refugio

RAQUEL CORRALES UCA

Las bombas resonaban lejos. Su mente se bloqueó en ese instante.

Había superado una pandemia, no se había contagiado en aquellos dos años de lucha contra el virus. Pero, inevitablemente, la guerra había llegado para quedarse. Por temas que él no comprendía, asuntos que se escapaban del raciocinio general, Ucrania estaba siendo sabotada por los rusos. Su país, su hogar, su nación estaba siendo sometida a un exterminio fatal. Las alarmas inundaban la ciudad, el toque de queda era ya algo habitual en aquel lugar. Aquel sonido inconfundible marcaba un antes y un después. Un antes del horror, desolación, huida y miedo. No entendía por qué. ¿Cuál era la causa de aquello? ¿Qué era tan poderoso e importante para masacrar una población? ¿Qué finalidad tenía todo eso? Entre tantas preguntas sin respuesta, Markel miraba al cielo. Era noche cerrada. No había ni una sola nube ocultando el inmenso paisaje ucraniano.

Había llegado el momento. Momento de abandonar todo lo que quería. Dejar atrás todo lo que tenía sentido para él. Huir y ponerse a salvo. No había marcha atrás. No tenía familia, pero acompañaba a muchas madres e hijos que huían del mismo modo. Su espalda arqueada lo salvó de combatir a pie de guerra. Lo hubiera hecho sin pensarlo, aún sin saber manejar un fusil. Miró hacia atrás una vez más.

Muchas de las mujeres que viajaban con él abandonaban a sus maridos de aquel modo. Ellos se quedaban para defender su país, ellas luchaban por sobrevivir. El viaje sería largo, con la incertidumbre de si existiría una vuelta. Markel enseguida se hizo cargo de dos niños perdidos. Habían llegado solos al punto de encuentro de refu-

giados. Sus miradas lo decían todo, sucios y vulnerables, se pegaron a las piernas de Markel desde el minuto cero. Eran hermanos y debían de haber perdido a sus padres en el trayecto.

Cuando arrancó el ferri que los conduciría a Europa, volvieron a mirar al horizonte, nostálgicos e impotentes. Uno de los hermanos comenzó a dibujar en una libreta. Un lápiz viejo, una lámina corroída, fueron las herramientas que aquel niño usó para retratar el rostro de Markel. Cuando se lo enseñó, las lágrimas inundaron sus mejillas. Era un retrato perfecto. No le faltaba detalle, cada arruga marcada en su rostro, la expresión de sus ojos, su media sonrisa. Era una auténtica maravilla de dibujo. Agradecido, Markel le tendió su cordel, del cual colgaba la piedra que siempre lo había acompañado. Una piedra verde esmeralda cuya energía era muy positiva para quien la portara. El niño sonrió.

Las bombas resonaban lejos. Su mente se bloqueó en ese instante.

# Carta sin destinatario

MARÍA SOLEDAD VEGAS JIMÉNEZ

Advertencia previa: los lugares y sucesos históricos aludidos en esta historia son todos reales. Los personajes, aunque de manera ocasional puedan estar inspirados en personajes reales, son todos de ficción y no deben conducir a atribuir conducta alguna a personas existentes o que hayan existido en la realidad.

«No puedes separar la paz de la libertad, porque nadie puede estar en paz, a no ser que tenga su libertad.» (Malcolm X)

Esta es una carta que nunca se envió. Tanto el remitente como el destinatario son anónimos y el contenido es tan solo un papel sin sentido y sin interés (que no sea el de la reflexión pausada y la terapia que proporciona escribir) dormido en el fondo de un cajón. Pero habla de guerra. Una guerra sin bombas ni fallecidos. Una mezquina guerra doméstica cuyos tanques son el terror psicológico, la prepotencia, los abusos, las voces, la violencia, las humillaciones y una soledad y falta de comunicación infinitas. Ese tipo de guerra que no sale en los periódicos y de la que avergüenza hablar y hasta recordar.

La carta sigue el ritmo de las pulsiones de unas vivencias con un orden secuencial que no se ajusta al tiempo cronológico, sino al proceso de sanación y desapego emocional de una relación tóxica. Primero el caos, la angustia y el dolor de la guerra particular de nuestra protagonista de la que consiguió salir con las cicatrices justas, y poniendo tiritas a su maltrecha autoestima, sobrevivió a las carencias

afectivas, económicas y a la exclusión, y tiró adelante como pudo con sus niños.

La carta también transita por los consoladores caminos de los recuerdos familiares y amados haciéndolos coincidir con la paz ficticia de la dictadura y finalmente alcanza la precaria paz y libertad del momento actual proyectando al futuro un mensaje de esperanza y fe en un mundo libre para los y las que nos van a continuar.

Yo no he vivido una guerra en primera persona, solo tengo referencias por lecturas, por historias familiares y por las impactantes imágenes de los medios de comunicación. Aunque las lágrimas acudan a mis ojos y las tripas se me revuelvan por la angustia, es un dolor vicario. No creo tener el derecho ni puedo hablar de algo que he tenido la fortuna de no padecer sin sentirme una impostora.

De modo que este papel arrugado y encontrado por azar me ha venido al pelo. Habla de sucesos conocidos y cercanos y que sin estilo literario alguno, con la candorosa simplicidad y humildad del desahogo de un diario íntimo, reflexiona, contra toda lógica, sobre la posibilidad de que un mundo mejor es posible para las generaciones venideras.

Espero que guste al lector casual que tenga la amabilidad y paciencia de detenerse a leerlo y, sobre todo que, aunque juzgue el mensaje candorosamente ingenuo para un adulto mayor, «imagine a todo el mundo viviendo la vida en paz» (John Lennon).

### Carta sin destinatario:

Me cuesta ahora sentirte. Tu imagen, tu olor y tus maneras de capataz pendenciero quedan desdibujadas en la bruma de los años transcurridos. Si no fuera tan perezosa, solo tendría que levantarme y sacar el álbum de fotos o las sentencias judiciales para que volvieran a ser nítidos los recuerdos, sin embargo, no lo hago, con unas pocas referencias o anécdotas satisfago la curiosidad ajena y la poca necesidad propia que tengo de rememorararte. A tu hermana le asombra que no te guarde



rencor, que nunca te mencione, que nunca haya transmitido a nuestros hijos la menor injuria, que sepan tan poco de nuestra historia... Algún día analizaré el motivo porque me consta que no es por nobleza de espíritu, simplemente no me apetece. Las cosas que salen mal no hay que darles más vueltas, lo mejor es apartarse del lado oscuro y mantener a los sociópatas lejos incluso del pensamiento. Rozalén dibuja puertas en la pared, yo bloqueo recuerdos ingratos. Practico la terapia de la amnesia selectiva y voluntaria.

Tengo muchos años. Ha pasado mucha vida y me encuentro a veces reflexionando sobre alguna de tus «verdades» absolutas y rotundas que en un tiempo ni sabía cuestionar. Esa forma de hablar tuya tan segura y *ex cathedra* me dejaban en un estado de pismo atónico y mudez: «Había que estar preparado para la guerra si se quería la paz». Esta fue cuando tu hijo comentó que se declararía «objeto de conciencia» o, en su caso «insumiso» cuando llegara el momento. ¿Qué fue primero, tu aforismo latino que escupías en la mesa de la cocina mientras cenábamos como si fuera de tu propia cosecha, o el rebelde posicionamiento del adolescente?

Sin duda le echaba valor teniendo en cuenta las palizas que le dabas. En aquel entonces él practicaba la resistencia pasiva de Gandhi hasta que encontró la pistola. ¿Qué se siente cuando te golpea de frente como un bumerán tu mismo aforismo? En tu caso lo sé de sobra. Lo olimos todos y tú nunca supiste que era de perdigones. ¡Qué patético despojo de bravucón con los más débiles!

Como ventajas de las guerras declarabas su necesidad como control demográfico, dado que «las pestes» que asolaron Europa en la Edad Media ya no existían, (al menos en aquel momento no). Añadías a tu discurso palabras como marchas marciales de las que inflaman el pecho de heroicidad, honor, disciplina, tradición, religión, patria, bandera, camaradería y avances científicos debidos a las nuevas tecnologías en armamento. En suma, la guerra era progreso y era necesaria. Prueba de ello es que todas las fronteras europeas eran el resultado de guerras y sangre; España conquistó América con violencia y gente armada. La

composición literaria más relevante de la Antigua Grecia, la *Ilíada*, trata de guerras, la Biblia relata guerras y violencia... Yo no discutía, casi nunca discuto, sabía que tus fanfarronadas eran solo eso, te gustaba el rol de patriarca, pero, por suerte, no eras Abraham, no tenías la capacidad de poner la preciosa vida de mi hijo en peligro.

Esos monólogos repletos de soflamas bélicas te enardecían a ti solo. Eres un fariseo al que le encanta oírse. Los demás sabíamos que ni tú mismo las secundarías llegado el caso. Eres la viva imagen del predicador hipócrita el de «hacer lo que yo diga, no lo que yo haga».

Es de suponer que los niños y ancianos destrozados, la sangre, las violaciones, robos, hambrunas, refugiados, en fin, todo lo relacionado con seres humanos dolientes y víctimas inocentes de una guerra son meros números y daños colaterales necesarios en los que no merece la pena que se detenga a pensar un psicópata que se precie.

Y pasando página a tus talibanas apreciaciones, pienso que la paz, por otra parte, tiene un precio que a veces da miedo. Mi querida Oma, mi ángel de la guarda, mi abuela añorada, había nacido en 1891 y decía estar muy agradecida a Franco por el largo periodo de paz que nunca antes había tenido.

Ella estaba entre el público de la Calle Mayor el 31 de mayo de 1906, no tenía aún quince años, cuando una bomba escondida en un ramo de flores y arrojada desde un balcón tropezó con los cables del tranvía y mató a veintiocho personas y dejó cientos de heridos y mutilados en lugar de a los Reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia (recién casados) a los que estaba destinada, que, por su parte, continuaron con los festejos debido a que este enlace era un acontecimiento de orden internacional que había reunido a monarcas y políticos de todo el mundo.

La generación de mi abuela vivió la sangría de las sucesivas guerras de África a las que enviaban a todos los chicos (mi abuelo estuvo, claro) que no podían pagar para librarse del larguísimo servicio militar en aquellos pedregales norteafricanos, a los que todo el mundo denominaba «la antesala del infierno» y en los que el porcentaje de bajas

rondaba el 50%.

Los españoles contemporáneos de Oma también sufrieron la guerra de Cuba, la guerra de Filipinas, la Revolución del 34 durante la II República, los atentados, la violencia desatada y el odio de unos y otros, y ella, en particular, la guerra civil en Badajoz, que fue especialmente cruenta y salvaje, y al final la posguerra y sus represalias. ¿Esos treinta y seis años de paz a los que mi abuela estaba tan agradecida eran de auténtica paz y libertad? La verdad es que no. Lo cierto es que todo el mundo vivía con mucho recelo y temor.

Así es que Oma ya no ha experimentado el más largo periodo de paz y libertad en la historia de España, hasta el momento. En el mes de diciembre habrán transcurrido cuarenta y cuatro años desde que votamos la Constitución y, con todos sus defectos, carencias, terrorismo independentista, terrorismo de extrema izquierda, terrorismo de extrema derecha, terrorismo antiterrorista y terrorismo yihadista, escándalos, denuncias por corrupción, tropezones y también aciertos, ahí estamos, pudiendo leer libros antes prohibidos, expresarnos sin censores, viajar, manifestarnos, votar y movernos en libertad en un mundo en el que menos del 5% de la población vive en una democracia completa con procesos electorales, pluralismo y cultura política.

Es posible que en realidad no estemos viviendo en paz, sino en la cómoda y engañosa retaguardia de una guerra tras otra, dado que los conflictos se dirimen ahora entre militares profesionales y lejos de casa.

El eufemismo de que el Ministerio de Guerra se llame ahora de Defensa lo dice todo.

En este periodo hemos visto en los telediarios el primer enfrentamiento bélico del siglo XXI: la ocupación militar de la isla Perejil por Marruecos entre el 11 y el 20 de julio del 2002.

Al año siguiente, entre junio del 2003 y mayo del 2004, 2600 soldados españoles fueron enviados a Irak porque Bush, Blair y Aznar, acordaron invadir el país en busca de armas de destrucción masiva que, según se dijo, tenía Saddam Hussein. Las consecuencias fueron, entre otras muchas, un país devastado, que a España volvieron once soldados

menos y que, como represalia yihadista, el 11 de marzo del 2004 y debido a once explosiones en cuatro trenes de Madrid fallecieron 193 personas y hubiera 2057 heridos.

Simultáneamente, pero con una duración de casi veinte años, desde el 2002 al 2021, España ha colaborado con las fuerzas de la OTAN contra la insurgencia de los talibanes y en la reconstrucción de Afganistán. El balance final en términos de vidas humanas es que ciento dos hombres y mujeres perdieron la vida. Se invirtieron cuatro mil millones de euros en despliegue militar y programas de cooperación y al final Afganistán es ahora talibán y parte de los emiratos árabes también.

Y, en el momento actual, tenemos la invasión de Ucrania por Putin. Parece que la participación de España se limitará al suministro de armamento y munición.

A pesar de todo decido deliberadamente no desesperar, no darte la razón, y remedando a Luther King decir: «tengo un sueño», y es que algún día mi nieta pueda recordarme con el mismo cariño que yo a Oma y enviarme un mensaje a la eternidad que diga, no, abuela, el periodo mejor, más fructífero y largo de paz no fue el de tu abuela y tampoco el tuyo, el periodo más largo, próspero y humanitario de paz y libertad es el mío porque abarca ya al planeta entero.

Porque a tu pesar, y de los que son como tú, a pesar de tantos «señores de la guerra» medrando con la compraventa de armas mortíferas, la profecía se va a cumplir y los justos y mansos heredarán la Tierra, y va a ser una herencia digna de tal nombre, ya lo verás, no la ruina devastada por guerras, hambre, contaminación y agotamiento de recursos naturales que constantemente provocáis y enmascaráis.

Algo o alguien os va a parar los pies a tiempo como te los pararon a ti con una pistolita de juguete.

# Síndrome del impostor

ALBERTO LUIS COLLANTES NÚÑEZ

Fue sin duda mi gran noche. Todos los premios recayeron en mí: mejor comercial del año, mejor comercial de producto nuevo en promoción, mayor crecimiento en ventas... Un viaje a Nueva York, dos trofeos, un reloj y 2500 euros. Grité, agradecí, mostré mi cara más amable y feliz. Incluso me permití el lujo de recordar a los jefes y compañeros que las exigencias de la empresa me habían devorado.

Subí a la habitación de mi hotel a cambiarme para la cena. Entonces me tiré sobre la cama y lloré con desconsuelo.

—Soy un impostor —me dije.

Intenté abrir una ventana para refrescarme con el viento nocturno o quizá para aprovechar que estaba en una séptima planta. Pero las ventanas no abrían del todo.

Me metí en la ducha, las gotas caían sobre mi piel como auténticos cuchillos. Me puse el mismo traje con el que había recibido los premios, aunque con otra camisa y otra corbata.

—Te has dejado la vida, el tiempo y la alegría para ser el jodido mejor comercial de Europa. Y encima el puto viaje a Nueva York, con lo que te estresa viajar y las ganas que tenías de quedarte en casa tranquilo. Y no, no eres el mejor, ni siquiera vendes, te compran. Le cuentas a la gente la mierda esa del «comercial tenedor que pincha y el comercial cuchara que recoge desde la confianza de su cliente». Mierda. Tienes un puto producto que la gente quiere en una puta zona donde lo quieren más que en ninguna otra. Impostor, farsante, no mereces estos premios.

La voz que me dice esto es el nonato, que pudo haber nacido en mi lugar y me odia porque yo le robé la oportunidad de existir. Es tóxico, pero cómo se libra uno de un tipo que vive dentro de la cabeza.

Mi psicólogo me dice que tengo que parar y mi psiquiatra que no puedo dejar la medicación porque no se juega con las drogas que me prescribe. Pues no me las prescribas, joder, si es que me quitan la vida, el entusiasmo, la hiperactividad con la que asumo este trabajo cada día más grande.

Mi vida es una bola de nieve. Yo tenía treinta años y vendía poco más de 300 000 euros al año a setenta clientes. Trece años después, vendo más de 1 100 000 euros y llevo zonas donde el comercial se ha ido porque todos me conocen, soy muy majo, nunca digo que no y puedo con todo. Ah, y entre medias, he tenido tres hijos.

—También vas a poder con esto, hijo de puta, baja a la cena y comételes a todos. Y no bebas. Recuerda la última vez que mezclaste alcohol y duloxetina.

Puto nonato. Qué fácil se ve la vida desde la inexistencia.

Me tiro en la cama. No voy a bajar. Tengo que aprender de lo de la pobre Anabel. El fin de semana anterior a que la matara un imbécil bebido a lomos de un BMW, se fue a Málaga a hacer un curso. De haberlo sabido, los cojones habría ido al curso. Se hubiera quedado con sus hijos.

—Despídete. Deja el trabajo. Vete.

Estoy hasta los huevos del nonato inconsciente y su vocecita interior.

—Me voy y ¿en qué trabajo si no sirvo para nada? ¿No era un impostor, un farsante? Puto nonato.

Suena una voz.

—Tío, yo ya estoy, ¿bajamos juntos?

—Claro. Voy. Dame treinta segundos.

Meses después, el nonato hizo que me autosaboteara y me despidieron. En solo diez meses pasé de «mejor comercial de Europa» al «despido fulminante». Yo creo que el nonato me escondió las pastillas adrede para que en mi empresa se dieran cuenta de que en realidad yo era solo un impostor. Disfruta (des)arreglándome la vida el hijo de puta.

Me conoce bien.

# La guerra Rusia y Ucrania

ANA ISABEL HINOJOSA

Zelensky se abre a negociar con Rusia sobre el Dombás. Rusia y Ucrania retomarán las negociaciones mañana en Turquía, que durarán hasta el miércoles.

Ucrania sancionará a los ciudadanos que publiquen imágenes de los ataques en redes sociales con entre tres y ocho años de cárcel. Habrá nueva ronda de negociaciones ruso-ucranianas en Turquía de lunes a miércoles, según el negociador ucraniano.

Las autoridades de Lviv y Leópolis informan de tres nuevas explosiones.

Rusia anuncia la destrucción de un depósito de misiles ucraniano cerca de Kyiv.

El ejército ruso continua su asedio en distintas ciudades ucranianas como Mariúpol y Leópolis.

El presidente de Ucrania dice que no aceptará ninguna condición que no respete la soberanía del país.

Rusia reagrupa sus tropas en Ucrania para lanzar nuevos ataques, ha advertido este jueves la OTAN. No se están retirando, sino que se están resituando, ha asegurado a mediodía el secretario general de la Alianza Atlántica. Ha pronosticado que el nuevo objetivo de Putin es «reforzar su ofensiva en el Dombás», un vaticinio que ha ratificado horas después el Departamento de Defensa de Estados Unidos, que prevé en esa zona un conflicto «prolongado». Zelensky afirma que Rusia ha rechazado una propuesta de tregua por la Pascua ortodoxa. Biden anuncia un nuevo paquete de asistencia militar a Ucrania y prohíbe a los barcos rusos atracar en los puertos de EE. UU. Putin cancela la orden de asalto a la acería Mariúpol,

pero mantiene el bloqueo. El alcalde de la ciudad asediada denuncia el hallazgo de una nueva fosa común de treinta metros de largo.

Zelensky pide un alto el fuego en Mariúpol. Muere Olena Kushnir, icono de la resistencia de Ucrania en Mariúpol.

Ucrania denuncia más de doscientos diez niños fallecidos y casi trescientos noventa heridos desde el inicio de la guerra.

La Fiscalía de Menores de Ucrania ha denunciado que doscientos trece niños han muerto y trescientos ochenta y nueve han resultado heridos en ataques perpetrados por Rusia desde el comienzo su invasión de su país, el pasado 24 de febrero, hasta este domingo.

La mayor parte de las víctimas infantiles, contando fallecidos y heridos, se han registrado en la región de la capital, Kiev. Asimismo, la Fiscalía ha denunciado que mil quinientas instituciones educativas han registrado daños materiales desde el principio de la invasión, ciento dos de las cuales han quedado completamente destruidas.

Deserciones masivas de rusos que se niegan a ir a Ucrania a combatir.

Miles de militares renuncian a sus contratos profesionales para no participar en la lucha. Un soldado ruso es detenido en el zoo de Jarkov.

Ucrania asegura haber alcanzado con misiles otro buque insignia ruso, el Makarov.

El Gobierno ucraniano ha denunciado que Rusia tiene planes de declarar la guerra a Ucrania el 9 de mayo.

La UE aprueba el paquete de sanciones a Rusia, pero exime al patriarca ortodoxo por el veto húngaro.

Ucrania da entender que no atacará territorio de Rusia con el armamento que le suministran sus aliados.

El gran golpe ruso en Ucrania con toneladas de bienes expoliados.

Rusia se apropia de los cereales ucranianos y los vende de forma subrepticia para contar con una fuente de ingresos en un contexto de fuertes sanciones internacionales.



Kiev se queda sin munición y depende de la ayuda internacional.

La inteligencia militar ucraniana ha confirmado este viernes que el Ejército ha agotado sus reservas de munición y que ya depende exclusivamente de la ayuda militar internacional para defenderse de los ataques por parte de las tropas rusas.

# Caminando hacia un futuro incierto

JOAQUÍN DOMINGO COMPAIRED

Despertarse después de una noche aciaga, no saber qué tenor de camino tomar. Las dudas de todos los días. Miedo y desazón son las primeras emociones. De golpe, se acordó de su cometa. Se dio cuenta de que la tuvo abandonada a última hora de la noche. Le apeteció un café, ya tarde, y se recostó en una oquedad amoldada a su enflaquecido cuerpo y se durmió relativamente pronto, teniendo en cuenta de lo peligroso de la situación en todo el país que lo acogió sin reparos tiempo atrás.

Todavía humeaba y se precipitó a arrancar unas aliagas secas que vio cerca. Consiguió con esfuerzo de sus pocas fuerzas, avivar una ligera llama con que calentar sus últimos gramos de ese café que tanto le había costado estirar a lo largo de las duras semanas. También su avituallamiento estaba en mínimos. Un poco de pan, ya muy seco, y una no menos estropeada porción mínima de carne curada. Tendría que agudizar el ingenio para reponer sus alforjas si no quería sumar un grado más de hambre.

La incertidumbre y la angustia que sufría empezaban a ser ya insoportables. El constante rumor de las bombas que se escuchaban en la lejanía y que eran soltadas por los suyos, por sus compatriotas, no mejoraba en nada su estado anímico. Provocaba en él un cierto odio hacia el presidente de su país: un sátrapa cruel en exceso, producto de su larga experiencia en el espionaje y las cloacas de su gobierno, en las que se manejaba como si fuera su propio hogar.

Tenía que tomar una decisión a no más tardar. Cada vez que tenía que hacerlo le estallaba el corazón y el temblor de su cuerpo era notable,

de las manos se le caía cualquier cosa que tuviera en ellas. A veces pensaba que la vida se le iba a escapar como una pelota sin poder hacer algo al respecto. Ir a un pueblo o ciudad era el sorteo endiablado que tenía que sufrir para poder subsistir al menos unos días más. Aunque eso era cada vez menos loable. Las continuas bombas llovidas desde diferentes orígenes, cuyos objetivos eran seleccionados para hacer el mayor daño a la población, dejaban a estas ciudades como lugares fantasmagóricos en los que no se encontraban ni siquiera mascotas abandonadas precipitadamente por sus dueños en su necesidad de huir para salvar sus penosas vidas. Una mascota dócil que encontrara podría a su pesar hacer que recuperara fuerzas para sobrevivir una o dos semanas más.

En su lugar, podría encontrarse con el mismo diablo en forma de uniformado cargado de munición que no le haría dos preguntas. En estas largas semanas habían enloquecido, debido al olor de la sangre tibia y al consumo cada vez más abundante de fuertes drogas y el derroche continuo de vodka, patrocinado y garantizado por su gobierno, para mantener alta la engañada moral de sus ejércitos en la agresión a sus vecinos, víctimas de todo tipo de tropelías. Es sabido que, en la guerra e invasiones, el premio a las tropas es el botín, o mejor dicho el saqueo, de todo tipo de bienes, así como violaciones a mujeres y niños sin un atisbo de piedad.

Tampoco era muy halagüeño el poder encontrarse con ciudadanos, ávidos de ver la luz del sol después de días de vivir en penumbra, a la luz de alguna linterna sin llegar a verse las caras unos a otros de forma clara, sin vislumbrar el miedo y el horror que anidaba en sus espíritus demasiado maltrechos.

Podría encontrarse con patrullas de civiles, que hartos de la oscuridad de los sótanos, salían armados a las calles para ver la situación real y posibles prorrusos disfrazados de periodistas que señalaban las posiciones críticas para que fueran bombardeadas incruentamente desde navíos o posiciones de artillería cercanas a la frontera, pero en territorio invasor. Encontrarse con ellos sería peligroso debido a su aspecto, que dejaba mucho que desear.

La única alegría en su penosa existencia era encontrarse con algún riachuelo en el que poder asearse y a veces afeitarse la barba de muchos días con una cuchilla que ya no daba más de sí. La suciedad de la ropa era más difícil poder arrancarla sin una maldita pastilla de jabón para frotarla sacando alegre espuma.

Según se acercaba al pueblo, oía lo que le parecía un runrún de voces humanas. Algo que se negaba a creer que fuera cierto debido al continuo temor que sentía hasta en los huesos. Por algún motivo desconocido para él, se sentía obligado a acelerar el paso. Algún resquicio de esperanza anidaba en él todavía y empezaba a confiar en la buena suerte que se podía iniciar en esos momentos a medida que se acercaba a las voces de algún niño que parecía que estaba jugando. Sus padres seguro estarían cerca y quizás estuvieran dispuestos a ayudarlo en lo que necesitara.

Transitando por entre los escombros que cubrían el asfalto que adivinaba lleno de huellas de obuses, observaba los edificios de aspecto tenebroso, entre destruidos y negros, producto de las llamas que no dejaron enteros ninguno de los enseres de los vecinos que poco antes los ocupaban haciendo una vida normal, quizás de satisfacción y felicidad. Pocos eran los que quedaban en pie dando ese aspecto terrorífico, de una guerra real.

Ensimismado como estaba en sus pensamientos de cuanta maldad anidaba en lo más profundo del alma humana, no se daba cuenta, no percibía el cambio tan radical que se iba a producir ante su vista.

Al doblar la esquina se sobresaltó de tal manera que no pudo sino desandar unos pasos e intentar esconderse en unas ruinas en lo más profundo. Se agazapó intentando que nadie lo viera e inspiró con profundidad para apaciguarse ante lo que había visto: el corazón le estallaba y no sabía por qué. Era una visión alegre, festiva y sin embargo no se lo creía. Demasiado tiempo caminando, huyendo de la gente y ahora se encontraba con una visión irreal, que por una vez nada tenía de infernal. Pasado un buen rato, ya más calmado, se dispuso a trazar un plan.

En primer lugar, rebuscó entre sus escasas pertenencias una camisa un poco más decente que la que llevaba puesta, pero aun así demasiado arrugada para no llamar la atención. Buscar un pantalón ya era otra cosa. Había aligerado su bolsa hacía ya unos días para andar más ligero para en caso de tener que correr y alejarse de los innumerables peligros que encontraba en su incesante caminar a ninguna parte, solo buscando la soledad que le salvase la vida por esos terrenos baldíos en los que no encontraba un maldito camino que fuera a parte alguna. Con desazón fue consciente de que no tenía otro que no fuera el que llevaba puesto. Aun así, se armó de valor para salir de esa ratonera e intentar integrarse en lo que ya sí creía haber visto: grupos de gente a la luz del día que le pareció el más luminoso de los que había vivido.

Vio un grupo de personas haciendo cola en lo que supuso una panadería. Un poco más adelante, otro grupo a la puerta de un supermercado. Era suficiente para sus jugos gástricos. Solamente pensar en un buen pan recién horneado era superior a su control, los jugos de todo su organismo le llenaron la boca hasta casi babear, tales eran sus necesidades. Eso hizo que precipitara sus pasos sin tener en cuenta la precaución, que, hasta entonces, era su norma de supervivencia. Esas prisas no impidieron que su mente le dijera que algo no iba bien, que algo faltaba, y ese algo era importante, pero no hizo caso de sus avisos internos. El idioma ucraniano lo dominaba bien. Su falta de acento ruso no lo iba a delatar, además la gente estaba a lo suyo, como máximo estaban atentos a cuando sonaran en cualquier momento las estridentes alarmas predictivas de oleadas de atronadoras bombas destructoras de lo poco que quedaba en pie. En un acto de valentía inconsciente, decidió que bien se merecía un buen café destilado a su temperatura adecuada y leche fresca.

Mirando la humeante taza, le invadió una insoportable sensación de soledad. Algo le faltaba y no sabía qué era, tal era el grado de concentración y miedo por su vida con el que había convivido los últimos meses para alejarse de los peligros que lo acompañaban continuamen-

te a cierta distancia. Tenía un pasaporte del estado de un ejército invasor, eso a los clientes de la cafetería no le importaba. Veían a una persona necesitada de ayuda, pero había miles de ellas en Ucrania, en esos días aciagos y crueles. El peligro estaba en los retenes de militares que seguro rondarían por la ciudad. Allí se sentía seguro. Escogió una mesa desocupada detrás de una pared sin cristales y cerca de la puerta por si necesitaba salir sin llamar demasiado la atención.

Se tanteó la cara, una cara con una barba rala pero excesivamente larga. Se miró la recién puesta camisa y no lloró. No tenía lágrimas para hacerlo, pero los ojos se le humedecieron con una profunda y amarga tristeza. Ahora sabía qué es lo que le ocurría.

Un desayuno a dos en su cafetería preferida una mañana de domingo después de una semana de trabajo eran momentos de inmensa felicidad. Todo este tiempo había echado en falta su mirada fija en él, como descuidada, serena, tranquila, llena de amor. Una sensación que lo llenaba de paz y tranquilidad. Tenía todo lo que necesitaba. Eran días felices en un país que sentían como propio. Tenían los dos un buen trabajo para el que estaban perfectamente preparados, incluso para ascender en la empresa, que daba oportunidades a quien lo mereciera y se sintiera partícipe de ella.

Ahora, sentado a la mesa, se sentía en absoluta soledad. Se acordaba de sus manos y cuánto le gusta jugar con ellas. No eran demasiado grandes y sí carnosas en su medida. ¡Diablos! Cuánto le gustaban, pensó. Se habían creado un grupo de muy buenos amigos con los que no se sentían extraños. Todo se había ido a pique por las ansias de poder de un individuo psicópata que gobernaba el país a golpe de detenciones de quien no pensara como él.

Tuvieron que tomar una decisión difícil que resultó acertada o no. La suerte estaba echada, ella pasaría desapercibida entre la gente que pugnaba por salir del país lo antes posible tras las primeras noticias que se extendían como la pólvora de la internada del ejército invasor y con él las primeras bombas. Él se quedaría allí intentando conservar el trabajo.

La añoraba de forma insufrible. El café tan deseado se convirtió en amargo. Desorientado y sin saber qué hacer, se quedó de pie unos momentos de forma peligrosa. Qué hacer. Ella se fue por el oeste, una dirección que él no podía tomar. Lo cazarían enseguida por sus papeles rusos. Dinero tenía, pensó con ironía. No eran tiempos de despilfarrar, más bien de ahorro. Pagó el café a un precio muy superior al habitual, comprendiendo lo difícil de la situación y escasez de alimentos que suponía.

Tendría que desembolsar una fuerte cantidad de dinero si quería avituallarse para el largo camino que le quedaba por hacer. No tenía otro remedio que ir al lejano este para entrar por la frontera rusa, creyendo que sería más fácil cruzarla, sin saber nada de los campos de concentración que montaron sus compatriotas. Llenó la bolsa con lo que pudo conseguir en el supermercado con más personas que productos y escogió el camino que le llevara a un encuentro lejano con ella.

# Libertad, paz y guerra

JAVIER OÑATE MARTÍNEZ

Putin ha decidió acabar con la democracia de Ucrania. Entonces decide ir en contra de los ucranianos, invadirlos y matar a todo el que se ponga en su camino, le da lo mismo matar a bebés, niños y ancianos. Lo que no sabía Putin es que el presidente de Ucrania iba a pedir ayuda a Europa y eso le ha sentado mal a Putin, que ha tomado represalias con los países que ayudan a Ucrania, por ejemplo, a España la ha fastidiado al vetar el aceite girasol, cereales y el gas.

Nosotros no somos tontos, tenemos otras alternativas porque ahora no necesitamos a Rusia, tenemos a Emiratos Árabes con el gas y América del sur con los cereales.

Aquí a veces confundimos esta guerra de Ucrania para hacernos daño con otros asuntos. Algunos confunden la paz y libertad para hacer política.

También el mayor partido de la oposición para atacar al Gobierno en vez de ayudar para acabar con el sufrimiento de los pobres ucranianos que no tienen culpa de esta guerra absurda y encima se mofan de ellos enseñando banderas rusas. Esto a mí me da vergüenza. Ya se le tenía que caer la cara de vergüenza por no respetar a Ucrania.

¡VIVA LA PAZ PARA UCRANIA!

¡FUERA LA GUERRA Y QUE VUELVA LA PAZ PARA UCRANIA!



# Las hilanderas de esperanza

VIRGINIA MÁS PEINADO

Mi cruel destino está destinado a girar en el torno de la máquina de hilar con la que me gano el pan de cada día. Aquí comienza mi extinción. Soy una niña a la que han obligado a trabajar catorce horas diarias; soy un libro a punto de cerrarse, con la espalda constantemente arqueada. Mi celda vital es esta habitación oscura y mal ventilada en la que no tengo libertad de movimiento y el aire puro parece tener prohibido el acceso.

Cada mañana, comienza mi sesión de tortura. Me levanto a las cinco, todavía no se han despertado los pájaros. Desfilo encorvada, lo más rápido que alcanzan mis frágiles piernas, entre la bruma siniestra de las calles vacías para llegar a tiempo a fichar en la fábrica textil. Me voy cruzando con una multitud de niños flacos, desencajados y cubiertos de harapos, que esconden bajo la axila el pedazo de pan que ha de alimentarlos hasta que regresen a sus casas, una vez la luna presida la bóveda celeste.

Siento lástima por mí, por todos ellos... Hilamos con el quebranto de haber nacido en el tiempo y el espacio equivocados. Algunos se entretienen a jugar a rayuela por el camino antes de entrar a la fábrica. Niños jugando, ¡qué barbaridad!

Entre las madejas de hilo todos cantamos fuerte o tapamos nuestros oídos, introduciendo pelusas que cogemos del suelo, para enmudecer los aullidos de todos niños que son castigados por llegar tarde o no cumplir con la producción que nos exigen, golpeando sus cuerpos enclenques con una pesada barra de hierro. También es frecuente que alguno caiga rendido por la falta de sueño, resbale bajo la máquina y quede mutilado o agonice sus últimos suspiros en un lecho entre algodones.

En nuestros breves periodos de descanso, nos limitamos a vigilar algunas máquinas que están en funcionamiento, a recoger los desechos de algodón arrodillados en el suelo y si el patrón no está vigilando, a comer nuestros panes enmohecidos sumergidos en esta atmósfera sofocante y cargada de moléculas de polvo.

Somos las víctimas que arrastra la Revolución Industrial con su progreso. La miseria de nuestras familias nos obliga a trabajar para ayudar en la economía de nuestros hogares. Nuestras condiciones de trabajo son deplorables y nuestro salario infantil supone una décima parte de lo que gana un varón adulto trabajando las mismas horas.

Para encontrar mano de obra barata y fácil de amaestrar, los propietarios de las fábricas solían recoger a niños de los orfanatos o simplemente se los compraban, por unas cuantas monedas, a las familias más humildes. Estos desheredados debían trabajar duro a cambio de un colchón en el que dormir y de un plato de comida para calmar sus almas famélicas. Si intentaban huir, eran capturados en batidas y devueltos a sus «amos», que los ataban con grilletes.

Para escapar de nuestro infierno, nos contábamos cuentos que inventábamos en el mundo de los sueños, aquel territorio infinito que nadie nos podía arrebatarnos todavía. Nos distraíamos de la virulenta rutina realizando un recuento con las pequeñas anormalidades que encontrábamos incrustadas en la aparente normalidad: ojos de diferente color, manos con seis dedos, tréboles de cuatro hojas, voces que intentaban comunicarse con nosotros desde la oscuridad... Jugábamos a inventar otras vidas en las que viajábamos por el mundo, mientras nuestros cuerpos comenzaban a temblar y a descomponerse, presos de la inmovilidad.

Cuando el patrón nos escuchaba reír, enviaba a algún encargado a regañarnos y nos amenazaban con reducir nuestro salario a una entelequia. «¿A quién se le ocurre sonreír inmerso en esta montaña de inmundicia?».

Aquella mañana apareció a mi lado una niña de mi edad que comenzó a ayudarme con la rueca. Al principio, evitaba mirarme a los

ojos y obedecía mis órdenes sin emitir sonido alguno. Imaginé que era sordomuda o padecía una timidez crónica.

Días después de interactuar con mi ayudante, habitualmente cargada de furia ante su supuesta indiferencia, fui consciente de que quizá el excesivo trabajo me estaba volviendo loca y aquella chiquilla era un producto más de mi imaginación.

Cuando hablaba con ella, mis compañeros me miraban con extrañeza. «¿Ya estás inventando uno de tus cuentos?, ¿por qué no dejas de hablar con tu amiga invisible?, ¿somos demasiado aburridos para ti?», me cuestionaban entre los sudores y la extenuación.

Comprendí entonces que debía ser más discreta al interactuar con Aurora. Este era el nombre de la muchacha incorpórea que se había convertido en mi sombra. Cargaba con un zurrón lleno de libros, que devoraba con ansia cuando los descansos permitían tomar un respiro. Su interés y su capacidad de abstracción ante aquellas páginas despertaban mi curiosidad.

Antes de que me viera obligada a trabajar en esta fábrica repugnante, conté con el privilegio de asistir unos años a la escuela. Allí tuve la fortuna de asimilar pequeños fragmentos del saber con apariencia de letras y números que repasaba en mi cabeza siempre que tenía la oportunidad.

Desde que Aurora brotó como un apéndice de mi existencia, comencé a recordar todas las lecciones aprendidas —las que había archivado en el arcón del olvido— e intenté extraviarme de mí misma, sin dejar de pisar el pedal de la hiladora, hasta preguntarme: ¿quién soy yo?, ¿por qué estoy condenada a este martirio?, ¿esta es la única realidad que existe?, ¿nadie conserva una micra de ilusión para cambiar todo esto? No debo hacerme tantas preguntas porque en ocasiones encuentro las respuestas.

Cambiábamos los hilos en la rueca con la misma entereza con la que las serpientes mudaban su piel. Aurora tenía la expresión de alguien que ya ha visto demasiadas cosas. Una mañana, recién descorchada, comenzó a hablar muy deprisa como si se hubiera entre-

nado para no respirar. Soltaba a borbotones párrafos enteros en una sola espiración inagotable. Largos y violentos flujos de verborrea sin puntuación alguna, sin necesidad de detenerse a tomar aire de vez en cuando. Parecía contar con los pulmones más grandes del mundo. Al remangarse y escupirse en las manos, su discurso sobre los derechos de los niños no había hecho más que empezar. Su tono era grave y elevado y yo no dejaba de mirar alrededor, cargada de miedo a que nos descubrieran.

Pero Aurora solo existía para mis sentidos y parecía tener mucho que contarme.

—Todos los niños y niñas que estáis aquí trabajando en condiciones infrahumanas contáis con unos derechos por los que tenéis que luchar con uñas y dientes. Estos patronos depravados se aprovechan de vuestra docilidad e inocencia para explotaros en sus fábricas y obtener pingües beneficios —indicó mientras daba un puñetazo sobre la mesa—. Vuestros derechos están redactados en estos libros que siempre llevo en mi zurrón. Te he elegido a ti, por tu espíritu luchador y valiente, para ser la embajadora de la infancia. Soy consciente de que no podrás tomar notas, pero necesito que abras bien tus oídos y retengas en el archivo de tu memoria toda la información que estoy dispuesta a contarte. —Me limité a asentir con la cabeza sin dejar de dar vueltas a la rueca—. Todos los niños y niñas del mundo, con independencia de su procedencia, del dinero de su familia o del color de su piel, deben contar con los mismos derechos: asistir a la escuela para formarse y alcanzar el máximo potencial en sus vidas; manifestar sus deseos y tenerlos en cuenta a la hora de elaborar una legislación; a no pasar hambre; a contar con un techo sobre sus cabezas y una familia que les proporcione ternura y cuidados; a que se proteja su salud y su bienestar; y tienen el derecho a jugar, a desarrollar su imaginación para poder componer un mundo más justo y fraternal.

Al terminar esta arenga ilusionante, inspiró profundamente y se quedó arrodillada en el suelo con el rostro oculto entre las manos, llorando de rabia.

Acaricié sus cabellos a modo de consuelo, sacudida por el impacto de aquellas revelaciones trascendentales.

—Agradezco de corazón la confianza que depositas en mí, pero creo que no podré transmitir tu mensaje sin ser apaleada o despedida —lamenté con una mueca de desconsuelo.

—No te preocupes, no tendrás que pronunciar ni una palabra. Tan solo debes seguir mis indicaciones en tu trabajo rutinario de hilandera. Será mucho más sencillo de lo que imaginas. Fingiendo que son cándidos telares, vamos a tejer juntas palabras poderosas que lanzaremos por las calles para hacer llegar nuestras súplicas al resto de la humanidad.

Los retales viajaron veloces a través del tiempo y del espacio, como palabras ensordecedoras y punzantes.

Nuestros alegatos fueron transportados por el viento hasta llegar al Parlamento, aquel edificio gris repleto de hombres grises que se encargaban de elaborar todas las leyes que incumbían al porcentaje de población que no eran ellos mismos.

Con el trabajo incansable de nuestras manos infantiles conseguimos llamar la atención sobre la terrible explotación infantil en el mundo. En muchos países europeos, al poco tiempo, comenzaron a imponerse legislaciones que regulaban las condiciones y el horario de trabajo de los niños y niñas. Después llegó la ansiada prohibición del trabajo infantil en todas sus formas. Sus únicas obligaciones consistían en acudir a la escuela, ser respetuosos y educados con todos los seres vivos de la Tierra y jugar hasta caer extenuados en sus camas.

La contaminación y los devastadores efectos del cambio climático provocaron que nuestros retales no se esparcieran por igual en todos los rincones del mundo.

Pero Aurora no conoce la rendición ni el fracaso y continúa apareciendo en todas las fábricas que se siguen valiendo de la infancia para conseguir mano de obra barata y manejable. Su labor didáctica no termina induciendo sabiduría en los obreros en miniatura... Los consumidores de las sociedades capitalistas son los principales cola-

boradores y encubridores con esta explotación de los niños y niñas más pobres. «Enseña y cuida a los niños y no será necesario castigar a los hombres».

«Con esta compra, estás privando a una criatura inocente de su derecho a una vida digna. Espero que, en otras vidas, llegues a convertirte en uno de ellos» rotulaba en todas las etiquetas de las prendas elaboradas por niños, con la indiferencia de las autoridades competentes.

No lo olvides nunca: «La palabra progreso carece de sentido mientras sigan existiendo niños infelices».

# Nimiedades de la guerra

EMILIO JOSÉ HUERTAS LÓPEZ

En memoria de los que luchan contra cualquier guerra.  
Los que ganan y los que no.

«Nimiedades de la guerra». Eso llevaba escuchando Paquita los últimos setenta años para referirse a la muerte de su padre. Palabras que resonaban en lo más profundo de sus entrañas noche tras noche, que es cuando uno es más vulnerable a la nostalgia y al recuerdo. Pensamientos que se clavaban en lo más profundo de su ser. Una herida sin cerrar a la que algunos tenían la desfachatez de llamar nimiedad.

Después de aquello, la vida siguió. Como siguen las cosas que no tienen mucho sentido. Y Paquita, ya anciana, seguía preguntándose por qué le arrebataron a su papá —así continúa refiriéndose a él después de tanto tiempo—. La guerra. La maldita guerra se lo llevó.

Paquita creció en el seno de una familia de clase obrera, o lo que es lo mismo, baja. Eso sí, obrera como sinónimo de trabajadora, no de infeliz. Porque feliz fue un rato. O al menos lo fue hasta los nueve años y medio, edad a la que le arrebataron a su papá.

Su décimo cumpleaños no fue el mismo que los anteriores. Faltaba algo. Faltaba alguien. José —o Pepe, como lo llamaban cariñosamente— ya no estaba. Una bala se lo llevó. Carmen, la madre, trató de que fuera el mejor cumpleaños posible. Su hija significaba todo para ella. Y más ahora que José ya no estaba. Una tarta casera con velas improvisadas, amigos y algún que otro regalo que les haría apretarse el cinturón a final de mes. Todo parecía normal, o al menos aparentaba serlo.

Carmen se había esforzado al máximo, pero no nos engañemos, no hay nada que mitigue el dolor de una pérdida como aquella. Perder a un padre, a un referente, con tan solo diez años es algo de lo que nunca te llegas a reponer. O al menos eso pensaba Paquita, quien apenas probó bocado de aquella tarta de chocolate con galletas, su favorita.

Para Paquita ningún cumpleaños sería ya el mismo. El olor a chocolate y a velas propio de una fiesta se había convertido ahora en hedor. En pólvora y metralla. En rabia y olvido.

La guerra se había instaurado en una España enfrentada y dividida. Pero no solo territorialmente, sino también emocionalmente. Paquita pensó que jamás volvería a ser la misma, ya que, aunque el conflicto armado acabase, siempre estaría presente en cada Navidad, cuando mirase la silla vacía de su padre.

—¿Papá, por qué no fuiste más veloz para esquivar aquella bala? —se preguntaba Paquita cada noche.

—Ay, hijita, algunos tuvimos que morir por la libertad —le hubiera contestado José de estar vivo.

Una de las cosas que más le quitaban el sueño a Paquita era el tener mil preguntas sin respuesta. La incertidumbre. La maldita incertidumbre de no saber por qué su padre se fue tan pronto. De no entender por qué lo tuvieron que matar. Pero, sin duda, lo que más impotencia le generaba era no saber dónde estaba su cuerpo. El hecho de no poder haberle dado la merecida sepultura. El no tener dónde ir a llorarlo, a hablarle, a recordarlo. Eso la mataba en vida. Como a un preso al que se le niega la libertad, así se sentía. ¿No era ya suficiente dolor el haber crecido sin su «papá»?

El tener que lidiar con sus guerras internas durante tantos años le había generado una enfermedad crónica en lo más profundo de su alma. Años y años de preguntas sin respuesta. Décadas de inquietud. Más de medio siglo de incompleta felicidad. La depresión. La maldita depresión.

Pero algo sorprendente ocurrió el verano de 2010. Uno de los más calurosos jamás registrados. Más aún en el centro de la penínsu-



la, donde vivía Paquita. Típica casa manchega en la que sobran dormitorios y el tiempo parece detenerse. La que en su día construyeron sus padres. La que no pudo disfrutar Pepe. Fachada blanca y azul. Algunos desconchones. ¿Serán balazos de aquella amarga guerra? No sabemos. Cortinas y persianas que han visto varias generaciones crecer. «Con solera», como bien decía Paquita. Y mucha mucha melancolía. La melancolía que queda tras la tragedia y que poco a poco la había ido devastando por dentro. Un sentimiento que con el tiempo se había convertido en depresión y que parecía llevar años instalado en esa casa.

Paquita había salido a caminar a eso de las 21 h, cuando el sol se va acercando al ocaso y calienta menos. De paso vería el atardecer, placer que parecía no pasar de moda para ella. La rebequita por si refresca que no falte. Negra, haciendo honor al luto que no había abandonado desde que se marchó su padre. Andar tranquilo. Manos atrás entrelazadas. Era su ratito de paz.

Paz que se vio alterada cuando su nieto la sorprendió corriendo hacia ella «como alma que lleva el diablo» —expresión muy utilizada por Paquita—. El pequeño Lucas traía un mensaje.

—Abuela, papá anda buscándote.

—¿Tan importante es?

—«Cosas de mayores», me dijo. Así que no sé nada... —respondió el pequeño.

—Tu padre y sus cosas urgentes que luego pueden esperar un lustro —protestó Paquita.

Ambos emprendieron el camino de vuelta a casa. A buen ritmo. Andar altanero, ya que la clase se tiene o no se tiene, y a Paquita le sobraba. De pueblo sí, pero con mucho estilo.

Allí la esperaba José, su hijo, con una mueca extraña. Según cómo lo mirases parecía feliz y triste a la vez. Algo había pasado, sin duda. Al menos eso esperaba Paquita, ya que no había muchas razones en el mundo para que alguien la molestase en su ratito de paz.

—Lucas, ve a jugar un rato fuera —ordenó el padre.

—Ya es casi de noche, y mamá siempre dice que no pasa nada bueno cuando se oculta el sol —apuntó Lucas.

—Esta vez sí, hijo. Anda, ve...

José estaba siendo condescendiente con Lucas por primera vez en mucho tiempo. Y no era normal que lo fuera. De hecho, el pequeño se estaba criando con los estándares propios del medievo. Ver, oír y callar. Pero ese es otro asunto. Sin duda, algo muy bueno había tenido que pasar...

Lucas salió y por fin se quedaron solos madre e hijo. Dos generaciones a las que les arrebataron el tercer eslabón. Dos generaciones mirándose fijamente a los ojos y también al corazón.

—Mamá, esto que te voy a decir no es fácil. Ni sé si estás preparada para escucharlo.

—José, me estás asustando. ¿Ha pasado algo?

—Sí, ha pasado algo. Pero bueno, muy bueno. Allá voy...

José cogió todo el aire que pudo y se dirigió a su madre como si el mundo entero estuviera esperando oír lo que tenía que decir. Temía no encontrar las palabras adecuadas. Mostrarse dubitativo. Arruinar el momento. Pero como un soldado que encara el campo de batalla, acabó de coger aire y se armó de valor.

—Esta mañana he recibido una llamada. Lo han encontrado, mamá. Después de setenta años, lo han encontrado...

Paquita había dejado de escuchar justo después de que su hijo pronunciara esas tres palabras que ya nunca olvidará: «lo han encontrado». Una amalgama de emociones recorrió su cuerpo. Angustia primero. Alivio después. Felicidad. Emoción. Mil sentimientos que se iban sucediendo en escasas milésimas de segundo.

El ajetreo la despertó quince minutos después. Se había desmayado debido a una subida de tensión, pero no se encontraba mal. Más bien al contrario. Había tenido un sueño reparador. «Papá» la había acompañado en uno de esos paseos de verano que tanto le gustan. No parecía haber pasado el tiempo por él. Su rostro era joven, terso y llevaba esa camisa de cuadros que le gustaba tanto. Al fin, papá.

Unos días más tarde fueron entregados los restos a la familia de Paquita. Estos fueron enterrados en el cementerio del pueblo, y junto a ellos, una tonelada de rabia y dolor.

En la mente de Paquita, su padre siempre había sido luz y cielo, y una melodía que te traslada a un momento exacto de felicidad. En fin, todo lo bueno y bonito que tiene vivir. Durante mucho tiempo, su recuerdo significó un paraguas frente a la soledad. Un pedazo de pan en época de hambruna. Pero ahora, además, significaba paz y libertad.

¡Ay, Paquita! Qué bien se te ve ahora que el dolor ha mitigado y el rugir de los fusiles suena más bajito. Ahora que las «nimiedades de la guerra» lo son de verdad. Ahora que José puede descansar en paz. Por fin, la guerra, había terminado.

# El bacalao

PEDRO LUIS LÓPEZ PÉREZ

Me considero una persona razonable. Siempre, en todas las conversaciones, me gusta defender mi punto de vista, defender mis ideas, pero también pensar que la otra persona puede tener una parte de razón que yo desconozco, aunque sus argumentos sean totalmente contrarios. Esto hace que me confundan con lo que no soy muchas veces. Lo más importante, a mi juicio, es que no me considero poseedor de ninguna verdad absoluta. Se atribuye a Groucho Marx la frase «estos son mis principios y si no le gustan, tengo otros», en clara referencia a esas personas que cambian constantemente de opinión para agradar al contrario, pero en mi caso no es así. Es más bien «estos son mis principios, pero si los tuyos me convencen, aunque sea un poco, los mezclaré con los míos, a ver qué sale». Los vecinos desde hace más de diez años en ese pasillo eterno con habitaciones solamente a un lado que tenemos por casa no me han oído gritar nunca. Supongo que nos toman por una familia normal, clase media, trabajadores y ahorradores, como todos en esta época absurda en la que vivimos. Por eso, cuando me dijo que había ido a la pescadería a comprar bacalao y que se había gastado una pasta pensé que a lo mejor teníamos algo que celebrar, así que por si acaso a la salida del trabajo compré una botella de vino blanco y unas flores, algo sencillo, con la esperanza de que no se diera cuenta de que no tenía la más mínima idea de qué celebrábamos. Desde luego era una fecha que no se me iba a olvidar nunca más.

Entré en casa y nadie vino a recibirme. Se veía la luz del baño al fondo del pasillo. El fluorescente de la cocina trastabillaba. Me apunté mentalmente que tenía que revisar los cebadores. Luz de morgue. Metí el vino en la nevera y busqué un búcaro para las flores. Al

acercarme al fregadero para llenarlo de agua vi los cuchillos con las puntas melladas.

—¡Hola! ¿Estás bien? —grité.

—¡Sí! ¡En el baño! —dijo él—. ¡Ven, porfa!

Estaba sentado en el retrete, con un cuchillo roto en la mano. El grifo del agua caliente llenaba la bañera, aunque no se notaba vapor, como si la bañera estuviera llena de hielo.

—Estoy bien, estoy bien, no te preocupes —dijo, levantando el cuchillo mellado con un gesto indiferente—. Es que es muy duro, y he pensado que si lo descongelaba un poco podía cortarlo mejor. Me he cargado tres cuchillos.

Ahí estaba, ocupando casi la bañera completa. Un pez enorme.

—Estaba de oferta —dijo.

—Es enorme. —No se me ocurrió otra cosa que decir.

—Sí, es enorme, ¿verdad? Es que estaba de oferta y he pensado en cortarlo y congelarlo para más veces. Pero está muy duro. Me he cargado tres cuchillos. —Me enseñó de nuevo el cuchillo roto que tenía en la mano. Me apunté una nota mental para acercarme a la ferretería a comprar más cuchillos. Por lo menos tres.

—Pero si lo descongelamos no podremos volver a congelarlo. Se rompería la cadena de frío, ¿no?

—Vaya —dijo, mohíno—. Pues no lo congelaré. Lo prepararé entero y lo congelaremos ya preparado. Así se podría congelar, ¿no?

—Yo creo que sí, pero mejor llamamos a tu madre y que nos lo confirme.

—Vale, ya la llamamos.

—He traído vino.

—¿Qué celebramos? —preguntó, sorprendido.

—Pues que te quiero, y que has hecho una compra estupenda y con lo que nos vamos a ahorrar podemos permitirnos tomar una botella de buen vino.

—¡Fenomenal! —dijo—. Lo que no sé es qué vamos a cenar. Pensaba hacer bacalao, pero ya ves.

—Algo habrá —dije yo—. ¿Lo dejamos aquí? No creo que se descongele muy rápido, siendo tan grande. Ya mañana lo cocinamos entre los dos.

—Fenomenal. ¡Aquí te quedas, bacalao! —dijo él, lanzando un beso al aire.

Cenamos vino blanco y besos. Nos acostamos pronto y nos dormimos tarde. A veces me despierto por la noche y me quedo un rato escuchando con los ojos cerrados. Me tranquiliza reconocer todos los ruidos que se producen, las tuberías que se ajustan, los pasos titubeantes de algún vecino con incontinencia; el edificio, al fin y al cabo, colocándose para dormir una noche más. De vez en cuando algún ruido inesperado, unos zapatos subiendo por las escaleras o un perro paseado a deshoras por un dueño insomne. Después me vuelvo a dormir. Así que cuando sonó el primer chapoteo me puse a pensar en qué podía ser. ¿Un baño nocturno de algún vecino? ¿El niño del segundo que se había hecho encima sus necesidades y su madre le estaba dando un baño relajante? ¿Una gotera? No, una gotera no podía ser, no suena a piscina en verano. Suena a chasquido de lengua de maestra, repetido hasta la náusea. ¿Algún ruido de algún videojuego? ¿Quién podría estar jugando a estas horas de la noche? Había dos adolescentes en el edificio, pero los dos eran de esos que no saben quedarse despiertos hasta altas horas, por mucho que sus padres los dejen solos. No podía ser un videojuego. Con el segundo chapoteo casi se me sale el corazón. Era en nuestra casa, en el baño del final del pasillo. Donde el bacalao.

García Márquez era un absurdo. Iker Jiménez un imbécil de baba. El realismo mágico es una chorrada inventada por los cuentistas que no tienen recursos suficientes para entender cómo suceden las cosas en realidad, que no ven más allá del filo de la navaja de Ockham, que no son capaces de entender la parsimonia de la vida, que lo sencillo es lo efectivo y que a todo el mundo le gusta lo simple. Que ya nadie está para fantasías. «No fantasees, niño, ciencia, ciencia, ciencia». Esa era la frase favorita de mi padre. Cuando repetía la palabra «ciencia»

me daba golpecitos con dos dedos en la frente. Dos golpecitos por cada palabra. Cien-cia. Para él los niños no mentían, fantaseaban. La fantasía debería estar prohibida. La mentira debería estar prohibida. García Márquez debería estar prohibido. Iker también. Y, sin embargo, el bacalao estaba en la bañera, dando coletazos con su aleta caudal semidescongelada, mientras su boca intentaba por todos los medios abrirse paso entre el bloque de hielo. Saber el origen del chapoteo me tranquilizó, y me volví a dormir.

—¿Qué pasa? —preguntó, medio dormido.

—Nada, duérmete —dije yo—. Un pis.

Cuando desperté, el bacalao seguía allí, completamente descongelado. Intentaba nadar, pero no podía girar en la bañera y a pesar de todo aparentaba tranquilidad. Quiero decir, no sé si los peces se ponen nerviosos, pero este no parecía estarlo, como tampoco parecía darse cuenta de mi presencia. Me preparé un café y me senté en la taza del váter a tomármelo mientras miraba el enorme pez. ¿Cuánto podría pesar? No sé, pero yo peso setenta kilos y no quepo entero en la bañera así que a lo mejor este pez podría pesar como treinta o cuarenta. ¿Pero cómo ha podido traer esto a casa él solo? Me pregunté. Ninguno de los dos destacamos por nuestra fuerza, somos de esas parejas que parecen más jóvenes de lo que son porque están delgadas, hasta que de repente empiezan a aparecer las arrugas y nos saltamos la edad madura para entrar directamente en la senectud. Todavía no estamos en eso, todavía nos confunden con treintañeros.

—¿Qué comen los bacalaos? —me pregunté en voz alta.

¡Espera! ¿Qué es esto? ¿Cómo te estás preguntando qué comen los bacalaos? No te preguntas lo que come algo que vas a matar en cuanto se despierte tu marido. Algo que ya debería estar muerto, que no debería haber superado el proceso de congelación, algo que vas a cortar en rodajas y poner a la plancha, a la cazuela y en salsa verde, y que probablemente tendrás que compartir con los vecinos de la mitad del edificio. Supongo que a todo el mundo le gusta el bacalao. No sé de ningún vecino que sea vegetariano. O vegano. O alérgico al

pescado, pero claro, tendría que preguntar. En fin, me di una ducha en el baño pequeño y me fui a trabajar.

Moluscos, crustáceos, arenques, sardinas, gusanos, anguilas y todo lo que se les ponga por delante. Los bacalaos son básicamente los gorditos del mar, a los que todo les viene bien. Como a mí. Me sorprende la poca información que hay sobre el bacalao y la cantidad de recetas que te encuentras en internet. Solamente hay recetas, como si lo único importante de este pez sea cómo prepararlo. Como si lo único que nos importara a los seres humanos es cómo echar un trozo de este pez a la cazuela. Bueno, bien pensado, es lo único que nos importa a nosotros dos también así que no sé por qué me tengo que sorprender. Pasé por la frutería y compré pimientos, cebollas y ajos.

Cuando llegué a casa el bacalao no estaba.

—¿Dónde está?

—Pues no lo sé. Pensaba que lo sabrías tú. Yo acabo de llegar de donde mi madre —dijo él, enseñándome un libro de recetas de cocina de pastas negras y hojas amarillas.

Preguntamos a todos los vecinos. Perdona que te moleste, Angelita, pero tú por un casual no habrás visto a alguien llevándose un pescado enorme de nuestra casa, ¿verdad? No, no, no nos han robado. Solo un pescado. ¿Nada? Bueno, pues sí, ya te contaré si descubrimos algo. Sí, todo muy raro.

Por la noche, en la cama, me pareció escuchar el chapoteo. Un chapoteo lejano, como si no viniera de nuestro piso. No abrí los ojos. Algún vecino. Otra vez, chap chap. Alargué la mano y su lado de la cama estaba vacío. Abrí los ojos y distinguí la luminosidad de la luz del baño. Cuando abrí la puerta me lo encontré de rodillas, con los codos apoyados en la bañera.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, sí, estoy fenomenal —dijo él—. No sé, me apetecía pasar un rato aquí pensando en el bacalao. Dónde estará y eso.

—Ya —dije yo—, supongo que en un lugar mejor, ¿no? Al fin y al cabo, nosotros nos lo íbamos a comer. ¿Vamos a la cama?



—Déjame un rato aquí, anda. Ahora voy —dijo él, sonriendo—. Estaba guapo, con el pelo aplastado por la almohada.

Al día siguiente, cuando volví del trabajo, me los encontré a él y a la señora Angelita arrodillados frente a la bañera. La señora Angelita pasaba sus dedos arrugadísimos por la porcelana y se los llevaba a la boca. No quise decir nada. Me fui a la cocina, me puse lo que quedaba del vino y mientras me golpeaba rítmicamente la frente con dos dedos me di cuenta de que la luz ya no trastabillaba.

# Para mi corazón

ALBERTO DE FRUTOS DÁVALOS

Su padre era el mayor de siete hermanos, y fue el único que acabó una carrera universitaria. Ahora trabaja como directivo en una multinacional de cosméticos y viaja por todo el mundo. Siempre se ha exigido mucho, y por eso ha exigido tanto a los demás.

—Él no entiende que esté aquí. Estoy segura de que le parece una pérdida de tiempo. Mi madre sí que lo entiende. Con ella puedo hablar de mi enfermedad y de cualquier cosa; pero, para mi padre, las cosas de la cabeza no tienen importancia.

A la propia Bérénice su estancia en la clínica también le parecía, al principio, una pérdida de tiempo. Creía que no necesitaba ayuda, o no de esa clase, y prefería seguir con la universidad. Si aceptaba el ingreso, se saltaría los exámenes de junio, pero su madre habló con los profesores y acordaron guardarle la convocatoria hasta septiembre. Tal como se encontraba cuando llegó a la clínica, no hubiera pasado una sola prueba. Cuando me enseña las fotografías en su cámara —le viene bien hacerlo—, no necesita indicarme aquellas que le tomaron justo antes de venir aquí: se la ve pálida, con los ojos tristes, como un animalillo consciente de que, si le atacan, no sabrá defenderse.

—Mis amigos me dicen que soy muy joven y que no debería tomármelo todo tan a pecho, pero yo soy así, qué le voy a hacer.

Bérénice tiene veinticinco años; yo, nueve más que ella. La miro, y pienso que podría estar en su lugar. Tal vez la diferencia sea solo que yo nunca me he hecho demasiadas preguntas. Ella, en cambio, no tiene miedo a conocerse, y por eso no deja de buscarse. ¿Cómo puedo ayudarla? Me limito a escucharla, de seis a ocho de la tarde, y

apoyo todas sus ocurrencias por insensatas que me parezcan algunas. Hay otra diferencia: yo estudié Psicología y no tardé en encontrar un trabajo estable, en este mismo centro, pero Bérénice sigue cargando su currículum con nuevos títulos y diplomas, en el temor de que, si no es la mejor y es capaz de demostrarlo, el mercado laboral le cerrará las puertas y acabará mendigando por un trozo de pan. La presión social es insoportable. El mundo es un teatro que nos obliga a memorizar cada día un nuevo papel, que, en el fondo, es el mismo siempre.

Por eso, Bérénice habla perfectamente francés, su lengua materna, inglés, alemán, italiano y español, ha completado sus estudios en Comunicación y ahora simultanea los de Derecho Empresarial, Marketing y Literatura Inglesa. Y por eso, tal vez, se pusiera el despertador a las cinco y media todas las mañanas para correr por el bosque y llegar la primera a una meta imaginaria, y por las noches asistiera a un curso de pintura en el que descubrió su propensión a pintar flores.

—¿Te he contado ya mi excursión a la feria de flores de H.?

Sí, lo ha hecho, pero la invito a que se explaye otra vez, y saca su cámara para enseñarme las fotos que su amiga Anna y ella tomaron en H. aquella tarde. Por entonces, ya estaba en baja forma, próxima a la crisis, pero la salida le sentó bien: le sirvió, al menos, para recobrar las fuerzas durante un par de semanas. Cuando me habló de su pasión por las flores, le propuse que se apuntara a las sesiones de ecoterapia, y ese fue mi mayor acierto, pues aplacó el rechazo que la clínica le suscitaba las primeras semanas. Ahora, incluso, madura la idea de dedicarse profesionalmente a esta disciplina, para ayudar a otras personas. Cuando se lo dijo a su padre, este, inquieto, le expresó su conformidad, aunque agregó que quizá fuera mejor acabar alguno de los estudios que había emprendido años atrás.

—En realidad, no sé lo que voy a hacer con mi vida. Mi hermano juega al fútbol y trabaja en una tienda de deportes, pero ese no es un trabajo para toda la vida.

—Si a él le gusta... —intervengo.

—No se trata de que le guste o no. Gana muy poco y, encima, tiene que estar de pie todo el día. —Otra vez la función, el recitado implacable.

Su principal problema es que siente que ha llegado el futuro —así, sin avisar— y que, para su vergüenza, no puede zarpar del pasado. A sus veinticinco años, le gustaría ser independiente, pero su padre le sigue costeadando los estudios, la residencia en T., y, ahora, su estadía en la clínica; y ella no puede evitarlo. Su padre lo hace encantado, por supuesto, pero Bérénice se siente en deuda y advierte que le faltan fuerzas para pagar esa deuda. No es como él. No es solo cuerpo, un cuerpo invulnerable y firme, sino que es alma, un alma quebradiza y temblorosa, como todos los que vivimos en guerra con nosotros mismos.

Terminó los estudios de Comunicación y el último verano hizo prácticas en una emisora de radio. Su jefe la incluyó en un equipo con el que recorrió decenas de pueblos, a la caza de noticias y testimonios. Aguantó un mes, hasta que, de la noche a la mañana, descubrió que el periodismo no era lo suyo.

El Derecho tampoco le interesa. Todos los años se dice que ese va a ser el último, que se planta ese curso, pero, por respeto a su padre, mantiene la bola en el aire y lo peor es que aprueba todas las asignaturas con nota. ¿Y el Marketing? Es incapaz de explicarse por qué se matriculó en esa carrera. Desprecia su razón de ser, esa filosofía de vender a toda costa que, en su opinión, está convirtiendo a los clientes en víctimas involuntarias de la codicia de unos usureros.

De sus estudios actuales, solo salva la Literatura Inglesa. Cuando sus padres o su hermano la visitan los fines de semana, le llevan los libros que su profesor ha recomendado en clase. Quieren que se mantenga al día para que, en verano, cuando previsiblemente salga de la clínica, no se dé la paliza y vuelva a las andadas. Recelosa, la madre somete los títulos a mi revisión, por si creo que alguno puede trastornarla, pero, hasta la fecha, no he censurado ninguno, ni voy a

hacerlo. Al igual que la ecoterapia, la lectura la pone en comunicación con su entorno.

Para la asignatura de Teatro, tiene que leer varias obras de Shakespeare, y, para otra de libre configuración sobre literatura afroamericana, una novela de Toni Morrison, *Beloved*, y otra titulada *El libro de los negros*, a propósito de una niña a la que venden como esclava y de las vicisitudes y horrores de que es testigo a lo largo de su vida.

—He leído una entrevista con su autora. El periodista le preguntaba por qué la niña se libraba de todos los males que afligían a los otros personajes y la autora decía que tenía una hija de su misma edad y le resultaba imposible someter a la pequeña a esos sufrimientos.

Me parece una buena razón y sonrío (ojalá en la vida pudiéramos borrar el dolor a voluntad, como en una novela). Bérénice sonrío también. Es una chica sonriente, pelirroja, de ojos verdes. Lleva una camiseta (de flores, claro) y pantalones cortos. En lugar de estar con sus amigos tomando una cerveza o uno de esos hojaldres que tanto le gustan («¡son guay!»), en febrero de este año consintió en ingresar en la clínica D. para tratarse su depresión, la segunda que se agarra a su alma quebradiza y temblorosa.

A los dieciocho años le pareció que la vida no tenía sentido y resolvió esa carencia inventándose uno propio. Se fijó metas absorbentes y laboriosas, como aprender una lengua extranjera en un par de meses o leer un libro largo cada tres días. Durante sus estudios de Comunicación, se subió al alambre de la matrícula de honor y no cayó a la red más que en dos ocasiones en que la mancillaron con sendos sobresalientes. Pero sus éxitos no bastaron para saciarla. A los veinticinco, se repitió que la vida era absurda.

Bérénice es una niña-pájaro que sabe cantar baladas provenzales, recitar una por una las leyes del Código Penal, improvisar campañas de publicidad para un desodorante o redactar una tesina sobre la diáspora del pueblo negro, pero a la que nadie ha enseñado a volar. Y yo, que ni siquiera lo he intentado nunca porque me he desplazado

de nido en nido sin desplegar las alas, estoy aquí para hacerlo. A veces me pregunto si un psicólogo puede hacer algo más que escuchar. ¿Orientar? Quién soy yo para orientar a nadie.

Son las ocho menos diez y le pregunto qué le ha parecido la sesión de hoy. Me dice que le ha encantado y se lo agradezco sin abrir la boca. Le caigo bien, me lo ha confesado alguna vez. Esa es una de las claves de su progreso. Cuando desenmascaró la naturaleza de mi trabajo, le pareció la cosa más sencilla del mundo, y no tardó en anunciar a su padre que se matricularía en un curso de Psicología. Este, con bastante sentido del humor, consideró que, para ejercer de psicóloga, había que aprender a escuchar un poco, y eso a ella, impaciente y parlanchina, le iba a resultar imposible.

—¿Crees que en verano estaré bien del todo? —me pregunta, y sé por qué lo hace.

Está pensando en Dani, su novio español, al que hace un mes y medio que no ve. Dani afronta su último año de doctorado en Historia. Es un chico estupendo y está enamorado de ella. Le gustaría venir aquí más a menudo, pero no se lo puede permitir. Bérénice me ha enseñado muchas fotos de Dani y de los dos juntos. Es alto, moreno, sonriente como ella, se lo ve sano. En verano, ha invitado a Bérénice a su casa en la costa, con toda la familia. Bérénice ya pasó las Navidades con ellos y la trataron como a una más: están encantados con el buen ojo de Dani. Llevan dos años juntos. Cuando Bérénice empezó a sentirse mal, quiso convencer a Dani de que la dejara.

—Le dije que no valía nada, que no era la chica que le convenía, pero él me cuidó y me dijo que nunca me dejaría.

—Te quiere. Es un chico magnífico. Tenéis mucho en común. A los dos os gusta el deporte y esos hojaldres tan empalagosos...

—Me muero por que llegue el verano para ir a la playa y dormir abrazada a él.

Vuelve a sonreír. Le digo que son las ocho y que es libre de ir al jardín a pintar flores hasta la hora de la cena.

—No. Ahora estoy haciendo un corazón. Empecé ayer. Es un

corazón gigante. El *collage* de un corazón gigante. Le he puesto un fondo verde y meteré en él todo lo que se me ocurra. Todo lo que para mí signifique algo: un dibujo del vestido que llevaba cuando conocí a Dani, las gafas de mi padre, la bicicleta de mi madre que me robaron cuando estudiaba en R., flores, fotografías de puestas de sol, cajas de madera, un balón, una comba, algunas palabras...

—¿Y te queda bien con el fondo verde?

—¡Me queda guay! Le voy a hacer una fotografía, mañana te lo enseñaré. Ya verás. De momento, no es más que un boceto, pero cuando vuelva a la residencia lo quiero poner en mi habitación, aunque todavía no sé dónde. ¿A ti qué te parece?

Me levanto, le estrecho la mano y la emplazo al día siguiente a la misma hora. Antes de salir, Bérénice se fija en mi escritorio y le hace gracia una tortuga de peluche, disimulada tras un archivador, que me ha acompañado aquí y allá desde que era un niño y hablaba con animales imaginarios. Es mi tortuga de la suerte. Bérénice saca su cámara del bolso y le tira una fotografía.

—Es para mi corazón —dice.

# Imagínate que hay una guerra y no va nadie

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Hola, me llamo José Gutiérrez, vivo en Madrid, en el barrio del Pilar, una zona del norte de Madrid. Trabajo de oficinista en una aseguradora y sé los riesgos que conlleva la vida, me dedico a eso. Tengo sesenta años y estoy esperando con ansia la jubilación para irme a comer todos los días a La Vaguada y de paso llevar una vida relajada en Benidorm.

Recientemente, me he enterado de lo de la guerra en Ucrania, de la invasión de los rusos. En mi vida no he conocido otra cosa que mi país en paz, pero mi abuela Emilia se encargó de hablarme de los horrores de una guerra, tras vivir en España la Guerra Civil.

«Españolito que vienes al mundo te guarde Dios, una de las dos Españas ha de helarte el corazón», ella me recitaba de su inspirador Machado.

Tuve la suerte de contar en mi familia con la parte de mi padre que era republicana y la familia por parte de mi madre que era monárquica. Entonces, gracias a esto, pude ver que había gente buena en ambos bandos. Y en la guerra de Ucrania pasa lo mismo.

Nunca me hubiera imaginado ni por lo más remoto que la guerra de Yugoslavia no sería la última de Europa, ni que Rusia intentaría volver a tomar partido en una guerra para reconquistar un país que era ya independiente hace años de ella, empleando para ello a la población civil en sus milicias.

A mí me produce mucha tristeza cualquier tipo de conflicto armado, sea por el motivo que sea. Siempre mueren inocentes que



nada tienen que ver con el conflicto en sí mismo. Los que declaran la guerra casi nunca mueren, ya que suelen ir los jóvenes en edad militar. Ya lo decía Erich Hartmann:

«La guerra es un lugar donde jóvenes que no se conocen y no se odian se matan entre sí, por la decisión de viejos que se conocen y se odian, pero no se matan».

Nuevamente, la historia se repite y nos ha enseñado que hay dos estaciones en la vida: una la guerra y otra la paz. Y esto me evoca a hechos cotidianos: cuando estamos en conflicto con nosotros mismos o con los demás; y cuando nos reconciamos y estamos en armonía. Es entonces, cuando me quedaría en esa estación largas horas viendo la vida pasar. En la otra estación, quien no está en paz consigo mismo es capaz de cometer las mayores tropelías de la vida.

—Para gozar la paz es necesario mostrar una gran resistencia frente a los adversarios —decía mi amigo Camilo mientras nos tomábamos el carajillo de todos los martes. No obstante, Luis remataba la conversación con un brusco:

—Quien violencia ejerce, violencia recoge. Y si no que se lo digan a los estadounidenses, cada día con una nueva masacre.

—Yo, en cambio, considero que una guerra nunca tiene justificación alguna por mucho que se quiera adornar. Se debería intentar solucionar las cosas por otras vías, por muy complejas que puedan resultar, que no dudo que desde luego lo sean. Pero para eso está el diálogo, la palabra, los acuerdos, sin necesidad de recurrir a las armas que me parece algo deleznable y atroz, porque en estos casos al final se sabe que son los pobres civiles los que acaban pagando el pato de esta guerra sucia. Una guerra que se podría haber evitado, como tantas otras —José reprobaba a sus colegas de fatigas.

—Está claro que un mundo sin guerras en el que reine la paz mundial parece una utopía, pues demostrado queda por desgracia a través de la historia, que siempre ha habido guerras y siempre las habrá. Es algo inherente a la condición del ser humano, pues por desgracia no escarmienta. No ha seguido las enseñanzas que antaño,

y a través de los tiempos, Dios le encomendó acerca de mantener la paz en el mundo. Dios no creó el mal, la calamidad, la desgracia, el hambre o las guerras. Todo eso es la ausencia de Dios en el corazón de las personas. Las personas deberían ser huestes de Dios y mantener la paz en el mundo y no ejércitos al servicio de la guerra, pues por tal causa de mantener la paz en el mundo, según la religión, Dios les dio el mandato a las personas de mantener un mundo libre y en paz, pero todo esto ya sería entrar en temas de índole metafísico.

—Que venga Aristóteles y nos lo cuente —zanjaba Camilo.

# El peor espectáculo del mundo

JUAN CARLOS GARCÍA RICO

Hoy me he despertado valiente, creo que ha sido al amanecer.

Armado de valor he entrado a la habitación de los sueños, donde guardo un corazón fanático ansioso de paz y de libertad.

Me lo he echado al hombro y en el nombre de la civilización he salido al infierno, acompañado de una legión de ángeles.

Mirando al gran cielo azul por última vez y guiado por una eterna luz amarilla, he vaciado un corazón lleno de palabras tan persuasivas que crean adicción.

Mientras mis ojos veían cómo se derrumbaba, entre palabra y palabra, el peor espectáculo del mundo.

Después de tanto tiempo, los sueños no han querido esperar y les han regalado su poder a las palabras.

La imaginación se ha hecho dueña de la cordura.

La intolerancia ha abrazado a la comprensión.

Después de tantas derrotas, las balas han guardado silencio y escuchado.

El viento ha soplado a nuestro favor y ha desalojado al miedo.

La victoria solo ha tenido vencedores.

Después de tanto sufrimiento, el mundo ha tenido el gran placer de no guardar un minuto de silencio.

La tristeza ha sonreído a la vida porque hoy, después de tanto tiempo, tantas derrotas, tanto sufrimiento, todas y todos nos hemos despertado valientes.

# Manifiesto contra la vanidad

CARLOS DE LA CALLE CABRERA

A muchas personas les encanta tener razón, les envanece acertar, a mí también me agrada un poquito confirmar las profecías autocumplidas, pero, sobre todo, me repele.

En la continua lucha por la vida, la especie humana se ha impuesto a sí misma, ha necesitado despejar del camino a sus semejantes, adversari@s, enemig@s, se ha hecho sitio a base de tortazos y bombazos, ayer, hoy y mañana.

Las actuales guerras que contemplamos, padecemos, intentamos evitar o generamos hacia fuera o hacia nuestro interior no plantean excusas nuevas, los motivos no cambian: que si fronteras, que si hay mucha gente mala que merece ser eliminada para conseguir nuestro bienestar y prosperidad, que si seres superiores endiosad@s, adorad@s, aunque sean nada adorables, autodivinizad@s.

El supuesto progreso ha consistido en pasar del combate cuerpo a cuerpo a la comodidad de sentarnos a apretar los botones que nos garantizan la Destrucción Mutua Asegurada. Si llega a cumplirse la amenaza nuclear, poco o nada, poc@s o nadie quedarán para verificar que ha sucedido el apocalipsis definitivo que nunca ha acabado de llegar. Puede que no queden supervivientes para presumir de haber vencido.

Cuando se temía que el mundo inmundo se acabase, en la calentísima y muy poco apropiadamente denominada Guerra Fría, algún alto mando con mente privilegiada, iluminada, afirmaba que si en su país quedaban dos personas y en el otro una, habían ganado; alguien con

más generosidad y visión de futuro le replicó que en ese caso más valía que esa pareja fuese de distinto género y se hallase en edad y capacidad de reproducirse para concebir una mínima esperanza de prolongar un poquito la estancia de esta dichosa y autodestructiva especie.

Hay palabras muy bonitas, pero nos empeñamos en no practicarlas, los objetivos hermosos no son eficaces ni mueven dólares, las paces y treguas son breves descansillos para respirar y cargar mecha, como aquella Navidad en que los contendientes tuvieron la genial ocurrencia de ponerse a jugar al fútbol. Por supuesto que las autoridades, como siempre tan competentes y bienintencionadas, no permitieron que tal tropelía se repitiera. Nuestro guía es Caín, el personaje más influyente, imitado, en otro puñetero anglicismo innecesario: *influencer*, diríase hoy.

Quienes han perpetrado la Historia con mayúscula son mandamases que hemos estudiado y cuyos abominables nombres, apellidos, cargos y mote adornan nuestras calles, ciudades, festividades, y si la dignidad no lo remedia de vez en cuando, duran para siempre. La mayoría han solido y suelen ser personas cargadas de ambición, sin escrúpulos ni conciencia, avasalladoras, con siempre insatisfecha hambroña de gloria y poder.

El abajo firmante se consiguió licenciar en Historia, sí, esa, la de las personas importantes, la de las personalidades nunca suficientemente reverenciadas nombradas. No me considero historiador, no sé qué es eso aparte de un sacacuartos universitario. ¿Se trata de contar tu versión o la admitida, la oficial o la real o la Real y realista? «Menudo» jaleo.

La paz es efímera, extraña, brevísima, el mal nos fascina, el ruido nos atrae, la discusión gritona, las peleas aumentan audiencias, reúnen a jaleantes. Se instruye en despreciar a otros países, razas, etnias, clanes, barrios, se anima a machacar, aniquilar, si te atreves a reconocer que objetas conciencia, te tachan de cobarde, traidor, nenaza...

No habrá habido ni un solo día en que no hayan sucedido, aunque «solo» sean crímenes de pensamiento, los asesinatos, manadas depredadoras, matanzas en centros escolares, templos, declaraciones

de nuestr@s dirigentes y dirigentas, elegidos voluntariamente o forzos@s, impuestos como tanta corrección «política», que todos los días nos recuerdan, como si fuese necesario, la gran falsedad de la presunta, muy pregonada y muy poco demostrada evolución de la especie, grandísimo mito y timo indigno de ser creído y difundido.

Los líderes y las líderes nos marcan la dirección a diestra y siniestra, insisten en la misma matraca, metralla, demonizan a izquierda y derecha, nos animan a odiar, y lo que nos queda impreso, ¿cómo se suelta? La rabia se transmite durante generaciones, una guerra genera las siguientes y así nunca se acaban de ajustar las cuentas, las rencillas nutren los ánimos, caldean el ambiente para propiciar el siguiente choque, te imponen que te repugnen unos y otras, que los combatas, que los desprecies. ¡Cuánto asco y hastío!

Y encima presumimos de muy inteligentes, tolerantes de respeto, solidaridad y todas esas exquisitas palabrazas que elegantemente envuelven lo contrario de lo que parecen expresar, nos matamos para imponer la libertad, la democracia, el progreso, nuestras maneras de sobrevivir, nos damos motivos para no considerar personas a quienes nos sobran, no merecen compartir el planeta. ¡Ay, el planeta!, no se aguanta a sí mismo: seísmos, volcanes, balcanismo, vandalismo, ismos, fanatismos.

Presentamos ridículas, estúpidas, vergonzantes excusas para creer que tenemos la Razón y las razones. Como somos superiores, mejores, más avanzad@s y civilizad@s, lo demostramos con mucha coherencia exterminando a quienes nos parecen débiles, inferiores, salvajes... ¡pacifistas!

Pero quiero creer que ya no creemos que los ejércitos sirven y son indispensables, imprescindibles, inevitables para mantener la paz. Hay mucha suciedad en las limpiezas étnicas, los desfiles fascinan, se celebra el Mal, espero que prevalezca el derecho a vivir y, si es posible, con bastante más dignidad y justicia que la que hemos conocido y que tanto se nombran en vano para restregarnos su ausencia, que no se enaltezca y blanquee a quienes se empoderan a fuerza de asesinar y

envenenar, literal y oralmente, que no se llame gente de paz a quienes les encanta dedicarse a lo contrario, que nadie diga que el terrorismo es inútil y que ningún gobierno negocia con terroristas, porque si esos negocios tan exitosos y tan relacionados existen y persisten es por su inmensa eficacia.

Y aquí seguimos, a pesar de todo y de tod@s, hemos ejercido la libertad para continuar existiendo, nos hemos revelado a mandatos aberrantes, a órdenes de destruir, a los intentos de arrebatar nos la paz y la tranquilidad que tanto nos cuestan mantener.

# Paz y libertad

JAVIER CABALLERO RAMOS

Esta noche tuve un sueño,  
    ¡¡Y ojalá fuese verdad!!  
Mas mi sueño estaba lejos,  
    Lejos de la realidad.  
Soñé que en este mundo  
    No existía la maldad,  
No había odio ni guerras,  
    Todo era amor y paz.  
Luego me desperté y vi  
Que nada de esto era verdad,  
Que el mundo prospera en máquinas,  
    Pero no en humanidad.



# ¡Que vienen los dragones!

MAY GONZÁLEZ MARQUÉS

El niño era demasiado pequeño para saber lo que era LA GUERRA. Solo tenía cinco años y un corazón inocente. Cuando su hermano de catorce vio las imágenes de los primeros bombardeos en la televisión la apagó rápidamente para que el pequeño no los viese.

Lo malo es que al pasar los días ya daba igual que apagara la tele, pues LA GUERRA avanzaba hacia su ciudad.

Cuando el hermano mayor acostaba al pequeño le contaba siempre un cuento antes de acostarse. Siempre le contaba historias en las que había PAZ, CALMA, para que su hermanito se durmiera tranquilo. Llegó un momento en que eso del cuento nocturno se volvió un poco difícil y el hermano mayor tuvo que usar toda su imaginación. Aunque fuera se escucharan todo tipo de explosiones, el hermano mayor las enmascaraba contando que eran dragones que venían desde muchos sitios del país sembrando terror, pero que siempre había alguna mujer muy valiente o un caballero que los acababa echando de su ciudad para que pudiesen dormir tranquilos. El niño menor siempre aplaudía cuando escuchaba las bombas porque pensaba que todo ese ruido lo provocaba la lucha con los dragones y creía que era necesario, aunque la verdad es que le alteraba el sueño y ya no dormía con la tranquilidad de antes.

Una noche, en la que los dos hermanos estaban dormidos, el pequeño se levantó a la cocina a por un vaso de agua y fue entonces cuando lo vio.

Un resplandor rojizo bañó el cielo y los ojos del niño se convirtieron en un par de luciérnagas que lo reflejaban. Había mucho humo y la gente en la calle corría y gritaba de un lado para otro. No se veía

al dragón por ninguna parte. ¡Qué raro! De repente una mano tiró de él hacia atrás y le echó al suelo protegiéndolo con su cuerpo. Una bomba estalló a pocos metros de su casa.

—El dragón está cerca, no te vuelvas a acercar a la ventana, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

Pero el deseo de ver a un dragón cada vez se hizo más fuerte en el interior del pequeño. Hasta que el niño aprovechó una mañana que su hermano fue a comprar el pan a la tienda para salir.

Cuando abrió la puerta fuera todo olía extraño, como a quemado. Para el pequeño era normal porque pensaba que los dragones siempre echan mucho fuego por la boca, pero el ver a las personas tan sucias y tristes le daba mucha pena. Además, las casas estaban rotas y la gente parecía asustada. Aunque le fascinaban los dragones, el niño se preguntaba por qué habían ido a su ciudad, a su barrio, ¿es que no tenían un lugar donde vivir?

El niño echó a correr ante aquella desolación, aunque para él todo formaba parte de un horrible cuento. Entonces, se metió por un callejón y se encontró con un soldado herido sentado en el suelo junto a un tanque.

—Ven, pequeño, no tengas miedo, acércate.

El niño en su inocencia pensaba que al hombre le había herido el dragón. Aunque no sabía que aquella máquina de hierro tan grande fuese un tanque. Nunca nadie le había hablado de ellos ni había visto ninguno. Ni sabía lo que era un enemigo.

—Tengo mucha sed. ¿Podrías traerme un poco de agua?

El niño asintió y echó a correr. Hacia la plaza del pueblo. Allí había una fuente. Miró a su alrededor y encontró una lata vacía tirada en el suelo. La llenó de agua y corrió hacia donde estaba el soldado. Derramó la mitad del agua por el camino, pero al soldado no le importó. Bebió con avidez y respiró profundo.

—Gracias, pequeño, te lo agradezco mucho.

El niño se acerca al soldado y observa la sangre en su uniforme.

—¿Has luchado contra el dragón?

—¿Dragón? Ah, ya entiendo. Sí, pero se ha escapado antes de que pudiera acabar con él. Era demasiado fuerte para mí.

El niño mira al soldado con admiración. Qué suerte tiene por haber visto al dragón, pensaba. Ahora él tiene que volver a casa porque si no su hermano se enfadará.

El soldado se encuentra muy grave, no quiere quedarse solo.

—¿Sabes qué? Si te quedas conmigo quizá puedas ver a otro dragón.

El corazón del niño late con fuerza al escuchar al soldado.

Se sienta en el suelo a su lado. ¡Qué pequeño se lo ve junto a aquel hombre!

El soldado le extiende la mano al niño. El niño se siente afortunado porque le está dando su mano a un caballero.

Da igual que estén en GUERRA. Para el pequeño aquel gesto de amistad solo significa que no estará solo cuando lleguen los dragones. Para el soldado da igual que estén en GUERRA, porque siente la calidez del niño en su mano y su corazón se siente LIBRE y en PAZ hasta que llegue el momento de su muerte.

Amigo, enemigo, son palabras que no tienen ningún sentido cuando dos corazones se unen, del bando que sean. Porque en realidad no hay bandos, solo almas confundidas en un mundo de dragones.

# Recuerdos del soldado moribundo

PABLO GASCÓN NÚÑEZ

En la ciudad misteriosa imperial de Toledo, por entre los arrozales y entre un enorme griterío, cabalga el malherido soldado al que ya no besará su madre sus cabellos rebanados por la pena. Ya sus huesos descansan sobre la tierra renegrida.

Entre la paz y la libertad se debate. Sus manos se hacen añicos al empuñar armas que escupen desolación.

Soportando el silencioso silencio de la pradera se muere como un cuchillo al que abandona su amada.

En aras de la libertad y la paz, enmudecen los ríos altaneros, que saliendo de sus cauces van a estrellarse contra el sol que vio sus rayos horadarse sobre la tierra calcinada.

El soldado valiente no puede por menos que desafiar a la muerte y entregarse a sus ancestros.

La guerra, esa inmunda cadencia, resonaba sobre el horizonte como un temblor que disipaba sus cadenas, cadenas de muerte y sinrazón.

¡Qué beso tan encendido te dio aquella boca tan tierna! Cuando te separaste de tu amada para ir a la batalla notaste un gélido viento en tu vientre.

Por entre el páramo y la ventisca, una ventisca irreal y llena de reproches.

No, mi fiel castellano, no son verdes caminos los que dejaste abandonados sobre un terruño del castillo pálido, sino que es el recuerdo más ensangrentado.

Olvídalo tras la afrenta del mahometano infiel, y en vilo al volver a mí con cansino suspiro. En vilo con los cien filos de los impávidos guerreros, bajo un firmamento gris, en lo alto de un caballo.

Resbaló por un cristal roto, y de su coz se decía: te verás en el destierro.

Desde entonces la tormenta ya no es mi fiel compañera.

Arriba murmura la luna tan pura como una llamada del sol que la llama flamante encendió.

A la par que Apolo entona su efervescente canción, luces y espejos y rayos han anunciado el ferviente amanecer del crepúsculo.

De tus perlas florecientes, de tus labios encendidos se deslumbran transparentes gemidos dulces y tristes, tras las barbacanas del poniente.

La paz y la libertad se impondrán de inmediato, la paz de tu señorío y la libertad que nos hará dichosos tras conseguir alcanzarla.

La mujer a quien busca no tiene nombre, porque un loco pasado lo borró entonces. Todavía las junglas rugen malolientes promesas y esperanzas que no serán ciertas.

Es mentira lo dicho: estamos condenados, en un mundo en disputa, a ser unos extraños.

No conoce la dicha, ni conoce el amor y, al final, cantaremos, como siempre las musicales notas que nacieron del espanto y la intolerancia.

Siempre vuelven las aves del pasado, las aves que recuerdan maldades.

Desmerecen las flores si amaneciendo el día se esconden bajo el cielo y solas se marchitan, sin dar cabida alegre, sin dar momento dulce, si dar feliz contento...

¡Qué soberbias las torres inconscientes, prodigios natos, estancias libres! Al son de su silencio, el soldado moribundo dirige la batalla de los contendientes.

Luchas y reyertas oyen ser rugientes, sobre las encrucijadas colinas del castellano brío. Enturbiadas, bajan las aguas de la ciudad imperial.

¡Oíd los temblores de la batalla, de los marcados por dos hendiduras! Yaciendo están sus almas que solo a Dios hablan, y el buen Dios calla siempre. Les cuelgan de su puño ataduras y ruegan como infames a los cielos.

Amada libertad: en ti requiebro, sin poderlo evitar. Sin embargo, no es por despecho que quiera manifestarse.

A la luna que me clavó sus cuchillos, en la noche llena de tristezas, me encomiendo tras un destino fatal.

No es por demás que quiera abrazarte y sentir tus labios libres en los míos para derrotar mis cadenas.

¡Cuántas veces he pensado en liberar mi cuerpo y fondear como la barca expuesta a la deriva en un mar de tranquilidad y auténtico silencio!

En ti me refugio. Quiera el buen Dios que no te olviden mis pupilas grises; quieran las olas enviarme tu reflejo nacarado.

La luna, que es el recelo de mi constante mirada, me ha susurrado también que con él va la esperanza.

Sí, sé muy bien que te vas muriendo. Yo aún sigo aquí, aunque muy solo, solo en una burbuja de acero.

A la vez siento mucha lástima porque no sabrás del árbol, ni de la lluvia ni del mar.

Si quisiera ser rey de hombres y río de muerte bastara simplemente tropezar en la arena y descubrir los misterios que nos roen al día.

Hay sueños que medran en las curvas de las calles, en los rincones más abandonados.

Me dicen que, al parecer, llenaste de tornasoles tu mirada; que tus párpados se han marchado a oquedades mucho más profundas y que todos tus colores se disuelven en violeta.

Seguirás siendo la flor más bonita, la más maleable, la más sensible al pinchazo de su tallo desbaratado en noche de luna clara.

Hojas verdes se protegen de la lluvia, intensísima. Resbala agua del río como si así, encandilado, no quisiera entorpecer el fluir de tanta belleza.

Habrás oído decir de lánguidas voces que ya las flores no perfuman con sus fragancias, que ya las montañas no desprenden las musicales notas del murmullo asiduo, sino que en un velamen danzan escondidas, sus senos protegiendo del envilecido diente.

Del envilecido diente que amamantó la noche, alimentó las sombras y, desde su insolencia, manchó las sepulturas que lloran por amor.

¡Por amor, sustento! Por el amor yacente del hombre tierno y triste que amó la soledad.

Hijastro de la duda, amigo de la infamia, contrito por la pena, por la pena negrísima de los poetas grises que anhelan la verdad.

La verdad del lloro, del llanto y de la risa, del roído rugido del grillo devorado por el mal cuyo estrépito la llama aliviará.

¡Paz y libertad! Bosque frondoso por el que se descuelgan fibras de oropel, bajel nómada que atraviesa los desiertos, azucena dorada por el conjuro de los dioses, frondoso vegetal que provee de los más sagrados frutos.

Ahora reposa, mi hermano, que yo cavaré en la tierra. Aquí vivirás feliz, donde la bandera de la libertad se erige alta y sublime, y en donde podrás encontrar verdaderamente el bendito nombre de la paz.

# La llama

JORGE SÁNCHEZ-HORNEROS LAGOS

La llama que todo depura, que todo ilumina desde la más impura a la más libre golondrina.

Esa llama de paz que da esperanza en los momentos más trágicos que todo lo cura excepto mi locura. Y me da vergüenza ajena no tener el alma plena, por eso fumo y depuro el humo exhalo e inhalo y me vienen recuerdos de los muertos del pasado, da igual color, época o religión, fueron almas maltratadas y sigue sin haber signos de perdón.

La llama de mi pecho arde y por eso últimamente me dedico al arte, pero lo que más me tortura es no saber todavía si debo o quiero olvidarte. Entre nosotros hubo amor, guerra y paz y yo le ruego al mundo entero quedémonos con lo primero y lo tercero, desechemos lo segundo, pues todos compartimos este mundo y toda división no es más que una ilusión.



# Amigas

DIEGO RUIZ RUIZ

Hubo una noche, no podría decir cual exactamente, una en la que ella bailaba desatada por culpa del alcohol, que no nos dirigimos ni una sola palabra durante horas. Nunca podría asegurar que lo hacía con consciencia, siempre ocurría por otras razones, el momento, el furor, «otras vainas» como diría mi amigo. Gobernada quizá por la base musical de la discoteca o por las palmadas de esos que se sentaban a nuestro lado y nos jaleaban como animales en celo cuando bailábamos. ¿Qué podría decir? Jamás la acusaría, nunca lo hacía con intención, imposible, no mi amiga con la que había vivido tanto y con la que he disfrutado todos estos años desde aquel día que nos conocimos en el barrio por amigos comunes, ese fue el primero de muchos, de padres, de chicos, de juergas, de estudios, como flechas surcando la vida a una velocidad imposible de alcanzar. ¡Nadie nos alcanzaría! Nosotras constituíamos nuestro pequeño mundo, tan lleno de riqueza como de pobreza, de miles de sonrisas y de lágrimas, sin percatarnos en nuestro vuelo que nuestro oxígeno éramos nosotras mismas, la dos juntas, que donde una se hacía fuerte la otra se hacía pequeña, que si una era la guapa la otra era la fea. Existen rincones donde alguien escucha música mientras otro solo oye ruido, lugares en los que uno puede perderse, aunque conozca bien las calles, allí donde somos solo latidos, allí donde nunca nadie debería vivir.

Marta era guapa, muy guapa, daba igual el trapo que se pusiera o los pelos con los que saliera a la calle porque toda persona sobre la tierra podía percatarse de que tenía algo especial. Alguien llegó a preguntarme una vez si no envidiaba su belleza, y yo ni intentaba explicar que no, porque mi manera de verla era diferente a la de los

demás, cuando pensaba en ella veía su casa, sus cosas, sus padres, las camisetas que me había prestado. No podía verla de la manera en que todo el mundo la veía porque ella era otra parte de mi vida. Quizá por ello todos sus actos se volvieron tan importantes y desencadenaron aquel desorden en mí sin que ella pudiera advertirlos.

La primera vez que sentí esa extraña quemazón en el estómago fue en casa de Alberto. Éramos unos diez, cuatro chicas y seis chicos. Jugábamos a botella, como hacían muchos jóvenes por aquel tiempo, experimentando con nuestra sexualidad. Marta sabía que Alberto me gustaba. Tenía una sonrisa perfecta y un carácter fuerte y divertido que me atraía. Tuve la suerte de que al girar la botella esta terminara apuntando hacia él, nos besamos tímidamente y con fugacidad, primero porque estaba nerviosa, segundo porque él no parecía muy contento de que le hubiera tocado conmigo, pero sus labios eran suaves y sentí un cosquilleo en la nunca que nunca antes había sufrido. No obstante, cuando fue su turno el giro terminó en Marta. Se observaron con un brillo juguetón en los ojos. Al mismo tiempo que se iniciaron las risitas contenidas de los demás ellos se besaron. Esta vez el beso fue pasional, casi tuvieron que separarlos, pude sentir sus babas sobre mi cuerpo, desde entonces Alberto pasó a la historia.

Éramos unas crías por entonces, ella tampoco es que estuviera muy ducha en eso de los besos y me pidió disculpas por dejarse llevar. Maduramos juntas como las frutas de un árbol, ella se volvió más exuberante, con su mirada conseguía atravesar a cualquiera, yo, sin embargo, me quede más o menos igual, mejor formada, eso sí, y con unos ojos más vivarachos y un culo bien atractivo (era lo único que me gustaba de mí). Comenzamos a visitar más discotecas, bailábamos las canciones de moda como si nunca fueran a volver a sonar. En las discotecas los chicos solían invitar a Marta a chupitos, pero ella siempre trataba de que también yo fuera invitada, a veces hasta lo conseguía. Entre nuestras amigas también lo hacíamos, pero casi siempre ocurría que se la llevaban a ella a la barra, como si fuera la elegida para mantener la fiesta en todo lo alto y las demás fuéramos

únicamente parte del escenario. Pero Marta no era culpable de todo eso y yo tampoco quiero que eso pueda entenderse de esa manera.

En nuestro primer año de universidad comprobamos que las cadenas de la cautela se habían desatado en alguna parte y habían caído muy atrás. Bebíamos casi cada día, en casa, en los bares, en las discotecas, en el parque, en cualquier lugar donde pudiéramos dejarnos llevar. No recuerdo mucho de aquel año, pero muchas de aquellas noches no conseguí dormir porque Marta gemía de placer en la habitación de al lado o tronaban los golpes del cabecero de su cama contra la pared. Ella ligaba sin tener que proponérselo. A menudo, cuando las dos íbamos a la discoteca que tanto nos gustaba, aparecía un chico o varios y le susurraban al oído, ella les sonreía como en un juego que nunca acababa. A veces bailaba con ellos o se besaban, y yo me sentaba cansada de bailar conmigo misma, observada por unos lobos desconocidos. Las discotecas son el mejor lugar para que uno se sienta solo, puede sonar raro porque estás rodeado de gente que observa a los demás, pero lo hace de una manera tan superficial que a veces ni te toca. Aquel año suspendí varias materias y mis padres tuvieron que gastar casi todos sus ahorros para pagarme los créditos de nuevo.

Desconozco si fue debido a las discusiones con mis padres, a la inmensa tristeza que se apoderaba de mí cada mañana después de una borrachera (que desaparecía cuando volvía a tomar una cerveza), no sé si fue por estar en una nueva ciudad, quién sabe, pero jamás podría declarar culpable a Marta. Tomé el tren para ver a mi abuela. Durante todo el viaje sopesé la misma idea, una y otra vez. La ayudé a colgar la ropa en el tendal de la ventana y a hacer la compra. Comimos juntas esa tortilla de patatas espectacular que solo mi abuela era capaz de hacer. Cuánto la echo de menos. Me dirigí al baño con sigilo cuando se quedó dormida en el sillón viendo la televisión. Abrí el armarito y me guardé un bote de pastillas.

Marta había quedado con otras amigas. Llené la bañera y me metí desnuda en el agua, libre y con lágrimas en los ojos. Vacíé el

bote de pastillas sobre mi mano y las tragué tan rápido como pude. Noté calor en el pecho, el alivio de la presión en la garganta, creo que sentí el agua taponando mis oídos, después su voz, la de Marta, como si fuera la mía propia. Me decía que tuviera fuerzas, que yo era la chica más fuerte que había conocido. Me acurrucó con sus palabras, pude sentir su vibración en el cuello, debajo de las orejas. Me sentí en el mejor lugar del mundo, donde las dos éramos únicas.

En el hospital me dijeron que había faltado muy poco, que Marta me había envuelto entre sus brazos y con sus lágrimas, que me ha arropado con dulces palabras hasta que llegó la ambulancia, y que durmió a mi lado hasta que mis padres aparecieron en el hospital.

# La noche

DANIEL ALONSO

Era de noche. Estábamos sentados en el césped de un parque, más allá de la periferia, donde la luz es menos intensa. El aire era sólido, como de metal y, por momentos, resultaba difícil respirar. Pero, no obstante, la tierra era frágil, pegándose a las suelas de nuestros zapatos, aunque no estuviera mojada. Entonces, éramos jóvenes.

—Un dedo oculta una estrella —ella señaló.

Y lo hizo. Después, se giró y me miró. Yo sonreí.

—Así, te vas a perder, vuelve a la realidad —advertí con frialdad.

Ella también sonrió y volvió a hacerlo. De repente, ella me miró desconcertada, dándome una razón para huir. Después, dudé de su razón.

—Nunca había creído que el silencio fuera posible aquí —reflexioné en voz alta.

Ella se puso seria.

—Yo tampoco, hasta hoy. Es como si todos estuvieran lejos, en otro lugar, dejándonos solos —sin querer admitió.

Sonreí. Era invierno, pero hacía calor. Ambos sentíamos la asfixia de sentir que quizá no fuéramos nosotros mismos, sino otros que jamás aspiramos a ser. En la distancia, las luces de las casas se apagaban una a una, con la lentitud de hacerlo por última vez. El espacio entre los dos se podía sostener en la palma de la mano. Después, no estaba soñando, sino dentro de ella. Y así transcurrieron varias horas que jamás he logrado recordar. Ahora, cuando pasamos cerca de ese parque, contemplo el cielo, en busca de alguna estrella, para ver si puedo tapanla con un dedo o no. Entonces, ella actúa con la indiferencia de quien puede recordar todo, incluso, lo imposible.

—Antes, me llamaban loca. Hoy, no lo sé —expresó con demasiada sinceridad.

# Las cosas que importan

ISABEL BEATRIZ MARTÍN PÉREZ

Lucas sabía que el robo de aquel videojuego sería la gota que colmaría el vaso de la paciencia de su padre. Aquel hurto, realizado junto a su pandilla habitual, podía suponer la última etapa en aquel proceso de gamberradas que había iniciado al cumplir los dieciséis años.

El otrora niño tranquilo y obediente había dado paso a un adolescente díscolo y soberbio, cuyo objetivo en la vida era rebelarse contra la autoridad paterna.

Esa tarde de verano, sentado en la oficina del jefe de seguridad del centro comercial, Lucas sabía que su padre cumpliría la amenaza de ingresarlo en una academia militar. Y por eso se sorprendió cuando, junto a su progenitor, apareció su madre, deshecha en lágrimas, y su tío José Luis.

Mientras el encargado de seguridad y el trajeado padre del joven arreglaban la situación, Lucas asistió a todo el proceso cabizbajo y sin decir una sola palabra.

Todo se solucionó cuando el prestigioso director bancario —cargo que detentaba el papá del muchacho— firmó un cheque con una cifra astronómica, que entregó al responsable de seguridad del centro comercial.

Tras esto, el enredo pareció finalizar, con la recomendación del empleado de que Lucas se abstuviera de volver a la tienda durante un tiempo, aunque se libró de ser entregado a la policía.

Durante el trayecto al domicilio familiar, nadie habló en el interior del Mercedes Benz que los transportaba.

Al llegar al exclusivo chalet, Lucas intentó dirigirse a su cuarto, para cerrar la puerta y aislarse, a modo de pataleta.

Pero en esta ocasión, su progenitor le tocó el hombro y le espetó con voz seca y taxativa:

—Ven, Lucas. ¡Quiero hablar contigo! Esto ha ido demasiado lejos.

El muchacho asintió y entró en la habitación que su padre usaba como despacho. Él ya sabía, cuando se sentó en uno de los sillones de piel, que ingresaría en la academia militar. Sin embargo, se sorprendió cuando vio que también entraba en la estancia su tío José Luis.

Lucas se preparó para oír el habitual discurso de su padre, en el cual solía enumerar los incontables fallos del joven y la lista de sus numerosos delitos. Unas palabras que concluían con el mensaje de que Lucas era la vergüenza de la familia y que el ejército le ofrecería la disciplina necesaria.

Sin embargo, en esta ocasión, su padre se quedó callado y el que habló fue el tío José Luis. Lucas sabía pocas cosas del hermano de su madre, salvo que era una especie de santo que ayudaba a gentes procedentes de lugares que el adolescente ni siquiera sabía situar en el mapa.

El joven estaba sorprendido de verlo allí con ellos, ya que la opinión de su padre con respecto al tío José Luis no era muy buena. El banquero pensaba que era un idealista, que había ingresado en el voluntariado de la Cruz Roja desperdiciando su vida y obviando su misión de contribuir a crear una sociedad más competitiva, asentada en los grandes capitales.

De improviso, el tío José Luis se sentó frente a Lucas, en una silla de madera. Sonriente, el hermano de la madre del chico le preguntó de sopetón: «Veamos, Lucas. ¿Qué sabes sobre la guerra de Ucrania?».

El joven dijo que le sonaba de algo, pero no veía los informativos de televisión, ni escuchaba la radio, ya que los únicos dispositivos a los que se conectaba eran su tableta electrónica, la consola de videojuegos, el móvil y el ordenador que tenía en su cuarto. Además, las noticias de actualidad no le interesaban porque las consideraba un rollo y su padre siempre decía que nunca habría solución para los problemas del mundo, tales como el hambre y la guerra. A lo que

añadía que lo mejor era que cada país velara por sus propios intereses y no por los ajenos.

Cuando José Luis escuchó la respuesta del chico sonrió, acostumbrado a la indiferencia de la gente cuando hablaba de estos temas.

Entonces, armándose de paciencia, el hombre empezó a relatar cómo se inició la invasión de Ucrania, promovida por la potente Federación rusa, comandada por el presidente Vladimir Putin.

Con notoria claridad, el tío de Lucas explicó a su sobrino cómo comenzaron las hostilidades con la violación del territorio nacional ucraniano por parte del ejército del Kremlin.

Mientras el tío José Luis hablaba, Lucas buscó la mirada de su padre, solicitando ayuda para interrumpir aquel rollazo que les estaba soltando. Pero su progenitor miró fríamente a su hijo y se volvió de espaldas. Esta actitud tenía que ver con la conversación previa mantenida con su esposa en el interior de su coche, poco antes de llegar al centro comercial en el que su vástago había sido retenido.

La llamada telefónica del jefe de seguridad de los grandes almacenes coincidió con una de las visitas intempestivas de su cuñado José Luis para solicitarle dinero para una de sus innumerables causas perdidas.

Al producirse la citada llamada y enterarse de la situación en la que estaba Lucas, José Luis se ofreció a llevarse al chico con él, en un trascendental viaje a la frontera entre Ucrania y Polonia, para intentar ayudar a los miles de desplazados de la zona.

Ante la propuesta, la primera intención de Jorge (el racional director bancario) fue la de reírse. Pero la intervención de su esposa Marta salvó el plan humanitario de su hermano.

Al terminar la explicación, José Luis le comunicó a su sobrino que sus padres le habían dado permiso para que se lo llevara con él a la frontera polaca, con el fin de asistir a las personas que escapaban de la muerte y la violencia.

Cuando Lucas observó el rostro pétreo e impassible de su progenitor, comprendió que todo estaba ya decidido.



Ayudado por su madre y su tío, el muchacho preparó su maleta aquella misma tarde. Supervisado por José Luis, el joven contempló irritado cómo el hombre sacaba del equipaje todas las prendas de marca y de última moda que este había guardado y solo le dejaba cuatro camisas y un par de pantalones que consideró lo suficientemente prácticos para un lugar como el campamento de refugiados en el que iban a desplegar su labor.

Sin embargo, lo que más le dolió a Lucas fue que su tío le impidiera llevarse su consola de videojuegos y todos sus artilugios electrónicos. Incluso tuvo que excluir su móvil para que no pudiera contactar con sus amistades, ya que, en caso de necesidad, tendría a su disposición el teléfono de su pariente para comunicarse.

Tras despedirse esa misma noche, Lucas y José Luis tomaron un avión con destino a Varsovia, donde los esperaba un convoy de la Cruz Roja. El jefe del equipo era un hombre llamado Carlos Ruiz, quien saludó efusivamente a José Luis como si fueran amigos de toda la vida. Lucas y su tío entraron en un todoterreno que conducía una tal Amalia López, en el que portaban medicamentos, productos de higiene y comida. Aquella gente, según les contó la mujer, necesitaba una gran cantidad de mercancías de primera necesidad.

Tras un trayecto que a Lucas le pareció demasiado lento y fatigoso, el grupo llegó a una pequeña localidad situada en la frontera entre Polonia y Ucrania, llamada Dorohusk (conocida por los medios de comunicación como la zona cero del éxodo ucraniano). Al avistar el campo de refugiados, el joven se dio cuenta de que estaba repleto de personas, la mayoría con la mirada perdida y el andar indeciso.

Pero no solo había gente, sino que también se sorprendió por la cantidad de coches, muchos de ellos ambulancias, que llegaban sin cesar con ocupantes en estado bastante alarmante. Muchos de estos transportes eran simples turismos que conducían voluntarios procedentes de las más variadas partes del mundo.

El campo se extendía a lo largo de numerosos barracones y naves industriales, donde los miembros de las organizaciones no gubernamentales

mentales habían montado sus puestos para ayudar a los atemorizados y entristecidos ucranianos, que huían del horror de la guerra y de la muerte.

José Luis, Lucas y Amalia se dirigieron a un edificio en el que ondeaba la enseña de la Cruz Roja. A las puertas de este se arremolinaban bastantes personas, entre las que había mujeres, ancianos y niños, ya que la mayoría de los hombres en edad de combatir se solían quedar en Ucrania para resistir la invasión rusa.

Sin saber por qué, Lucas comenzó a sentirse orgulloso de formar parte de aquella experiencia y pensó que se dedicaría a atender a los refugiados.

Pero la primera tarea que le encomendaron, dada su nula experiencia como voluntario, consistió en fregar una montaña de cacharros sucios. Lucas, que en su casa no hacía siquiera la cama de su dormitorio, protestó:

—Supongo que tendréis otro trabajo que sea más interesante que fregar platos, después de todos los kilómetros que he tenido que hacer.

Amalia lo miró con dureza y le dijo con sequedad:

—No traemos a nadie a la fuerza, y tú estás aquí como un favor personal a tu tío José Luis. Harás lo que se te ordene, sin importar de qué actividad se trate. —Tras decir esto, la mujer no habló más y se marchó, para dejar a Lucas frente a los cacharros sucios.

No muy contento con su trabajo, el joven se puso manos a la obra y limpió todo lo que estaba en el fregadero. Al caer en la cama, lo hizo casi inconsciente y no abrió los ojos hasta que la alarma del despertador lo devolvió a la realidad.

Si Lucas pensaba que las actividades domésticas solo iban a estar presentes en su agenda el día de su llegada, se equivocaba, porque en las jornadas siguientes volvió a fregar muchos cacharros y suelos.

Durante los primeros quince días en el campamento, el chico ayudó en la cocina pelando patatas, aparte de dedicarse a la limpieza. Tan ocupado estaba, que no tuvo ni un momento para comunicarse

con sus padres, a los que llamaba su tío José Luis para ponerles al corriente del cambio progresivo en el comportamiento de su hijo.

A lo largo de sus actividades, Lucas solo veía a los refugiados ucranianos desde lejos. Los contemplaba llegar acompañados por voluntarios de diferentes países o solos; pero no había podido acercarse a ninguno de ellos.

El sincero interés expresado por su sobrino para ser de más ayuda a nivel humano hizo que José Luis decidiera darle una oportunidad para conocer de primera mano la aterradora realidad de los refugiados. Un día, el hombre llevó al joven a una estancia pequeña, donde descansaba un chico de la edad de Lucas. El muchacho tenía el rostro lleno de cicatrices y mantenía las piernas ocultas bajo una manta. José Luis se lo presentó como Yuri y le contó que pertenecía a los resistentes ucranianos. En una de las misiones llevadas a cabo había perdido una pierna y estaba a la espera de una prótesis que le permitiera llevar una vida más normal.

Como Lucas sabía inglés, preguntó a Yuri sobre su vida y sobre sus sentimientos tras perder la pierna. El joven ucraniano le contestó:

—Pienso que luchar por los míos y por su libertad y supervivencia es un motivo suficientemente importante como para entregar una parte de mi cuerpo.

Sorprendido por la respuesta, Lucas reflexionó sobre lo diferente que era de él. A Yuri no le interesaban los videojuegos ni la ropa de marca. Él se preocupaba por cosas que a Lucas le parecían lejanas e inexistentes. En ese momento, el otrora delincuente por rebeldía comprendió que no valoraba como era debido vivir en un país en paz. Poder aprender en libertad y reunirse con los amigos sin que nadie se lo impidiera era algo importante e irrenunciable. Entonces, en el interior del muchacho de ciudad se activó un chip que le permitió ver un panorama desconocido e ilimitado, cargado de sentimientos silenciados por egoísmo y falta de empatía.

# Ana

JOSÉ DANIEL CÁCERES PINTO

Ana era lo que muchos llaman una niña de bien. Era una buena estudiante, hacía vida social como podía, recelaba sus secretos, ayudaba con los quehaceres monótonos del hogar, y, sobre todo, obedecía. Ana destacaba poco y entonaba más.

Era una chica que seguía las reglas y, cuando las rompía, lo confesaba a sus padres, quienes le agradecían su sinceridad. La primera vez que probó un cigarrillo e inhaló más de la cuenta, regresó a casa con un tufo asqueroso. No tuvo más remedio que aceptar el reproche de sus padres.

—Hija, tú sabes que esas cosas no son para ti.

«No son para ti» era esa frase que sus padres proferían cada vez que intentaba hacer algo. Ocurrió cuando intentó jugar fútbol y se raspó la rodilla; ocurrió cuando intentó cocinar unas magdalenas y se le quemaron. Finalmente, ocurrió cuando sus amigas la animaron a participar en el concurso del baile y olvidó lo que había ensayado.

—Hija, tú sabes que esas cosas no son para ti —repetían. Ana no protestó y se quedó callada.

Como muchas a su edad, Ana se esforzaba por encontrar su camino en el mundo. Desconocía qué quería hacer con su vida, quizás porque sus intentos fueron rechazados, así que deambulaba por las calles de su pueblo sin rumbo y destino, siguiendo el paso y el ritmo del resto y de nadie. Ignoraba lo que el futuro le deparaba y ella estaba razonablemente bien con ello.

Ana era una niña de bien, pero por mucho silencio que guardaba, sentía una sensación extraña en su interior. Le resultaba complicado

identificar exactamente qué era eso que le hacía palpitar el corazón; nadie le había hablado de ello e internet la confundía más.

—Eso no es para ti —se repetía poco convencida frente al espejo.

—¿Ana, ya estás lista? —preguntó su madre mientras abría su puerta. Ana asintió.

Era la noche de carnavales y el pueblo estaba de fiesta, igual que su familia. Su hermano mayor había regresado de la universidad y de paso trajo a un amigo para que conociese las festividades. El invitado era de aspecto bastante opaco; portaba el cabello largo con un físico escuálido. Tenía una barba bastante dispareja y su tez era perturbadoramente blanca. Cuando Ana lo vio, sintió su interior palpitar.

—Bien, pues si estamos todos, salgamos —dirigió su padre.

Durante los carnavales, las familias preparaban un manjar que regalaban a todos los vecinos. La idea era compartir lo que todos habían cocinado. La familia de Ana preparó unas empanadas horneadas, rellenas de carne de cerdo y, como siempre, fue ella la que tuvo que quedarse para recibir a los vecinos mientras su familia degustaba la comida de otros.

—Recuerda sonreír, Ana. —Sus padres le dieron un beso en la cabeza y partieron junto con su hijo mayor y su amigo. Ana se quedó callada.

Los carnavales se originaron en los tiempos de los gobiernos militares. En aquel entonces, los pueblos debían cosechar productos preseleccionados para hacerle frente a la hambruna que se comía al país. Los militares eran conscientes de que para mantener el poder debían de garantizar un bienestar mínimo que eliminase cualquier intento de revuelta. Sembrar en las montañas resultó ser un proceso cruel y con las lluvias y falta de experiencia, sumadas a las exigencias animales de los militares, muchas personas murieron. Pero la siembra finalmente llegó y el alcalde del pueblo, un sargento tan amigable como despiadado, organizó una fiesta. Desde ese entonces, los carnavales se convirtieron en una celebración anual.

—Con una cerveza los alegras.

Ana tuvo un sobresaltó y se quedó callada.

—¿Por qué te quedaste aquí? —preguntó el invitado, que era de la costa.

—Pregúntaselo a mi mamá —respondió.

—¿Y dónde está?

Ana meditó por un minuto mientras el chico devoraba una empanada.

—Vamos, yo te ayudo.

A continuación, se acomodó sobre el hombro la canasta de empanadas mientras ella lo observaba un poco confundida.

—¿Vienes o te quedas? —Ana guardó silencio y lo siguió.

Caminaron por la calle que llevaba a la Puerta de Entrada. El chico de la costa dejó las empanadas a la puerta de un edificio donde alguien tenía una fiesta. Tocó el timbre y siguió caminando. Ana se quedó callada y simplemente lo siguió.

—Toma, bebe un poco.

—¿Qué es?

—Agua de la costa. —Y le guiñó.

Intrigada por el sabor, Ana bebió más.

Siguieron caminando, intercambiando preguntas y respuestas cortas, y siguieron bebiendo. A más bebida, más entretenida se hacía la conversación. Cuando llegaron al puente en la Puerta, él le entregó la botella y bajó hacia el matorral que llevaba al riachuelo, dejó sus cosas y regresó para ayudarla a bajar.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Está rico. ¿Qué es?

—Ya te lo dije, agua de la costa.

Ana sospechaba que era alcohol y que le había gustado el sabor. Sentía como se embriagaba y se desinhibía y le gustó. De pronto, sintió esa sensación que le palpitaba por dentro. Era esa sacudida interna, solo que esta vez, más que sacudida, era como un meneo bastante coqueto. Siguió bebiendo por un rato más hasta que finalmente se acabaron la botella.

—Tenías sed.

Ana sonrió y se rio. El chico de la costa se quedó viéndola fijamente y esta vez se acercó y la besó. Ana no supo interpretar lo que ocurría. La sensación había pasado de ese meneo a un oleaje tempestivo. Estaba confundida y curiosa a la vez. El chico de la costa la siguió besando y desnudando lo suficiente como para abrirse el camino. Ana, perpleja por esa muestra de afecto, optó por dejarse llevar. Le dolió cuando sintió su carne desgarrarse ante el empujón de su amante huesudo. Dejó salir un grito, un grito que, para su sorpresa, sonó más a gozo que a dolor. Cerró los ojos e intentó concentrarse en las mecánicas de la situación. El calor de su sexo nubló sus sentidos y tornó su exterior en un rojo profundo. Su pulso la excitó tanto que la tendió en un blanco que la dejó entumecida y sin aire.

Los ojos de Ana viraron atrás de su cavidad ocular hasta que volvieron a la realidad. Poco a poco, su temperatura bajó, la presión sanguínea regresó a su ritmo de siempre y el dolor retrocedió. ¿Esto qué fue? Se preguntó. El cuchicheo de sus amigas lo llamaba el orgasmo femenino, pero sus descripciones se quedaron cortas.

Pasaron unos minutos de silencio y el chico finalmente dijo:

—Eres bien callada. —Ana lo observó fijamente hasta que respondió que regresaría a casa.

Había algo en su mirada que expresaba un interés genuino, pero Ana no lo supo interpretar.

—Ok, aunque sea dime que te lo has pasado bien.

Ana lo ignoró y se ocupó de vestirse. Se sentía fuera de sí misma. Esa sensación que la venía azotando por tanto tiempo resultó ser completamente nueva.

—Sí, me gustó.

El chico soltó la carcajada.

—¿Esto es todo?

—Sí.

—Eres bastante corta de palabras —replicó con un poco de sarcasmo.

Ana no sabía bien a lo que se refería. Ella estaba siendo honesta. Pese a ese dolor que no terminaba de ceder, se sentía bien, desorientada, pero bien. Lo que acababa de ocurrir era algo nuevo para ella y simplemente carecía de las palabras para expresarse, algo que él tomó como una indiferencia petulante.

—Mm, yo me tengo que ir —repitió Ana.

—Pff, lo que tú digas.

El chico de la costa recogió sus pertenencias y se marchó sin molestarse en despedirse. Ana simplemente lo observó sin saber qué decir.

Minutos después, estaba de regreso siguiendo la calle por la que había ido. Las empanadas ya habían desaparecido, sus vecinos ya se habían emborrachado y los bailes en la plaza central ya se veían muy lamentables. Minutos después, ya estaba en su casa.

—Bueno, ¿y tú por dónde estabas? —cuestionó su madre cuando entró.

—Estaba por la Entrada —respondió.

—¿Sola?

Ana reflexionó unos minutos su respuesta y decidió confesar a medias.

—Sí.

Su mamá sabía que algo escondía, pero no insistió. En su lugar le pidió un poco de ayuda.

—Bueno, pues necesito que me ayudes con la cocina.

Ana se detuvo en seco y entró a la cocina para fregar los platos. Había algo en estos trabajos tan repetitivos que la hacían sentir en paz. Encontraba rutina en la repetición y seguridad en la rutina. Dentro de ella, los objetos eran y se sentían predecibles.

Ana era una niña de bien y conoció por primera vez la dimensión del placer. Había cruzado una línea que nadie nunca le había dicho que existía, quizás porque asumían que esta nunca existió para alguien como ella. Había sentido el fulgor de su piel le gustó.

Ese mismo lunes, buscó al chico de la costa para despedirlo. A las dos semanas, fue con el primo de su compañera que estaba de visita



para un cumpleaños. Luego fue el vecino con quien, siendo una niña de seis años, peleaba porque hacía demasiado ruido. Sentía un apetito voraz y temía que nadie la comprendiese y que la criticasen y atacasen. No obstante, había cero motivos para desistir de su aventura.

El pueblo era tan pequeño como discreto y la mala fortuna de uno eventualmente se convertía en el problema de otro. Ana se hizo de un grupo de contactos con quien quedaba regularmente. Tomaba precauciones a cambio de un encuentro transaccional: poca conversación y más acción.

Una tarde, sus padres se marcharon a la ciudad a hacer unas compras. El trayecto era de una hora y esa tarde se esperaba lluvia. Ana había quedado con su vecino, pero no quería importunarse con una visita a la intemperie bajo la lluvia —la ropa la delataría y pasaba de dar explicaciones—. Hablando desde su ventana, le dijo:

—¿Te vienes?

—¿Y tus padres?

—No están y van a regresar tarde, vente.

Su vecino, tan despabilado como lleno de hormonas, llegó. Hacerlo en la habitación que la había encerrado en su niñez era algo que excitaba al chico, aunque a ella le daba igual. Se veían seguidamente y ya habían aprendido qué les gustaba y qué no. Se involucraron en besos y manoseos que pronto los tenían gimiendo, hasta que de repente su mamá entró.

—¡Ana! —vociferó. Sus padres regresaron antes de lo previsto.

—¿Mamá? —preguntó mientras procesaba la situación. El vecino, mientras tanto, recogió su ropa y saltó por la ventana.

—¡Estas cosas no son para ti! ¡Estas son cosas de putas!

Ana perdió el aliento. ¿De putas? ¿Era ella una puta? Ana sintió un vuelco violento por dentro. Su mamá le estaba gritando de todo. Su boca se llenó de saliva y las venas de sus ojos se llenaron de sangre hirviendo. Se sintió atacada por hacer algo que la hizo sentir viva y no hueca, se sintió atacada por intentar vivir un poco y, lo que era peor, no entendió por qué. Entonces, Ana la callada, respondió:

—A lo mejor soy puta —dijo fríamente.

—¿Cómo?! ¡Estas cosas no son para ti!

—¿Soy puta por que me gusta, mamá?

Su tono de voz era inexpresivo, algo que su mamá interpretó como rebeldía con lo que resolvió soltarle una bofetada con todas sus fuerzas.

—Yo no crío putas —zanjó.

La madre de Ana cerró la puerta de un portazo. Su hija de veinte años, la callada y monótona, había cruzado la línea que jamás debió existir para ella. Ella era una niña que tenía que aprender a ser como le dictaban otros porque era más fácil así. Ana es una niña de bien, que pocos comprenden. Ella hace lo que le piden y guarda silencio. La crueldad de la ignorancia así se lo ordena.

# Batas blancas

CLARA ALTARES ROLDÁN

Querido diario:

Ayer empezaron las clases. Me hacía mucha ilusión que Irina y yo empezáramos el insti juntas, pero Irina está encerrada. Cuando le pregunté a mamá por qué no podía salir si no estaba en la cárcel, me dijo que era por su bien, para que no se hiciese daño.

Las batas blancas le explicaron a mamá que el abuelo de Irina era un hombre malo. Se lo llevó la policía. Cuando le pregunté a mamá por qué, me dijo que había sido demasiado cariñoso con Irina y que por eso ella había intentado hacerse daño. No lo entiendo.

Desde que se fueron sus papás a luchar con los malos nadie ha sido cariñoso con ella excepto yo y su abuelo. ¿No es normal que él la quiera mucho? Mamá dice que querer a alguien es muy diferente a ser cariñoso. Tampoco lo entiendo. Mamá dice que cuando sea mayor me lo explicará mejor, pero si no lo entiendo ahora, ¿cómo voy a ayudar a Irina?

Cuando las batas blancas nos dejaron entrar en la habitación me asusté un poco al ver a mi amiga. Tenía la cara muy blanca y muy seria. Estaba mirando hacia la ventana y no se giró cuando entramos. Intenté acercarme, pero mamá me agarró del brazo.

Una de las batas blancas empezó a hacerle preguntas. Algunas veces no respondía. Otras, movía la cabeza. Casi no habló. Yo no sabía qué decir. Irina siempre ha sido muy alegre. Se ríe de todos mis chistes, incluso de los más tontos. Pero ahora ni siquiera sonrío.

Mamá se acercó a la cama. Su voz sonaba como cuando me contaba cuentos por las noches. Yo salí de la habitación sin decir nada.

Las batas blancas se alejaban por el pasillo y yo corrí a hablar con

ellas. Les expliqué cómo era mi amiga antes. Pensé que así sería más fácil que la curaran porque ellos no la conocían y yo sí.

Me dijeron que Irina estaba muy muy triste por sus papás y también por su abuelo, que ellos podían curarla, pero que no podían devolverle la sonrisa. Me asusté mucho, ¿mi amiga iba a estar siempre triste? Las batas blancas me sonrieron y me dijeron que no, que nada es para siempre, todo lo malo se pasa, porque siempre hay cosas felices. ¡Como yo! Me dijeron que Irina necesitaba que la cuidaran y que la apoyaran. También había que ser pacientes porque, aunque no quieras que las personas estén tristes, eso no va a hacer que dejen de estarlo.

Cuando volví a la habitación me acerqué a la cama de mi amiga. Mamá estaba sentada en una silla enfrente, llorando sin hacer ruido. Saludé a mamá y le di un beso, para que Irina supiera que estaba allí y no asustarla. Luego me senté en la cama a su lado, despacito.

Le dije que no pasaba nada por estar triste, que es normal estarlo y que yo iba a cuidarla todo el tiempo que necesitara hasta que estuviese mejor y que cuando se encontrase mejor ella me cuidaría a mí y yo seguiría cuidándola a ella porque somos amigas. No se giró a mirarme. Seguía seria, pero abrió la mano que tenía más cerca y yo se la agarré. Ella me apretó fuerte y empezó a llorar.

Ya no estaba asustada. Ya no me daba miedo que Irina no sonriera. Aunque quiera no puedo hacer que deje de estar triste, pero puedo estar con ella para que no lo pase peor.

Mamá está intentando llamar a sus papás para que cuando la dejen salir se venga a vivir con nosotras a casa. Sería mejor que sus papás volvieran, pero mamá me dijo que ninguno de los dos puede volver porque todos los hombres tienen que luchar y no les dejan volver. ¿Por qué no les dejan? Si se lo explican a sus jefes deberían dejarles. Cuidar a su hija es más importante.

Mamá dice que si les dan permiso a ellos se lo darán a todos y ya no quedará nadie para luchar, y ganarían los malos porque a ellos tampoco les dan permiso.

Los jefes son todos idiotas. Si les dieran permiso a todos para cuidar de sus familias nadie lucharía y nadie moriría. Todos serían más felices y se podrían reír siempre.

He decidido que de mayor quiero ser presidenta. Crearé una ley que diga que cuidar es más importante que cualquier otra cosa. Y otra para que enseñen a los adultos a querer bien a los niños. Y otra más para que en el colegio y en el insti nos enseñen a cuidar a nuestras amigas.

Seré la mejor presidenta del mundo entero.

# El mismo miedo

RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ

El ocho de julio de mil novecientos ochenta y dos mi abuelo se puso en pie, gritó gol, agitó los brazos como si quisiera echar a volar y después volvió a sentarse. Veíamos el partido por la televisión, era la semifinal del Campeonato del Mundo de fútbol y quedaban apenas diez minutos para que terminase la prórroga. El desconcierto que se apoderó de mi padre y de mí no se debió, sin embargo, a que acabáramos de desaprovechar una ventaja de tres a uno, ni a que mi abuelo celebrase un tanto del rival, sino al hecho insólito de que hubiera hablado por primera vez tras dos años de silencio.

Lo estuvimos observando hasta que concluyó el encuentro y ni siquiera le hicimos demasiado caso a aquella tanda de penaltis que certificó nuestra derrota. Queríamos estar alerta por si mi abuelo rasgaba de nuevo esa burbuja cruel en la que vivía atrapado, pero no hubo suerte. Su enfermedad se agravó, siguió debilitándolo poco a poco, robándole todo cuanto había sido: su idioma, sus pasos, sus recuerdos, hasta que finalmente falleció unos meses más tarde, poco antes de Navidad.

Eso aún no lo sabíamos aquella noche. Tampoco sospechábamos que habríamos de esperar dieciséis años para ver cómo nuestra selección ganaba un Mundial, aunque lo cierto es que el fútbol en ese instante no me importaba. Yo solo tenía ojos para contemplar a mi abuelo, tal y como lo había hecho tantas veces cuando era niño. Me pareció entonces que sonreía levemente, con los ojos clavados en el césped de la imagen. Me giré. Estaban repitiendo de nuevo el gol del empate, el que lo hizo saltar de alegría. Me fijé en el nombre del jugador alemán que parpadeaba en la pantalla: Fischer, Klaus Fischer.

Después de su entierro, sentado junto a la chimenea que lo acompañó en la vejez, recordé aquella historia que empezó a contarme cuando yo aún no tenía la edad suficiente como para entender su significado más profundo. Solía evocar para mí sus aventuras como soldado, pero únicamente en Nochebuena, cuando mi padre todavía no había regresado de su brindis de empresa y mi madre estaba tan atareada en la cocina que no podía prestarnos atención, me hablaba de la tregua.

—Yo era un chiquillo —comenzaba siempre—. Poco mayor que tú. Todos lo éramos en realidad. En las primeras semanas íbamos a la guerra con el entusiasmo de quien es invitado a un banquete. Sí, eso era para nosotros, una especie de fiesta. Pensábamos que acabaría en un abrir y cerrar de ojos. El problema era que el ejército de enfrente también creía lo mismo, y pasó el verano, pasó el otoño, y en invierno ya sabíamos que no existe patria que merezca el peso de ningún muerto en su conciencia. Para entonces estábamos enterrados hasta las rodillas en barro, disparando en todas direcciones, anclados a la voluntad de un tablero absurdo.

Cada año, mientras reproducía las mismas palabras, mi abuelo iba añadiendo a su narración nuevos detalles y personajes secundarios, como un gato que atravesaba el frente buscando alimento de ejército en ejército, o un par de escoceses con los que compartía trincheras y que le resultaban, a pesar de ser aliados, casi tan antipáticos como los soldados enemigos.

—Antes de que nos diéramos cuenta, llegó la víspera de Navidad, y allí seguíamos, en mitad de la nada, defendiendo o atacando una línea imaginaria en la tierra. Yo no podía pensar más que en el aroma de las patatas asadas de mi madre. Para darnos ánimos, supongo, los mandos permitieron que nos llegaran en esas fechas más cartas, algunos regalos y chucherías, pero ver de pronto una fotografía o una letra conocida no hacía sino empeorar la situación. Comenzó a nevar levemente y la tarde dio paso a una oscuridad extraña, mitigada por breves destellos, puntos de luz diminutos, como luciérnagas conge-

ladas en el horizonte. Entre nosotros el silencio era tan denso que espantaba incluso a los animales, tan denso que nos golpeaba en el pecho, nos robaba la respiración haciéndonos comprender repentinamente la insignificancia de nuestra existencia. Me sentí tan frágil y ridículo que solo quería desaparecer, y quizá por ese motivo tardé en darme cuenta de que sonaba una música. En cuanto presté atención la reconocí de inmediato. Los alemanes cantaban *Noche de paz*. A mi lado uno de los escoceses susurraba al compás, y su murmullo, para mi sorpresa, encontró eco entre los nuestros. Poco a poco las voces se fueron sumando, crecieron, incorporándose a la melodía original. Y así, sin esperar, sucedió la magia. Una misma canción en tres idiomas. Un instante perfecto de concordia. Después, cuando todos callaron, regresó la tensión. Pensé que nuestros enemigos podrían haber tomado la réplica de nuestro bando como una burla y me asomé ligeramente por encima de la trinchera. Vi cómo los puntos de luz se acercaban y tomé mi fusil. Esperaba una orden que nunca se produjo y unos segundos más tarde lo vi. Era un muchacho, probablemente tan joven como yo, llevaba en una mano un árbol del que colgaban varias velas, y en la otra mano una tableta de chocolate y una botella de ginebra. Los escoceses saltaron de sus posiciones al ver el alcohol y a cambio obsequiaron con cigarrillos al soldado alemán. Reían, palmeándose la espalda, hasta que repararon en mi presencia. Yo seguía apuntando a la cabeza del invasor, al fin y al cabo, estaban en territorio francés, y era a nosotros a quien correspondía decidir si aceptábamos aquel gesto. Ya había llevado mi dedo al gatillo cuando, al fin, me llegaron las palabras que estaba deseando escuchar: «¡Baje el arma, soldado!», gritó mi teniente, y regresaron de golpe las carcajadas, y algunos suspiros de alivio, y los apretones de manos. Estuvimos horas ofreciendo o aceptando galletas, confidencias y lágrimas, enterrando los cadáveres de nuestros compañeros, y al amanecer, surgida de la nada, apareció una pelota de fútbol. Los escoceses habían estado bebiendo toda la noche y no podían mantenerse en pie y yo, que no había tocado un balón mi vida, tuve que ser el delantero de



los aliados. Enseguida quedó claro quién era el lastre del equipo. Perdíamos y en la segunda parte los capitanes decidieron que para igualar el partido lo mejor era que yo jugase con los alemanes. Fui tan eficaz en mi cometido que los ingleses nos empataron cuando quedaba poco tiempo para el final.

—Y entonces llegó tu momento de gloria.

—Eso es, ¿cómo lo sabes?

—Te arrodillaste para vomitar, un despeje del portero rival te dio en la cabeza y marcaste así el gol del triunfo.

—Todos los alemanes corrieron a abrazarme y como no sabían mi nombre inventaron uno para mí, ¿sabes cuál?

—Claro, me has contado esta historia un montón de veces.

—¿De verdad? Pues dime, listillo, ¿cómo me llamaban?

—Klaus, abuelo. Te llamaban Klaus.

La tregua de Navidad, por supuesto, no terminó entre abrazos. En cuanto los altos mandos supieron lo que había sucedido disolvieron los ejércitos y los reemplazaron por nuevos soldados sedientos de sangre. Muchos de cuantos decidieron parar la guerra en Nochebuena acabaron fusilados, o en la cárcel, o en destinos donde la muerte tiene rostro de rutina. Mi abuelo sobrevivió durante meses en la batalla de Verdún, una de las más terribles de la historia, y supo que no había esperanza cuando comenzó a recibir felicitaciones en su regreso por todas las bajas enemigas que había provocado. Esa última parte de la historia, sin embargo, me la confesó más tarde, una noche de primavera, cuando yo ya había entrado en la universidad y el mundo me resultaba un caldo espeso de hipocresía y violencia. Odiaba a los profesores, y a la policía, y a muchos de mis compañeros. Odiaba a todas las generaciones que nos habían conducido hacia el abismo. Estábamos en mil novecientos sesenta y ocho, y en las calles de París no se libraba la guerra de mi abuelo, ni la Segunda Guerra mundial en la que combatió mi padre, sino una guerra más difícil de descifrar. Nuestras batallas eran las manifestaciones y no luchábamos contra un ejército. Nuestro enemigo era el tiempo, y la historia, y la religión

y la ley de la gravedad, todo el universo que había conspirado para atraparnos en la sociedad de consumo. Queríamos cambiar el sentido de la vida, cambiar completamente al ser humano. Queríamos cambiarlo todo, y queríamos cambiarlo rápido. Podía sentir cómo la piel me ardía de rabia, y una madrugada, tras una protesta en el Barrio Latino, llegué a casa cubierto de sangre. Por aquel entonces mi abuelo ya vivía con nosotros y fue el único que me recibió despierto. Pensé que me abroncaría, pero hizo todo lo contrario.

—Estoy orgulloso de ti —dijo, limpiándome la sangre del párpado con su pañuelo.

—¿Qué?

—A lo mejor vosotros lográis lo que nosotros no pudimos hacer, pero eso sí —añadió—, ten cuidado y recuerda que siempre habrá un joven como tú en la trinchera de enfrente, con tus mismos miedos y tus mismas ilusiones. Piénsalo bien, antes de que otros empiecen a pensar por ti, y nunca, ¿me oyes?, nunca permitas que te feliciten por matar.

Es, de nuevo, Navidad, y ahora soy yo quien peina canas. En la cocina de este piso minúsculo de extrarradio mi hija prepara la comida, sobras, probablemente, de Nochebuena. No hay ningún yerno desde hace años. En la televisión vuelven a hablar de los refugiados de Marsella.

—A ver si los mandan para su casa de una vez —dice mi nieto.

La suya es una adolescencia caníbal. Siempre encapuchado y perdido en sus auriculares. Al comienzo del curso lo expulsaron un par de semanas del instituto por pelearse con un inmigrante senegalés. Y pienso en mi abuelo, en su guerra y en la mía, y en que después de todo nada cambia. Pienso que la carne que muere es siempre la misma. Y miro a mi nieto. No puede ser, me digo, que su generación también se pierda, que tampoco ellos logren la paz entre civilizaciones. Pero yo sé que sí, que es posible, que solo hace falta un balón, y una canción de Navidad, y quizá chocolate o un gato. Y estoy a punto de abofetearlo o de abofetearme cuando entra mi hija

en el salón, con su expresión perpetua de derrota y una olla entre las manos.

—Hacedme sitio en la mesa —dice.

—Coge las llaves de tu coche —respondo—. Tenemos que irnos.

—¿Qué?... ¿Cómo... cómo que tenemos que irnos? ¿Ahora?

Y la tomo por el brazo. Y extendo mi otra mano hacia mi nieto.

—Tú también —le digo—, sobre todo tú.

—¿Te encuentras mal? —preguntan—. ¿Quieres ir al médico?

—No, no es eso —contesto—, pero debemos marcharnos enseñada.

Y se resisten, sí, pero levemente, porque adivinan, quizá, la urgencia en mis ojos. Y salimos a toda prisa. Mi hija conduce durante tres horas hasta que llegamos a nuestro destino. El cementerio de la Primera Guerra Mundial en Ypres.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —pregunta mi nieto. Y me giro hacia ellos, sin saber muy bien cómo empezar la historia que tengo que contarles. Tan solo abro la boca y digo:

—¿Alguna vez os he hablado de Klaus?

# ¿Por qué la guerra?

JAVIER SASTRE ROBLEDÓ

Mi padre y mi abuelo estaban sentados en el sofá, dando las voces que el instructor militar da en los periodos de instrucción de los soldados, mientras yo con el garrote de mi abuelo sobre el hombro como si fuese el fusil desfilaba orgulloso delante de ellos.

Fueron muchos momentos como esos los que alimentaban mi alma. La alimentaban de guerra, de la necesidad de ser militar. Mi percepción de la vida militar de mi padre fue casi nula. Se retiró del Ejército por enfermedad cuando yo tenía once años. Yo era muy pequeño cuando llegaba a casa vestido con la boina de su amada Brigada Paracaidista, dónde servía orgulloso. A pesar de mi corta edad y de las pocas exposiciones que tuve a la vida militar de mi padre, algo caló muy hondo en mí. Esa profunda huella marcaría a fuego en mi cuerpo, mi mente y mi alma la necesidad de ser militar para poder ser feliz.

Vestido de verde, luchando por tu país hasta dar la vida si fuese preciso, todo el mundo me admiraría, sería un héroe como los de las películas bélicas que consumía sin freno.

Desde esos desfiles en el salón de casa organicé todos mis estudios para poder vestirme algún día de oficial del Ejército de Tierra. Pronto perdí mi alegría infantil para concentrar mi energía en algo que sin yo saberlo me desbordaría.

Aquella noche me fui a dormir ilusionado después de haber jugado con los parches de mi padre, su apellido escrito en aquella placa, la banderita de España, el paracaídas que se cosía en la camisola. Los tocaba, los acariciaba y anhelando el portarlos en mi propio uniforme me quedé dormido una noche más.

Era un día duro. Dejaba a mi madre en el hospital ingresada, donde ya estaba mi padre desde hacía días en uno más de sus múltiples ingresos, y me marchaba a la academia militar. Nada ni nadie podía calmar mi euforia de sentirme militar al fin, de poder ponerme aquel uniforme de una vez por todas. Las primeras semanas fueron duras, pero el subidón interno que tenía por estar allí me permitía poder con cualquier cosa. Voces para ir corriendo a todos lados, corte de pelo, aprender a formar, a saludar y todo un sinfín de detalles que conforman la primera fase del proceso para hacer un militar, un soldado dispuesto a dar la vida por su bandera, o al menos eso se le supone.

Yo me sentía feliz y me adaptaba muy bien a la disciplina militar. Las semanas fueron pasando y con ellas y poco a poco, sin darme cuenta, mi estado interno fue cambiando. De ese estado de euforia desmedida fui pasando a un estado de matiz depresivo que me dificultaba seguir el ritmo de la instrucción. De un estado que me llevaba a hacerme una foto en camiseta militar empuñando mi fusil con mirada desafiante a un estado de encogimiento que me hacía llorar en posición fetal asustado de miedo en mi camareta. Sin darme cuenta de mi estado interno seguía adelante. Ya era militar y eso no podía seguir pasándome porque ya había conseguido lo que faltaba en mi vida y que era responsable de todos mis males. Pensando así seguía adelante, acallando y ahogando en sus propias lágrimas a la depresión una vez más. Me formé como militar, aprendí a usar las armas, estudié y aprobé lo necesario para nombrarme alférez alumno después de cuatro meses de dura instrucción. Marché a casa en Navidades y el halo depresivo me acompañó. La tarde antes de reincorporarme a la siguiente academia, donde completaría mi formación específica como ingeniero para poder nombrarme alférez efectivo, lloraba presa del pánico en la cocina sollozando el porqué me sentía así, buscando en el infinito el porqué de aquel vacío desmotivante una vez más, cuando se suponía que ya lo tenía todo. La mente me había vuelto a engañar una vez más y yo no lo sabía. Cogí mi petate, y enterrando aquella pena en lo más hondo que podía, me fui a continuar mi formación militar. No me resultó

muy difícil hacerlo, no en vano era lo que llevaba haciendo toda mi vida, acallar la rabia, ahogar mi necesidad de amor y de pertenencia en el estrecho y profundo pozo de la oscura depresión.

Formado en el patio de armas de la Academia de Zaragoza, recibí mi despacho y comencé mi servicio en un Centro de Mantenimiento de Vehículos. De niño quería ir a la guerra para defender a mi país, de militar me sentaba en una oficina a mover papeles para arreglar coches. Lo que sucedió para que aquello fuese así fueron hechos dolorosos para mí, que me generarían mucha culpa, frustración y complejo de inferioridad que me condicionarían de por vida. Pero yo lo tapaba, lo ahogaba una y mil veces si era necesario en mi propio sufrimiento y cada mañana me levantaba para volverme a poner el uniforme y sentirme orgulloso de ser militar al fin. Orgulloso por fuera, roto por dentro.

Sentado delante del psiquiatra que decidiría mi destino en el Ejército, me esforzaba por no llorar y mantenerme lo más emocionalmente estable que podía mientras narraba lo que experimentaba en mi interior día a día. No sabía si eso era mejor, o quizá lo mejor hubiese sido romper a llorar para decirle a aquel hombre que no podía más y que me mandase para casa por favor. En cualquier caso, aunque me mantuve con cierta serenidad, las cosas parecían estar claras: no era apto para la profesión militar.

Ya en casa comenzó a ahondarse en mí un proceso de cambio que tuvo sus inicios varios años antes cuando ejercía la profesión de la guerra. Siempre recordaré aquella frase que uno de mis profesores de la academia nos dijo en clase refiriéndose a que ser militar era lo mejor que se podía hacer por tu país. Algo ya resonó raro en mi interior cuando escuche aquello. Pero no podía ser, cómo iba a abrirme al amor y dejar las armas. Había demasiado miedo en mi interior para hacerlo.

El miedo era tan intenso que, aunque en los últimos años de servicio sabía qué era lo que quería, yo no tenía la capacidad de hacerlo. Alguien tenía que mandarme para casa para que pudiese curar mis

heridas todavía sangrantes desde mi infancia. Herido de muerte sin haber pisado ni de lejos un campo de combate me fui a casa. Y allí sin la presión inmanejable del día a día, poco a poco, fui comprendiendo algo de mi relación con la guerra.

¿Yo quería ser militar? ¿O quizá buscaba en el ejército una forma de sentirme integrado, satisfacer mi sentido de la pertenencia y mi necesidad de ser amado?

¿Yo quería ir a la guerra? ¿O quizá buscaba en ella el amor que me faltaba y que siendo un héroe que había dado la vida por otros recibiría a raudales?

¿Prefería yo la guerra antes que la paz y la libertad? ¿O quizá el miedo que me paralizaba me impedía abrir mi corazón al amor resultando mucho más fácil someterse a lo establecido?

¿Tiene algún sentido la guerra? ¿Cualquier trozo de tierra, de petróleo o de gas valen más que una sola una vida humana?

¿Tiene sentido que las naciones se armen con medios tan destructivos para, en el mejor de los casos, defenderse de la violencia con violencia? ¿Puede acaso la violencia calmar a la violencia? ¿O solo el amor puede hacerlo?

¿Tiene sentido ser militar y querer ir a la guerra?

# Salvas de vino y miel

FERNANDO ARIAS VICENTE

«Quiero salvas de vino y miel, no de pólvora y acero». Estas son las palabras con las que tenía pensado comenzar mi reportaje justo antes de llegar allí. Nunca antes había visto caer un cuerpo al suelo para unirse a la tierra ya abonada por sus hermanos; ni tampoco cómo el olor del fuego sabe a dolor. Me dijeron que la guerra es la amargura condensada en el aire e, ingenuo de mí, decidí respirarla aceptando este encargo.

Dejé mi cómoda oficina en Madrid un uno de abril para hacer lo que todos querían y pocos sabían por experiencia, informar de un conflicto. En la redacción había pocos reporteros disponibles y los que restaban preferían cubrir las noticias nacionales basadas en la mentira y la palabra envenenada de los tertulianos y políticos de turno. Siempre me he considerado diferente, ya sea por gustos o penas, he acabado eligiendo lo que muchos no querían y esta vez no iba a ser de otra manera.

Primer día en el frente, el jefe del gabinete de prensa extranjera me recibe en el que antes fue un aeropuerto internacional lleno de restaurantes y tiendas. Ahora es un amasijo de hierros y cemento que intenta intuir lo que antes eran tres terminales con ciento cincuenta puertas de embarque con destinos tan lejanos como Sídney o Toronto. Es un hombre de unos cuarenta años, español. Su aspecto indica que lleva aquí desde el inicio de la contienda, su ropa parece desgastada y sucia, donde antes ponía «PRESS» en su chaleco, ahora apenas se dibuja una P y una S. Los pantalones están descoloridos y rasgados por las rodillas y sus botas, con una pegajosa mancha oscurecida por la oxidación al ambiente. Sus únicas palabras fueron: «Vas



a ir al Hotel Continental, en donde tienes ya tu puesto asignado». Tras estas palabras se volvió y me señaló un camión. Seguí con la mirada sus pasos, aquellos de un hombre que sabe que dos horas al día de sueño son un lujo y que mientras que el metal no dé en la cabeza o el torso, es afortunado.

Cuarto día en el frente, estos días han sido los peores de mi vida. Al llegar al hotel comenzó un bombardeo. Todo el personal de prensa bajamos al sótano a refugiarnos de las esquirlas y metralla que nacían de los proyectiles. Por una pequeña ventana privada de cristales por los ataques del enemigo vi a una mujer. No tendría apenas veinte años. Rubia, alta y vestida con un vaquero y una camiseta de Los Ramones. Llevaba colgada al hombro una mochila azul de la que sobresalían por su tamaño un par de botellas de dos litros de Fanta o Coca-Cola. Corría bajo la lluvia incandescente de química y tecnología que el enemigo había diseñado para hacer de sus armas las más efectivas. Ella corría, corría lo más veloz que podía entre las ruinas del bulevar y la ceniza convertida en niebla que flotaba en el ambiente. Su objetivo era claro, llegar a la boca de metro más cercana. Desgraciadamente, se le fue el tren. Cuando la baldosa azul que daba comienzo a la estación y que era sinónimo de santuario y salvación estaba al alcance, un obús explotó a unos metros de ella. La violenta sacudida borró su cuerpo y alma en menos de un segundo. Una vez cedió el rugir de la artillería salí a la calle a buscarla. Solo encontré la mochila con dos botellas de Coca-Cola ya vaciadas parcialmente de su contenido y una bolsa de frutos secos. Ni ese día por la tarde ni los dos siguientes pude escribir nada. Mi mente no funcionaba, tal era la constante tristeza y dolor que asolaban mi cabeza que por poco sentí que me abandonaba la vida para escapar de ese infierno. No obstante, hoy noto que una rebeldía ante la aceptación de la maldad y el sufrimiento ha despertado en mí y me anima a escribir para denunciar esta barbarie.

Quinto día, hoy me desplazé con una unidad de tropas de asalto a las barricadas del norte. Quiero ver cómo estos soldados defienden su

tierra de un enemigo brutal que decide sembrar terror y neurosis por el territorio que invade. En la trinchera aprendo una nueva emoción que consideraba inexistente: el vacío. Los ojos de estos hombres no tienen nada, no tienen rabia, no tienen odio, no tienen tristeza, no tienen nada. Solo se atisba en lo más profundo de sus pupilas un dolor crónico que por su intensidad mantenida causa la analgesia ante la realidad y la sedación del pensamiento; son autómatas que ante un impacto concreto en su placa base se verán desconectados para no volver del mundo, ya sea una desconexión física o mental.

Sexto día, nada ha ocurrido en el frente, salvo la estabilización y el afinamiento de tres colores sobre el paisaje: el gris, el negro y la tierra. Veo como nada tiene colores brillantes ni vivos. Todo lo veo como una fotografía entre el color sepia y el clásico blanco y negro. Nada tiene color. Los ojos son todos de un color arena parda, nadie los tiene marrones, verdes o azules. Los labios oscurecidos por la pólvora y la mugre se presentan color carbón y apenas se mueven. La sangre no es siquiera roja, es negra, y nutre a una tierra que solo tiene de sustento la desesperación y las falsas promesas de paz.

Séptimo día, el día despierta con impactos de plomo en la arena y una lluvia de piroclastos químicos sobre nuestras cabezas. Intento mantener la compostura, pero realmente me cuesta. Siento nervios, angustia y náuseas. La boca me sabe a metal y el ambiente me huele a combustión. Consigo, tras un rato, recomponerme en la cuneta húmeda donde duermo y centrar mi atención en lo que está pasando. A unos pasos de mí hay un combatiente joven, tendrá mi edad y maneja una ametralladora. Las bocas de los cañones son lo único que aporta luz y cierta calidez. La llamarada de cada salva alumbró las caras de los soldados. Ves los rostros con claridad. El color de los ojos nace de nuevo, pero no es el que originariamente tenían, todos tienen el mismo color ahora, un naranja enrojecido de furia que inunda sus iris y pupilas cada vez que aprietan el gatillo.

Octavo día, vuelvo al hotel. Abandono la trinchera ante la orden de un militar que decide que mi presencia no es adecuada para la

moral de los soldados. Intenté convencerlo, pero su rifle tenía varias muescas en la culata y no deseaba que hiciera otra ese día. Al llegar al hotel pregunté a los responsables de información dónde se encontraba la acción y me indicaron que por toda la ciudad, pero que ya había suficientes reporteros cubriendo todo, salvo una zona a la que nadie quería ir, el antiguo sanatorio mental. Nunca antes había estado en una institución mental, desde niño la televisión y la sociedad me habían dado a entender que la gente recluida ahí era peligrosa y que estaba loca. Aproveché un convoy militar que iba a la zona para llegar al lugar. Al descender, me di cuenta que el centro estaba realmente dañado por las bombas y los tiroteos. Entre las ventanas desprovistas de cristales y los boquetes en los muros vi camas, salas e incluso lo que parecía ser una cafetería hacía un par de meses, pero ninguna persona. Al adentrarme, coincidí con un soldado ya avanzado en años, al que pregunté en mi precario dominio de la lengua local quién era y dónde estaba el oficial al mando. Él me respondió que lo tenía delante. Me miró de arriba abajo, con esas miradas frías y analizadoras que buscan cualquier indicio de sospecha para añadir algo de plomo a tu cuerpo. Para mi suerte se percató de la palabra «PRESS» escrita en mi chaleco y con un gesto me dio a entender que podía quedarme. Me moví por las instalaciones, buscando soldados o personal del hospital para saber dónde colocarme. Solo veía soldados que miraban mi figura con impasividad e indiferencia. Finalmente encontré una habitación en la que no había nadie y que aún conservaba la integridad suficiente para poder dormir. Sobre las 23 horas noté que alguien entraba en la estancia. No podía ver quién era ante la tremenda oscuridad que invadía el espacio y que solo cedía en su empeño de cubrirlo todo cuando alguien respondía al fuego de algún fusil o encendía un cigarrillo. Escuchaba como respiraba con algo de dificultad y el tintineo de su cantimplora, era un soldado. Se sentó enfrente de mí y encendió un cigarrillo. Sus ojos desprendían seguridad y certeza, su rostro era cuadrado y su nariz picuda.

Noveno día, me desperté con los primeros gritos de la mañana. El enemigo había lanzado un par de obuses que impactaron en el piso inferior a donde me encontraba. A continuación, varias ráfagas de ametralladoras pintaron la fachada de acero y polvo. Fue entonces cuando en medio de ese ensordecedor y cegador ambiente, contemplé al soldado que durmió delante de mí con más claridad. Llevaba una chaqueta y unos pantalones militares algo grandes para su tamaño, los cuales estaban manchados de un tinte oscuro que sospechaba lo que podía ser, las botas parecían también quedarle grandes y el casco casi te tapaba los ojos. Comenzó a disparar a los fogonazos enemigos. La respuesta a sus balas no se hizo esperar, y gracias a unos reflejos asombrosos se consiguió cubrir tras la pared contigua a la ventana. Me hizo un gesto para que me agachara y cubriera mejor. Obedecí sin dudarle, eso me salvó la vida, pues dos segundos después el lugar donde reposaba mi cabeza fue tatuado con un par de orificios. Más gritos se escucharon, esta vez de la habitación contigua. El soldado se movió rápido y en apenas unos instantes salió por la puerta. Lo seguí, pues me sentía seguro con su presencia. Al atravesar yo también la puerta, aprecié dónde se encontraba. Estaba socorriendo al compañero que acabábamos de escuchar gritar. Su pierna había sido alcanzada y su vientre también. El pobre hombre se retorció de dolor y expresaba con sus ojos el miedo que sentía. Su vida se escapaba por dos agujeros. El soldado le puso un trozo de tela que arrancó de su pantalón y presionó su herida para parar la hemorragia. Desgraciadamente, en un par de minutos el cuerpo malherido estaba pálido y su vida fuera del edificio. Pararon los disparos.

Undécimo día, tras lo sucedido el noveno día, decidí no separarme de ese soldado. Le pregunté su nombre de la mejor manera que pude en su idioma, me contestó «Yuri». Pasé la mañana y la tarde con él. Yo en una pared y él en la de enfrente, asomándose de vez en cuando para ver cómo estaba la línea del frente. De repente un ruido atronador sacudió la infraestructura entera. Sentí algo cálido y líquido que bajaba por mi cabeza y me desplomé. No sé cuánto

tiempo estuve inconsciente, lo único que recuerdo es como Yuri me miraba fijamente y me arrastraba agarrando mi chaleco de la pechera por los pasillos del sanatorio. Mientras lo hacía pude fijarme durante un par de segundos en su muñeca derecha, tenía una pulsera de plástico, como la de los hoteles o los hospitales y ponía «Yuri Brezhnev, 20/6/1989».

Lo siguiente que recuerdo es despertarme en un hospital de campaña, con la cabeza vendada y mareado. Un médico holandés de una ONG me comunica que me tendrán que evacuar del país debido a la fuerte contusión y la sangre perdida, vuelvo a Madrid.

No sé quién era «Yuri», pero me da igual, solo sé que, entre todo el dolor, terror y destrucción de la guerra, ese hombre me salvó la vida.

# ¿Quieres que te cuente un cuento? O la curiosa historia de dos mellizos poco idénticos

ALBERTINA GALIANO RODRÍGUEZ

En estos días complejos quisiera componer una historia, que bien pudiera ser mía o de cualquier otro, y la manera en que transitarla a través de las palabras, perfilando un lugar en ella con trazos inciertos pero llenos de luz.

Una historia que tiene un único inicio en mi recuerdo y muchos finales posibles.

Fino talle de amapola que corre entre espigas verdes, abiertas a un cielo como los ojos de mi padre, que se enfrentan a mi inocencia tal como si un mar profundo amenazara con tragarme.

Fuerte mano que atenaza y lo mismo acaricia que aprieta con palabras huecas salpicadas de reproche.

Y ella que calla lo que yo no puedo dejar de ver.

Una mañana cualquiera podía convertirse en el deseo de volverme invisible, y de ahí a saltar hacia la otra dimensión, aquella en la que alguien muy dulce podría llevarme a un universo solo apto para otros.

De temprano las cosas, movimientos, palabras, risas debían sujetarse con fuerte soga de esparto para no dejarlos ir.

—Ven, querida. —Escuchaba en otras voces, de sueños para adentro.

Escozor en la cara, y más aún en la vergüenza de querer odiar cuando ni siquiera eso estaría permitido, no fuese a represaliar el que

todo lo ve. Que parece haberse enterado, sin haber yo dicho nada, pues el domingo en la misa me niega la entrada por ir muy escotada. Ingenua, lo creo merecido, y descubierto mi deseo pecaminoso de querer ser mirada.

«Lo que se ve se luce, lo que no se pudre», decían las amigas de vuelta de gastar la precaria paga en regalices y peta-zetas.

Si no es cierto eso, porque es de frescas, tapemos la vergüenza y cerremos hasta arriba el botón de la camisa.

De lejos los chicos, prohibidos por el mero hecho de serlo, antes, cuando solo había dos sexos.

Mi padre les llamaba lobos: «el hombre es un lobo para el hombre», y yo lo imaginaba a él mismo un hocico largo y peligroso.

Frases lapidarias que se marcan a fuego en la golilla del inconsciente. Pecado la palabra pene, dejémoslo en pito, que además produce algo de risa, o colita, como la de los conejos...

Juegos de palabras que camuflan la verdad.

Y las lecturas del colegio no aptas para mentes amigas de pensar. Mejor no aventurarse, quedarse en lo sabido, en lo manido, en lo mamado quizá.

Pero no todos mamamos lo mismo.

Algunos succionan amor y otros miedo, ira o caldo de pescado.

Las desventuras vividas, desmentidas por mis congéneres hasta la extenuación, me encaminaron hacia un lugar que fue el inicio de un serio riesgo en el autocuidado, en que iba siguiendo pasos de otros como un penitente en procesión, sin margen de maniobra, solo arriba, adelante y abajo con las andas.

Sin embargo, entró un resquicio de luz cuando alguien de voz cálida abrió una ventana a la cultura y al libre albedrío: «Los libros hacen libres» dijo una profesora de literatura, y no podía estar más acertada.

Empezaron a pasear por mi ventana santos inocentes, ciudades y perros, cipreses alargados, crímenes y castigos mezclados con madres rusas, sueños de noches de verano, retratos de un tal Dorian, Celesti-

nas, Regentas y Lazarillos, años y años de soledad, perros azules, un sinfín de grados Fahrenheit, Ulises y Sherezades en miles y una noches.

Y sin saber cómo ni por qué una pluma entre mis dedos me llevó a crear universos paralelos y a poner letras entre mi corazón y el tuyo, y a contener el odio y la ira y transformarlo en creación.

Nacieron nuestros hijos y su desconuelo hacía eco en mi desconcierto y mi falta de acierto. Cuando desgredada y fuera de mí los perseguía con puntas de dardo en los labios y manos como palas de remar, solo una frase mágica los calmaba y a mí aún más: ¿quieres que te cuente un cuento?

Érase una vez un pueblo muy lejano en que nacieron dos hermanos, Héctor y Amador, que a pesar de ser mellizos pensaban y actuaban de forma muy diferente el uno del otro.

Desde niños se notaba que ambos habían elegido formas opuestas de desenvolverse: Héctor gritaba y agitaba los puños para hacerse oír, mientras Amador se acurrucaba formando un ovillo y se quedaba quieto a la espera de ser atendido. Cuando pudieron correr y saltar, Héctor se divertía persiguiendo a las ardillas, gorriones y cualquier animal que encontrase, mientras Amador pasaba horas dibujándolos en su curioso cuaderno de páginas azules.

Héctor traía a su madre por la calle de la amargura, pues constantemente se veía obligada a regañarlo y llamarle la atención.

—¡Fíjate en tu hermano, que nunca se mete en líos!

Sin embargo, Amador lo envidiaba en silencio, pues Héctor siempre estaba rodeado de amigos.

El día que cumplieron dieciséis años el padre los conminó a que aprendieran a desenvolverse por el mundo, cada uno con su objeto preferido: una espada y un cuaderno de dibujar.

El inicio del camino fue difícil porque Héctor quería correr y Amador se quejaba de su ritmo.

—¡¡Espérame, no puedo correr tanto!!

Al tercer día de salir de casa se encontraron con un grupo de bandidos.



Héctor se lanzó contra ellos, mientras Amador se escondía, muy asustado.

Héctor fue rápidamente apresado, atado con una cuerda y hecho descender a un pozo profundo y angosto, cerca de la hoguera donde los bandidos se preparaban para pasar la noche, mientras hacían cuentas del dinero que les darían por tan buen mozo cuando lo vendieran como esclavo.

Nadie reparó en Amador, que con el filo de la espada que recogió del lugar donde apresaron a su hermano, fue horadando un túnel que le permitió llegar al pozo donde se encontraba este, sin ser descubierto.

No pudo llegar hasta él, pero sí acercarse de manera que, manteniéndose oculto de los bandidos, pudiera ser oído por el cautivo. En voz muy baja lo llamó:

—¡Héctor, soy yo, tenemos que huir de aquí! —Y le dejó caer la espada para que pudiera soltar sus ataduras.

—No puedo salir —dijo este apesadumbrado—. Está demasiado alto. Pero tengo una idea. Debes acercarte a los bandidos y fingir que eres el criado de un señor rico y que estarías interesado en comprarme. De esa manera ganaremos tiempo mientras yo me escapo de este agujero. Pero... ¿cómo saldré de aquí?

Amador se acordó de su cuaderno de dibujos y recordó la forma de convertir papel en duro cordón de barro. Rápidamente lo explicó en una de las hojas y le lanzó el cuaderno a su hermano.

Este lo leyó ávidamente y como era fuerte y dispuesto no tardó en construir una escala siguiendo las instrucciones escritas por Amador con prontitud y talento.

Mientras, este, envalentonado con las indicaciones y sugerencias de Héctor, se acercó a los malhechores y supo impostar el personaje que nunca antes habría podido representar por primera vez.

Los bandidos creyeron a pies juntillas su papel y estaban tan embelesados por su elocuente lenguaje que no se percataron de que mientras tanto Héctor había conseguido salir del sucio agujero y los miraba apostado en jarras desde atrás.

Ya iba a abalanzarse sobre ellos cuando prestó oído al relato de su hermano que enunciaba con persuasiva voz:

—Si me dais al chico, yo os prometo la saca de oro que tengo escondida en aquella cueva.

Héctor sabía que esa era una historia que su padre les contaba con frecuencia, una estratagema que le sirvió siendo niño para huir de un mal rival. La historia se resolvía de forma que, al ir el matón hacia esa cueva inexistente, su padre salía corriendo en sentido opuesto.

Héctor entendió que lo que Amador pretendía al señalar con el dedo en una dirección, era animarlo a correr justo en la contraria, y así lo hizo. Amador a su vez en un periquete se escabulló por el agujero del túnel que había preparado y al cabo de media hora ambos hermanos se habían reencontrado lejos de los bandidos, librándose de esa forma de ser apresados.

Y colorín colorado, este sencillo cuento con final feliz ha acabado. Es lo que todos esperamos, que nos acunen con un cuento con final soñado.

O tendernos en un diván y dejar la mente volar acompañada en su escucha y en su silencio o en su palabra.

—Pase y siéntese —me dijo aquel hombre—: Ha llegado por fin al mundo real.

Esto es lo que hay y esto es lo que eres.

Sé bienvenida a la variedad, en la que nunca estarás sola.

Donde francamente, y con diferencia, más a gusto se está.

Ahora, que ya lo sabes, te toca a ti continuar.

Bienvenidos al oasis de los libros,

al vergel de las historias,

a la magia de las letras. Puedes jugar con ellas.

Si consigues juntarlas descubrirás la más valiosa de todas ellas, la mejor con diferencia.

La que calma las iras y aplaca las violencias,

y convierte las espadas en palas para excavar,  
y da salida al enojo, sin desmoronarse y sin asustar.  
La que permite sacar lo más valioso de cada uno  
y compartirlo con los demás.  
No se puede decir con menos, más.  
Aquí tienes la palabra, tómala, se llama  
PAZ.

# Alma rota en pedazos

CLARA OCHOA

Sentía un dolor fuerte en lo más profundo de mi alma.

Y os preguntareis ¿se puede sentir dolor en el alma?, pues por supuesto que sí, era como me sentía cuando me vi ingresada, y no por voluntad propia, en el hospital.

Muchos de los que habéis pasado esta experiencia podéis llegar a saber lo que viví, en la estancia por urgencias, o los días que permanecí en la planta de psiquiatría.

Mi libertad y mi paz mental ya no existían, ya no me pertenecían, estaba a la merced de las decisiones de otros...

Tristemente a mí esto me ha dejado tocada y hundida durante un tiempo, el tiempo de recuperación que tengo que pasar tras que mi mente y cuerpo vuelven a ser yo.

En estos meses que estamos viviendo a nivel mundial, da la impresión de que todo se desmorona, somos muñecos que nos movemos por inercia o por hilos como títeres, a veces sin saber hacia dónde vamos, o con un ruido mental que nubla nuestros días.

La soledad se apodera de las personas mayores y de los más vulnerables, la desigualdad, la guerra, la pandemia, otros virus que aparecen... y la información que los medios de comunicación nos hacen llegar hacen que seamos seres diminutos, tener miedo, sufrimos una incertidumbre horrible.

Todo esto me hace pensar en la guerra, y no busco culpables, no, busco huir del conflicto...

Las guerras destruyen casas, pueblos, ciudades enteras, pero también acaban con personas, con sus ilusiones, con sus sueños, rompen familias enteras, dejando una brecha en los árboles genealógicos que

nunca se curará, vivencias que pasará el tiempo y tendrán en sus retinas grabadas hasta lo último de sus días.

Qué podemos hacer nosotros desde aquí, si las máximas potencias mundiales no ponen solución a esta guerra, que surge por intereses económicos, políticos, territoriales...

Y las personas afectadas de un país u otro sufren, son víctimas del horror de esta guerra, perdiendo a la familia, pasando hambre o dejando su propia vida.

El alma de estas personas se partirá en pedazos, dejando su dolor en la superficie como un ente, hasta sentir una impotencia gigantesca de cómo funciona este mundo injusto que prefiere pelear, luchar, matar... antes que dialogar.

El planeta se tambalea, lo triste es que no podamos hacer nada para que los territorios, la economía, la desigualdad... nos lleven a guerras.

Puede ser que yo viva en una realidad paralela que algunos alcanzan a ver también porque en algún momento de su vida su alma se ha roto en pedazos.

# La mayor conquista

ELBA MARÍA GONZÁLEZ-BANFI GONZÁLEZ

Una vez en Europa hubo magia. Nadie supo a quién atribuirle.  
Simplemente apareció, como de la nada, brillando con luz  
[propia.

Fue entonces. Surgió la unión.

Los países se percataron de que juntos podrían. Crecer.

Unidos somos más fuertes. La humanidad se desarrolla con  
[tiempo.

Tiempo para pensar que no hay fronteras.

Tiempo para recapacitar sobre la esencia.

Tiempo para sentir que somos seres de paso.

Que la mayor conquista es la de nuestro destino.

Que así todos llegamos más lejos.

Siempre.

Tan simple.

Tan difícil.

Como ser conscientes.

De la fragilidad de la vida.

De la inexorable muerte.

# Luka no se ríe

MARÍA ARÁNZAZU TORO ESCUDERO

Anoche, los gritos de Luka volvieron a despertarme. Como una pesadilla que no se acaba al abrir los ojos. Ya lleva dos semanas en casa, y mi hermano Sergio se ha acostumbrado y no se entera de nada. Pero yo lo sigo oyendo, primero dentro de mi sueño, la sirena de un coche de bomberos, los aullidos de un lobo, las voces de monstruo, hasta que me doy cuenta de que no, ya no estoy dormida y el grito sigue, y no es un monstruo, sino un niño asustado. El niño más asustado que conozco.

Los vecinos nos miran con caras serias. Ellos también se despiertan todas las noches; dos o tres veces cada noche, seguro que se oyen los gritos en toda la escalera y hasta en el bloque de enfrente, ahora que hace calor y dejamos las ventanas abiertas. Pero no pueden quejarse a mamá y papá porque Luka solo tiene seis años y viene de un país en guerra, y está solo, y el telediario cuenta todas las noches historias de niños que vienen en sótanos oscuros durante meses, que pasan hambre, que ven muertos en las calles, y que dicen adiós a sus padres y nunca vuelven a abrazarlos.

Yo no veo esas historias porque mamá apaga la tele en cuanto empiezan a hablar de la guerra y nos manda a la cama, pero las oigo en el colegio desde que empezaron a llegar los niños nuevos. Esos niños escaparon de la guerra con sus hermanos y sus madres, pero Luka vino con una monja que le prometió que no lo dejaría solo hasta encontrar una familia que lo cuidara. Si la mamá de Luka estuviera con él, lo abrazaría por las noches, cuando todo se quedara oscuro y silencioso y Luka tuviera ganas de gritar. Pero Luka solo nos tiene a nosotros, mamá, papá, Sergio y yo, y solo hace dos semanas que nos

conoce y ni siquiera nos entiende. Yo tampoco dejaría que me abrazara una señora desconocida, en una casa desconocida, en un país desconocido donde todos hablan palabras desconocidas, y también tendría ganas de gritar la mitad del tiempo y de llorar la otra mitad.

Luka llora mucho, y cuando no llora ni grita, no hace nada. Se sienta y mira el suelo, o la mesa, o la pared, o el techo. Sergio y yo intentamos jugar con él, le llevamos nuestros cuentos, nuestros muñecos, ponemos dibujos en la tele, pero Luka se queda quieto como si no estuviéramos allí, o se mete debajo de la mesa con la cabeza escondida entre las rodillas. Mamá nos dice que tengamos paciencia, que es cuestión de tiempo (puede que mucho tiempo), y nosotros seguimos jugando con él, aunque él no juegue con nosotros.

Pero el día que Sergio trae a Osi, su panda de peluche, Luka da un pequeño salto, como si hubiese tenido un escalofrío, se acerca y lo coge. Lo mira, lo acaricia, y luego se lo lleva debajo de la mesa y se queda allí abrazándolo. Sergio y yo corremos a contarle a mamá nuestro gran logro, pensando que todo va a cambiar a partir de ese momento.

Pero no, lo único que cambia es que Luka lleva a Osi abrazado a todas partes y que Sergio ya no piensa que haya sido un gran logro, porque Osi es su muñeco favorito, con el que duerme desde hace años, y si Luka sigue apretándolo tan fuerte todo el tiempo acabará por romperse. Sergio llora y mamá intenta convencerlo de que solo será por un tiempo, y que así está ayudando a Luka a mejorar, seguro que tenía un Osi cuando vivía en su casa antes de la guerra.

A Sergio le cuesta conformarse, hasta la tarde en que entra en el baño cuando mamá está quitando la ropa a Luka para que se duche y ve el cuerpo de Luka, lleno de pequeños círculos rojizos por el pecho, la espalda, la barriga... Sergio no sabe qué es pero sabe que es algo malo, y no se atreve a preguntar hasta que Luka está ya acostado en el cuarto de mi hermano y mamá viene a darnos las buenas noches al cuarto que ahora compartimos Sergio y yo. «Son quemaduras». Sergio y yo somos demasiado inocentes como para poder adivinar cómo



aparecieron en la piel de Luka, pero yo sé que si mamá no quiere contar nada más tiene que ser algo tan tan malo que tendríamos pesadillas si lo supiéramos. Y ahora Sergio ya no se queja de que Luka se quede a su muñeco también para dormir.

Pero los días pasan y las noches siguen llenas de gritos, y los días llenos de lágrimas, y Luka no habla, no ríe y no juega. «Hay que tener paciencia», repite mamá. La sicóloga dice que Luka mejora, porque pasa mucho menos tiempo debajo de la mesa, se calma mucho más deprisa cuando tiene malos sueños, y el otro día empezó a dibujar. Esto al parecer es muy importante y nos felicitan por cuánto lo estamos ayudando, pero Sergio y yo solo pensamos que lo ayudaríamos más si consiguiéramos ser sus amigos.

Y seguramente ya nunca lo seremos. Porque hoy, cuando mamá nos recoge de clase de música, nos dice que tiene noticias. La tía de Luka llega mañana. A buscar a Luka, a llevarse a Luka para que viva con ella en una casa grande, con otros niños que huyeron de la guerra con sus madres. Mamá nos dice que es estupendo y yo sé que debería estar contenta, pero ni siquiera sabemos si Luka quiere a su tía o si solo se veían una vez al año, en la comida de Navidad, y la conoce todavía menos que a nosotros. No sabemos si en la nueva casa Luka tendrá una habitación para él solo y una caja llena de pinturas, ahora que ha empezado a usarlas, si comerá verdura dos veces al día o si los otros niños irán a jugar a su lado para que no esté solo, aunque él no les hable. Y no sabemos si volveremos a verlo, ahora que, la verdad, le hemos cogido mucho cariño y nos gusta leerle libros antes de cenar y dejarlos a su lado, mientras nos vamos a recoger el cuarto, imaginando que le entrará la curiosidad y los abrirá para mirar los dibujos cuando no estemos delante.

Esa tarde, mientras papá y mamá le preparan la maleta, me fijo más en Luka. Ya sabe que mañana se va, pero no noto nada diferente. No podría adivinar si se alegra de marcharse o si le pone triste. Intento decirle por signos que lo echaremos de menos, que lo queremos, esperando que de repente, como en un cuento, se levantará y me dará

un gran abrazo, pero en la vida casi nunca pasan las cosas como en los cuentos que me gustaría escribir.

Cuando me despierto al día siguiente, veo que Luka ya está listo para marchar. Mamá lo llevará en coche al sitio donde su tía tiene que recogerlo. «Despedíos de Luka», nos dice mamá, y Sergio y yo lo abrazamos, y Luka se queda sin moverse, mirando a la pared, pero no se aparta, y hasta deja que le demos un beso. Noto que quiero llorar y veo que mi hermano ya lo está haciendo. Mamá abre la puerta de la calle, y Sergio de pronto grita: «¡Espera!». Sale corriendo hacia su habitación y vuelve con Osi en brazos.

Sergio besa a Osi, muy suave, y susurra tan bajito que casi no puedo oírlo: «Adiós, Osi, te quiero», y Osi está ahora mojado por todas las lágrimas que caen a chorros sobre su cabeza peluda. Luego, Sergio pone a Osi en brazos de Luka mientras dice, un poco más alto: «Para ti».

Luka se queda un momento quieto y entonces mira a Sergio a los ojos, mira a Osi, lo acaricia, y, de pronto, Luka ya no parece Luka porque, por primera vez, en su cara se dibuja una enorme, mágica y agradecida sonrisa de felicidad.

# Su alma

CONCHA MORA OLMEDO

Aquella mañana me dirigí al museo del Prado atravesando el parque de El Retiro, como hacía siempre que me saltaba las clases de la universidad. Sí, algunas veces hacía pellas, pero vistos los resultados académicos no debía ser tan mala idea sustituir unas tediosas clases de arte por una visita a una de las mejores pinacotecas del mundo.

Las hojas del otoño inundaban los paseos del parque y un reconfortante olor a humedad y putrefacción vegetal empapaba el fresco aire otoñal. Era temprano y solo algún corredor solitario transitaba a esas horas por el parque.

Llegué a la puerta del norte del museo y entré en las salas. Cuadros de Velázquez, El Bosco o Van Eyck colgaban de las paredes. Atravesé varias estancias y llegué a la zona de Goya. Allí se situaba la pintura de los fusilamientos del 3 de mayo. Me coloqué ante el cuadro. Tras media hora observándolo, un silencio ensordecedor me envolvió junto con una aureola de luz blanquecina y todo lo demás desapareció. De pronto, la figura de la camisa blanca que tiene los brazos levantados y que aparece en primer término en la pintura descendió de su marco.

—¿Qué está pasando? —pregunté aterrorizada.

—Soy Mateo. No te asustes. Francisco capturó mi alma al pintarme y desde entonces vivo en esa escena. Ellos me fusilaron, pero no pudieron matar mi alma.

—Fue un momento terrorífico, ¿verdad? Me refiero a cuando te iban a fusilar. Tus ojos aparecen desorbitados y tu boca muestra una terrible mueca de horror.

—Sí, pasé mucho miedo. Casi todo el mundo teme a la muerte porque nadie sabe qué hay a este lado.

—¿Y qué hay?

—El cielo y el infierno no son lugares. Son estados del alma y los lleva uno consigo. Incluso el más malvado de los hombres puede estar en el cielo si su conciencia no es muy estricta.

—Entonces, ¿de qué valen las buenas obras o el reprimir nuestra tendencia al mal?

—En la mayoría de los hombres, para que nuestra alma no cargue con la culpa que es el infierno —aseveró Mateo, y sus palabras parecían como un eco cada vez más lejano hasta que, de pronto, desapareció.

—Oiga, joven. El museo no es para dormir —me dijo un bedel.

# Autoterapia

JULIO VAREA EZQUERRO

—Hola, hoy es la última sesión del «grupo N», grupo NORTE. Este taller en torno al arte de distintas personas que nos reunimos dentro del programa «Enseña-Mimen» del museo. J.J., haznos un resumen del año del grupo.

—Hola soy J.J. Llevamos en este grupo de forma presencial como un año, antes vía plataforma Zoom.

»Es un grupo que hereda parte de gente de otros proyectos del museo como “Autoterapia” o “Te dedico este cuadro...”, o “Empoderamiento por el arte”.

»En septiembre definimos ¿qué es para ti el arte?

—Emoción, sentimientos, crítica, divertimento...

—Y RESPONSABILIDAD SOCIAL..., algo tendremos que decir de lo que está pasando en este comienzo de siglo XXI...

—Deberíamos hacer una PERFORMANCE, GRITAR al mundo, al PLANETA, el otro día en un sueño un caballo rabioso saltaba de un cuadro...

—Ya está J.J. con su surrealismo... Vale, el que quiera que manifieste su expresión artística...

—Hemos pintado acuarelas, hemos visto mover sentimientos con las pinturas. Hemos grabado un vídeo, J.J. ha leído poemas suyos delante de cuadros...

»Hoy está con nosotros Jerzy Haimhard Virybay Bru, un chico ucraniano y ruso que lleva unos meses en el instituto Iturralde de Aluche, bienvenido.

»Jossy. Perdón Jorzy, ¿qué es para ti el arte?

—Jota...

—Sí, es que yo cambio las palabras..., como tengo un trastorno de personalidad anancástico...

—No pasa nada... Soy Jerzy, Jorge, o Jordi. Nací el 23 de abril, día de san Jorge, de madre rusa, padre ucraniano, pero mi abuelo era alemán, de origen vasco, por eso hablo español, polaco, ruso, ucraniano y entiendo euskera. Hace cuatro meses que estoy en España, en casa de mi prima Tania, que me ha acogido.

Una neblina de infancia violada parece cruzar por delante de sus ojos, como si las lágrimas de una lluvia amarilla, infinita, lo nublaran.

—Me recuerda a platero blanco, algodinoso...

—Ruso, ucraniano, polaco, español y vasco.

—MENUDA SOPA DE LETRAS... Je, je...

—Perdón, no quería molestar...

—Por favor, J. J., esto no es un teatro ni una película..., un respeto.

—Yo no he insultado a nadie...

A Jerzy casi se le escapa una sonrisa...

El educador pone una cara de cabreo, parece salir humo de su camiseta negra. Es un educador blanco, pero casi siempre viste de negro, pantalones negros, camiseta negra. Es un Gargamel del arte.

Unos segundos de aparente tensión y Jerzy parece romper el silencio, como si la sonrisa le arrancara las palabras...

—¿La gastronomía también es arte, cultura, no, Jerry?

—Mi abuela hacía un pollo al horno con cerveza. Aquí el pollo con cerveza es diferente, como la cultura. En Polonia se vacía el pollo, se le mete dentro una botella de cristal de cerveza abierta y al horno. Toda la carne sabe a cerveza, pero el líquido nunca la rozó.

—Sí..., estará buenísimo. Lo he visto en internet, con un tercio de Heineken. Ironías de la vida.

—Muchas veces las cosas no son lo que parecen.

—O sea, un pollo a la cerveza en Polonia sabe a cerveza, pero nunca el líquido rozó la carne, solo fue el olor... y dio el sabor a cerveza. Nadie sabía que el pollo se asaba en el horno, pero todos

comían pollo asado a la cerveza... Mi cerebro no para, me muerdo la lengua...

—Pero el dolor del pollo... puede ser infinito...

—Ya, pero ¿cuál es el etanol que emborracha la sociedad de odio gris oscuro, cuál es el drama del arcoíris azul? ¿Ser negro o ser arcoíris?

(Risas...)

—J. J....

—Es que estoy un poco maníaco, vamos de subidón. Tranquilo... No me tiro del noveno B, ni a la vecina... Ni me siento Stevie Wonder... ¿Cuál es el colmo de un ciego? Vivir en el noveno B y tener un trastorno bipolar...

—El humor es importante, es la mejor medicina del alma, mejor no fiarse de las pastillas, ni de los psiquiatras. Si mandaran los locos...

—Yo hago poesía del absurdo, lo normal en este mundo de tarados...

—Hoy está planeado subir a la primera planta del museo, coger una banqueta cada uno y pintar cuadros que nos sorprendan. Bajaremos al taller, daremos colores y lo explicamos.

—Yo he hablado de la responsabilidad social del arte en este siglo XXI, de sentirse diferente y el odio amarillo, que sube de los abismos, en las plumas térmicas que calientan los volcanes del odio, los terremotos sociales. Me sorprende este cuadro, *Caballos salvajes*. Recuerda a los caballos del *Guernica*, retorcidos.

—A ver, J.J., puedes leer lo que has escrito, pero resume, por favor.

Jerzy también se ha parado en el mismo cuadro y ha escrito algo...

—La magia del buscador Google nunca para de sorprenderme, y una búsqueda te puede llevar a lugares insospechados: al pasado, al presente o al futuro. Cuando busqué con la palabra «carcanguete», un apodo de mi pueblo, mis ojos se volvieron abismos. Apareció una página de memoria histórica del río Oja, «La hoja roja». Nombres,

apellidos, apodos y localidades. Fosas comunes... Allí estaban los hermanos Carcanguetes, y Zacarías Carabinas.

»La familia de mi abuelo Julián, eran tratantes, los Carabinas. Iban de feria en feria comprando caballerías. Mi cerebro asocia cosas raras, colores, sentimientos, olores, visiones...

»Tengo anestesia.

—Será sinestesia —dice el educador del museo.

—También me obsesiono, no paro de rumiar, como una vaca azul, el caballo azul loco de Lorca, Frank, el sueño..., dos caballos azules. ¿Todo coincidencias? En *Obras Completas de Lorca I* el azul aparece más de cincuenta veces, y apenas una veintena de versos «amarillos».

»Mi abuelo, tenía otro hermano mayor, Zacarías. En la casa que nació estaba la cuadra. Supongo que allí debió ser el interrogatorio, con poca luz.

»Recuerdo el lugar oscuro y tenebroso. El olor a cieno. Tuvo que ser un interrogatorio como esos sin sentido de las guerras, no era necesario ni preguntar. Igual a Zacarías, el Zotal, ni le dejaron contestar respuestas en silencio. Sobraban las palabras.

»Los limacos en los pueblos se conocían. Todos se conocen en los pueblos.

»Ellas eran mucho peores. Tenía muy mala fama la Zambomba. Creo que la llamaban así porque nació en Pamplona. Su madre sufrió demasiado... No estaba clara su paternidad, decían que pudo ser un Carcanguete, el hijo del sereno, el Pistolas Azules.

»¿Dónde va el Zotal Rojo, a desinfectar las pezuñas de los burros del pueblo?

»Los Pistolas azules arrastraron muchos rojos. Y el rumor como humo negro bajaba desde los badajos de la torre de la iglesia. No acababa de entender bien las palabras de mi abuelo. Yo creo que cada vez que entraba en la cuadra una telaraña le cubría el cerebro. “Eso es la guerra, tú también estás siempre en guerra contigo mismo, eres especial”.

»“Abuelo, ¿ya estás en tu nebulosa otra vez?”

»Él me miraba y sonreía, con esa paciencia de la tristeza...



»A los Carcanguetes los agarraron en Yerga, escondidos en las ruinas del monasterio cisterciense. A las doce de la noche, no eran monjes del “Miserere”, y no les disparó Bécquer.

»La Zambomba calcantina, como la llamaba el boticario, era como la roca, infinitamente azul, azul calcantino, el azul de los mantos de las vírgenes de Murillo en el Prado, como le decía el Machete, el pastor poeta.

»Esa tiraba de tijeras, ¡cómo clavaba el cuchillo! Lo peor era el odio a sí misma.

»—¿Eres rojo?

»—¿Estuviste hace dos noches en la bodega de los Carcanguetes?

»—¿Quién más estuvo en la cena, el Cachiruelo, el Cuello Corto, los Apargatones?

»—Venga, habla, Carabinas, *pa* lo que te queda en la cartuja...

»—MÉTETE A BRUJA..., ja, ja, ja, ja...

»—Esto va en serio, y tú lo sabes, no eres tonto. Al contrario, eres muy listo, hasta hablas el caló y regateas con los gitanos en todas las ferias.

»—Pero a nosotros no nos la pegas. Si hablas igual te metemos en un convento, je, je, je...

»—¡¡¡Habla, CABRÓN¡¡¡, dinos, ¿dónde se esconde el Guardiacionero? No ha salido del pueblo, y TÚ LO SABES, SEGURO..., eres su mejor amigo...

»—Si nos lo dices, no te clavo mi cuchillo. La Zambomba no es tan páfida... o solo te lo clavo en el muslo... Ja, ja. JJAAJJJ... TÚ DECIDES...

»Debió ser un interrogatorio sumarísimo, un intento de suicidio, como hicieron con Sócrates, que fue un asesinato. Eso de darle la cicuta era un asesinato.

»Sonó un tiro seco, en la cabeza, y la Zambomba, al grito de "MUERTE A LOS ROJOS" sacó un cuchillo y lo clavó varias veces, era su seña de identidad. La paja se tiñó de rojo. Los tres burros casi ni se inmutaron, miraron asombrados, sin saber muy bien qué pa-

saba, sin entender a los humanos. Una yegua blanca, la Carabinas, que llevaba décadas en la cuadra, se volvió medio loca levantando las patas y relinchando.

»—¡¡¡VAMONOS DE AQUÍ!!!, la bestia se ha vuelto loca...  
—gritó La Zambomba.

»El fascista delgaducho agarró a mi abuelo por la solapa, le puso la pistola en la cabeza...

»—TÚ..., ¿cuántos años tienes?»

»—Once.

»—Te libras porque tienes once años.

### *Apéndice.*

*Terminamos esta obra de teatro leyendo algunos poemas en el museo. Recordando a poetas de tierras que sintieron amor por encima del odio. Nos acompaña la embajadora de Polonia, gran hispanista, para recordar el sufrimiento de su pueblo.*

*«Hola, encantada de estar en el museo Mimen, es un placer estar aquí, recordar el horror de la guerra, de todas las guerras.*

*Delante de estos Caballos salvajes, unas palabras de nuestro premio nobel, la poeta polaca, Wislawa Szymborska, su ironía es en este siglo XXI muy necesaria».*

### *Fin y principio*

Después de cada guerra  
alguien tiene que limpiar.  
No se van a ordenar solas las cosas,  
digo yo.  
Alguien debe echar los escombros  
a la cuneta  
para que puedan pasar  
los carros llenos de cadáveres...

Todavía habrá quien a veces  
encuentre entre hierbajos  
argumentos mordidos por la herrumbre  
y los lleve al montón de basura.

Como dice Jerzy,

Habrà que buscar jardineros  
de geranios amorfos  
que rieguen  
los olivos del olvido  
al borde de los caminos.

Muchas gracias.

*Horror en el abismo 22*

Entre horror y miedo  
he vivido unos meses.  
Insólito silencio,  
amapolas verdes.  
Entre calor y viento  
yo, y el cielo,  
ciruelo azul y amarillo  
melocotonero.  
Entre dolor y miedo  
he subido a la luna  
y bajado a los infiernos.  
Entre dolor y miedo,  
golpeado, masacrado,

de noche, y al alba,  
sigo viviendo.  
Entre horror y anhelo,  
rejas invisibles,  
que vivo porque no quiero.  
Entre dolor y miedo,  
entre suelo y cielo  
he plantado margaritas azules.

—Hola, soy Jerzy Viribay, vengo de Ucrania. Yo he pintado un cuadro basado en *El sueño*, de Frank Kafka. En el centro hay una mujer sentada, como soñando. Alrededor dos caballos azules, un león, una casa amarilla. En mi cuadro en el centro hay dos girasoles que sueñan. (Cuadro: *Girasoles resplandecientes* de Emile Noble. 1936).

Mira al infinito, con una mirada que rezuma tristeza, y a la vez, entereza.

Jerzy, en el escenario del Centro Cultural García Lorca de Aluche, resuelve un misterio que intuía. Por primera vez, se levanta las mangas de la camisa. Se observan esos finos troncos con sus anillos que los rodean.

Quiere llorar, aguanta las lágrimas.

Ya no huyo,  
no me escondo  
tras el humo.  
En este oscuro  
mundo del  
ser humano.

Los aplausos no paran de gritar, no se cuentan los minutos. Abrazos. Suena Chopin. En el escenario se proyecta una imagen de un cuadro, nubes blancas, grises y azules.

Emil Nolde  
*Nubes de verano*, 1913

# Ucrania

JOSÉ LUIS MÉNDEZ RODRÍGUEZ

Alguien quiso quemar la hierba. Alguien supo abatir los pájaros. Duelen sus botas, sus pisadas, sus obuses. Las manos aferradas a los huesos. Toda la noche forcejeando con esta idea. Cuando una rosa disipa lo absurdo de la existencia, cada albor puede ser el último. Alguien quiere torcer el horizonte. Alguien procura limar nuestras montañas, beber de un sorbo el agua de los ríos. Fuego y muerte entablan un acuerdo. La paz implora bajo las rodaduras de un tanque, la libertad se encierra en las criptas de la infancia. Toda la noche discutí con el silencio. ¿Qué puede un verso contra un misil? ¿Solo llenarlo de lágrimas? ¿Y qué haces tú, que te quejas del atasco y del mal tiempo? ¿Qué haces tú, que te aburres sin tu Netflix? Toda la noche forcejeando con esta idea. Alguien reduce la razón a escombros..., alguien borra del mapa la alegría... con el único argumento de sus balas.

Abre el libro en la página cuarenta. Míjala, acaríciala con suavidad. Haz el favor de separar las letras y reordenarlas. Que ponga Ucrania, Dombás, Crimea. Contempla sus agrupaciones de sílabas, considéralas soldados que buscan defenderse del absurdo, de la atrocidad venérea de las balas. Presta atención: los misiles son fálicos, machistas. Si al menos atacaran con vaginas..., habría dónde esconderse.

No bombardeen la prosa ni la poesía, ni el ensayo ni el drama. No quemen libros como si fueran objetivos militares. Muchos militan, eso sí, en la gran literatura. Como Kurkov, Yalovi, Matios, el gran Gógol y el mayúsculo Schevchenko. No se equivoquen. Estas son armas de construcción masiva. Claro que las ideas, para los zafios, son crímenes de guerra. Claro que la verdad, para los brutos,

es netamente fascista. Tengan presente que las pesadillas llaman por teléfono. Que el odio hace planear sus drones como un niño su cometa. Acosan la razón cuando dormimos, hostigan su linaje y tan contentos. Sueño o no, la muerte está más viva que nunca. Y no solo los vivos mueren en la batalla.

La lucidez primordial, los pájaros de luz que son ciertas ideas, algunas de voz aguda, otras que cantan innecesariamente bien, otras que abrazan el bipedismo, lo que libera las manos para hablar y así decirte lo que pienso de tu melancolía, Ucrania. Sé que eres mucho más propensa que yo a sentirte atraída por gente que habla de su tierra; mientras que yo, ya sabes, caigo en los brazos de mujeres que huyen de algún sitio. Tampoco olvides que el *homo faber* fabrica máquinas y herramientas y que esas máquinas y herramientas son veleidades del ego.

Lo más terrible: la hambruna del que sueña, el mundo como no se mira. El arca de Noé sin animales, la imagen que no imagina, los feroces saltos del amor, la guerra fría de tus manos, las bofetadas del viento que nos devuelven a la vida. Y esta sombra que me sigue a todas partes, pero que es de otro.

Poemas contra misiles, sueños contra el arte de hacer la guerra. Y toda esta Mariúpol de soledad y devastación que ahora brilla en tus ojos. Así como los enamorados arrojan índices de cortisol más elevados, las personas tristes se diluyen lentamente en las cenizas. Ven y deja, Bogdana, que te abrace. Permíteme que muera contigo una vez más.

¿Qué tango quieres bailar ahora, Bogdana, en plena guerra, cuando cadáveres y escombros se amontonan en las calles? Mientras caigan las bombas es difícil hacer un firulete. Esto no es Buenos Aires, no hay avenida Corrientes que te lleve hasta mi casa. Sangre y llanto es lo único que suena. Los misiles les quitan la razón —ya lo sabemos, Bogdana—, pero no el poder. La cumparsita ablandó el telón de acero. Ellos bailan también a su manera. Ellos tienen a Osina y Mayorov. Volveremos a bailar cuando termine, cuando ya no se cai-

gan las paredes. ¿No ves que estamos a oscuras y hace frío? Si al menos fuera todo a media luz, a media luz los besos, a media luz los dos.

Ir buscando otro sitio donde amanecer, dejando atrás la euforia y los recuerdos, no es traicionar a la patria. La patria no quiere a sus hijos muertos. Ir buscando otro cuerpo donde vivir, otra mente donde plantar tus plantas, no es traicionar al amor, es solo seguir viviendo. El amor nos hace olvidadizos, vulnerables, inseguros; nos acelera el pulso, nos hunde en lugares sórdidos. Como la guerra y la locura es algo irracional, deforma la realidad, sella los ojos y no es sueño; no obedece a las leyes de la razón, tampoco a las del universo. El amor no debiera estar ahí, como tampoco la muerte. Pero está.

El dolor está en el cerebro, la guerra está en el cerebro, la vida misma está en el cerebro, el alma está en el cerebro, todas las noches y los días están en el cerebro. Hasta la misma muerte, de algún modo, solo existe en el cerebro.

En mis viajes al amor, me han asombrado más las mentes que los cuerpos, las manos que las sonrisas. Las manos nunca fingen. No hay gestos impostados, premeditadamente engañosos. Pero los días se hacían un misterio y, gracias a Dios, viajábamos... Las cúpulas doradas de San Miguel, los castillos de madera de los Cárpatos, la catedral de Vladimir, la viveza del Dniéster, la belleza atolondrada del Donetsk. Hoy todo teñido en rojo.

Uno escribe con sus ojos. Deja huellas en el paisaje, deja su paz y su guerra, su libertad precaria, fingida. Uno escribe por no temer a estar solo. La luna llena, por ejemplo, es un dibujo de la soledad, el viento que gime en la enramada, es el *hit* de un solitario. ¿Eres consciente de lo que miras? Domesticar el pulso para trazar lo infinito. Dibujar otra vez el círculo. Un círculo es un lugar. Rinok Square es un lugar. El bulevar Primorsky es un lugar. La intimidad es un lugar, lo sagrado es un lugar, tu cuerpo es un lugar, lugar sagrado, por cierto, a veces tan sagrado que no me atrevo a tocarlo.

Sin más música que el viento ni espacio que la soledad... Los amantes glorifican el lecho, arrojan sus intimidades al suelo del pa-

sillo que conduce a la cama; los abrazos son ficciones que predicán vanamente los ojos. Dejan hablar a sus manos, desordenar el tiempo como lo hacía yo con tu cabello. No escribiré su nombre. El deseo se lleva el gato al agua, sus irreverencias palpitan en los búnkeres del yo. ¿Los chopos bailan o se estremecen? Por la ventana veo una luz sin nombre. Celebremos su ternura.

Nadie debería amar con las manos ensangrentadas. Nadie debería besar sin prometer ternuras. Tus ojos se llaman noche. Tus ojos siempre han sido la muerte que me observa.

Imagina que tu caricia es limpia, igual que una ilusión, igual que los retretes de la pureza. Limpia, fija y da esplendor. Imagina que tocarte es conocer, tal vez sentir... un Himalaya en los dedos. Imagina que llego a la estación de invierno, con mi anorak y con mis botas forradas; imagina, por último, que la tormenta fuera una canción adolescente..., que el bosque fuera otro lugar sagrado. Imagina que pronuncio a tientas el nombre de la flor que crece entre tus piernas y que rozo con la yema su pistilo. Imagina que lo imagino. Jamás bailamos tango sobre la arena, jamás nos abrazamos con el viento; sin embargo, es eso lo que siento cuando duermes.

En lugar de concentrarme en un objeto hasta saberlo todo sobre él, miro tu cuerpo bailando junto a la ventana. Epifanía de luz y sexo. A mí me gusta Queen y a ti te gusta Queer. Yo soy más de tango y de *Mi noche triste*, como el vino aquel nunca vino, bandoneón arrabale-ro. Sabemos que allá en Pompeya un pedazo de barrio nos unió en el terraplén. Sabemos que un vendaval de ideas puede arrasár la mente. Pero ¿qué sabemos a ciencia cierta tú y yo de nosotros? Una canción suicida desciende por la escalera. Y tengo un güisqui en la mano, que me hace sonreír.

Ya vamos por el día treinta. Tus ojos son dos carbones, tus manos tiemblan como carteles desvencijados. Te cojo de los recuerdos y acaricio tu mano; abrazo tus memorias como si fueran mías. Huele a una esquina en Kiev, a la plaza de Iván Franko, donde tus ojos me repiten miradas de Spartak con crema de chocolate; me transportan



a la iglesia de San Andrés: tus sentimientos son como los monjes momificados del monasterio de las Cuevas. Mira esta foto en la casa de las Quimeras. Mira esta otra abrazando el busto de Yakovchenko. Hasta la misma estatua tiembla bajo las bombas.

Yo, un hombre de cristal y tú, una mujer de cera. Uno odia la gravedad, la otra el fuego. Tenemos que aprender a no asombrarnos de estar juntos, no es un milagro ni una mala idea esto de estar juntos, estar listos para viajar, para comer con tu familia gelatina de pescado. Hagamos sopa de remolacha. A mí el salo no me gusta. Tengo colesterol, seguro que lo notas cuando me besas. Tenemos que aprender a ser más fuertes, tenemos que aguantar en estos sótanos de la locura. ¿Y cómo nos hacemos fuertes? Queriéndonos como sea, recordando los momentos lindos. Como aquella tarde que nos besamos bajo la puerta de Liadski y san Miguel arcángel se cubría el rostro de vergüenza.

Una gramática de la violencia no mide nunca las constantes vitales del odio. Un manual de estrategia militar no mide nunca los daños colaterales. Largo y estimulante es el viaje del peregrino, triste y gravoso el del refugiado. Pero los dos aprenden.

La destrucción, el hambre, la supervivencia, lo perdido de un bombazo, la desinformación, la bala esquizofrénica, los misiles suicidas, los tanques cañoneando el alma, búnkeres y kaláshnikovs, la ciudad fantasma de Prypyat, mi promesa en el castillo de Jotín, el lago Synevyr, el túnel del amor en Klevan, tus portentosas piernas en Dubno, los silos de Chernóbil, los amores radioactivos... VOLVERÉ.

## *Canción para Bogdana*

Nadie puede detener la muerte atrasando los relojes.  
Nadie puede ocultar su furia rompiendo los espejos.  
Ni menos cambiar la Historia quemando campos de trigo.  
En las arenas movedizas del amor y de la guerra,  
¿puede un cuerpo confiar en otro cuerpo?  
¿Podrá sentir su piel, su peso, su dolor?  
Cambia el aspecto, pero no la esencia.  
Como todo el que ama, siempre muero joven.  
El tiempo es la energía que crea y que destruye.  
El miedo es ese abismo terrible entre nosotros  
más hondo que los mares, más alto que los cielos.  
De aquí la lasitud, el duelo, el desatino.  
Nunca podré saciarme solo con tu nombre  
ni detener mis pasos que corren hacia Odesa.  
Te he visto acariciar la nada con mano compungida.  
¿Cómo tatuar tus pasos en el maléolo del viento!  
El dolor y la muerte copulan bajo escombros.  
¡Oh mundo que promete y nos hunde en su miseria!  
Aquí campeaba un puente, allí un colegio, un teatro.  
De la ciudad con sus soles solo queda oscuridad.  
¿Dónde estarás, Bogdana, qué mirarán tus ojos?  
¿Sabes que la guerra mata con las manos del indiferente?  
Hay tantas cosas que decirnos leyéndonos las manos.  
Hay tantas noches que llenar con el brillo de tus ojos.  
Pero nadie puede detener el tiempo rompiendo los relojes.  
Ni ocultar la destrucción con sueños y poemas.

# Poema a Lyudmyla

JORGE PAVÓN ÁLVAREZ

Tantas horas y más de cien días de guerra...  
Cuánta esperanza de acabar todo «esto».  
Quiero por fin ver Rusia perder y Ucrania vender trigo  
Y vencer a todos.  
Y después de cobijarlos andar sobre la compasión.  
Ver a mi amiga Lyudmyla sonreír al fin para siempre.  
Lyudmyla es mi amiga en la realidad, es ucraniana.  
Es amiga mía de hace ya un tiempo largo, «mi amiga».  
Espero que pronto vea a su familia  
Que tanto ha esperado durante más de cien días de horror  
Pero también de Esperanza.  
¡Acaba ya, Putin! ¡Ríndete!  
No quiero terror en Dombás ni Mariúpol ni Karkiv.  
Acaba «esto». ¡Ríndete ya! Has perdido todo ¡ya!  
Para que tu «orgullo osado» y soberbia mueran  
Quiero que el «Ruso» dimita ¡ya!  
Vladimir no has ganado nada.  
Pero viva el país de nuestra amistad con el Este europeo.  
Ucrania, resucítalos a todos; ¡¡Dios sálvalos a todos!!  
Gritad libertad allí en el ESTE.

# Heridas de una guerra

SONIA DE MIGUEL ANDRINO

Había una pareja que se fue de Ucrania a otro país porque había bombas y por eso se fueron a otro sitio, a empezar de nuevo en otras latitudes; no querían irse de su país natal, pero bombardearon su piso y decidieron irse de allí y viajaron a Madrid con sus hijos, fue sin duda lo más cruel de la historia, el no saber muy bien a dónde marcharse, lógicamente no querían irse de Jarkov, pero con sus hijos llorando y todos muertos de hambre y viendo lo mal que lo pasaron todos pues no les quedó otra opción; pero por fin estaban en Madrid, ya no iban a tener hambre nunca más. Pasaron todos juntos a un paisaje estupendo, allí conocieron a una pareja de Madrid y les dijeron que se fueran con ellos porque sabían que venían de una guerra muy cruenta con muchos muertos y heridos.

—Nuestra casa está totalmente bombardeada, hemos ido a Madrid con mis hijos, no sabía dónde ir, toda la vida en Ucrania, y ahora pasa esto ahora mismo, que teníamos un bar bombardeado y tiroteado y ya no podíamos aguantar más.

La pareja de españoles se ofreció a ayudarlos.

—Así viviréis en paz sin pensar en nada más que no seáis vosotros.

—Ya lo veréis cómo vais a estar tranquilos y en paz.

—Ya pensábamos que acabaríamos en un albergue.

—No, mujer, tú eres como yo, lo que pasa que esta sociedad acoge a quien le da la gana, pero no te preocupes que tienes derecho a todo esto, es la libertad que tenemos cada uno —le dijo la chica española a la ucraniana.

—Menos mal, hemos perdido unos familiares, mis padres murieron en Ucrania y no podíamos hacer nada, yo quería quedarme en

Ucrania, pero no se ha podido hacer nada, hemos sufrido lo impensable, mis padres murieron y no nos hemos podido despedir como se debe hacer. Hemos sufrido mucho y no puedo soportar la idea de lo que hemos tenido que aguantar.

—No, mujer, existen tus derechos que los tienen que defender. Además, tu libertad es tu sentido del humor.

—Sí, claro que lo tengo, pero me han hecho tanto daño que no quiero sufrir como propias las heridas que he sufrido por mi país de donde procedo y donde mis allegados morían en tiroteos y yo no podía hacer nada por ellos. Aquí tengo mucha libertad, además les tengo a ustedes y si no hubiéramos abandonado Ucrania para venir a Madrid me hubieran quitado mi libertad que ahora tengo. Ahora estoy de voluntaria ayudando a personas que están como yo, pero mis hijos comen comida caliente y mi marido trabaja como conductor aquí en Madrid y la verdad, no puedo quejarme porque además hasta veo la tele.

—Yo echo la mano a quien me pide ayuda y además yo recibo a los necesitados como toda mi sinceridad y sin tabúes, es mi forma de agradecer lo bien que se han portado los españoles conmigo. La libertad es de aquel que quiere ser dueño de sus palabras y además no hace más cosas de las que puede.

—Manuel, yo Libertad me llamo.

—Qué curioso tu nombre, representas la propia felicidad en el ser humano.

—Sí, es bonito, representa una mujer sana que ayuda a las personas que más lo necesitan, pero luego se aprovechan de ella porque no quieren más que dañarla y ella es pura y buena persona que necesita su ayuda, la ven como una mujer buena bondadosa y la ven como un ser humano puro. Pero esa mujer no soy yo, a mí, mis padres me pusieron libertad. Vieron esa mujer pura que salió de la iglesia para hacer el bien y ayudar a las personas que lo necesitan para hacerles el bien, y no el mal.

—Pregunté a Manuel por su trabajo y este me dijo que no se podía quejar porque trabaja de lunes a viernes de 8 a las 18 h.

—Cuando estábamos en Ucrania era un terror trabajar allí porque era de las 8 de la mañana a las 8 de la tarde o incluso más tarde se salía de currar, no tenía mis derechos, solo currar y producir, que es lo que tenía Ucrania. Mi casa no estaba nada mal, estaba a gusto. Mis hijos, ellos iban a la escuela y yo al curro, además mi mujer no trabaja porque ya la puedo mantener. Eso es machista y no lo soy, si mi mujer quiere trabajar pues adelante, otro sueldo más, pero, a su pesar, tiene una discapacidad de la espalda que no le permite hacer mucho esfuerzo para trabajar.

Libertad decía que ella quería trabajar y ganarse la vida como su marido.

Le hacen una entrevista y la cogen para hacer auxiliar administrativo.

El trabajo es por la mañana y se preocupa porque no sabe qué va a hacer con sus niños.

Menos mal.

—Libertad, así te llamas, pues qué bonito nombre; y ¿qué paso en Ucrania?, que me he enterado de que te fuiste y no pudiste llevarte nada.

—Sí, Libertad me llamo, así es, no pude traerme nada, pero aquí me he encontrado con gente muy agradable y me han ayudado mucho con la ropa y la comida; no sabía que aquí en Madrid había gente tan grandiosa que me han ayudado a mí y a mi marido, estoy en un hotel, pero pago lo que gasto, me ha dicho mi marido que nos vamos a ir a otro sitio más seguro en un hostel y que es mejor para mí. Pues si lo dice mi marido, así será.

—Libertad, si no quieres, no te marches de aquí.

—Sí, me marcho de aquí.

Manuel llega a casa y se tiene que hacer la comida, pero como siempre se la tiene que hacer su mujer. El trabajo de auxiliar administrativo le va muy bien, está contenta y además va solo por las mañanas.

—No he podido, luego hago las cosas del hostel, solo me tienes

que pagar el tiempo que estés aquí, me dijo mi marido que íbamos a estar aquí un tiempo.

—No te preocupes, Libertad, que lo hablo con tu pareja, Manuel.

Manuel habla con la señora del hostel y le aseguró que iban a estar tiempo porque los alquileres en la calle están muy caros.

—Además, mi mujer está trabajando por las mañanas y está muy contenta.

—¿No has discutido nunca con tu marido?

—No, nunca, hemos tenido una relación estable y unida.

La casera les preguntó si habían sufrido mucho en Ucrania.

—Sí, estamos aquí disfrutando tanto de la libertad que tenemos que aquí que podemos hacer lo que queramos. Trabajo por la mañana y, por cierto, ya me dirás cuándo tengo que pagar los doscientos euros al mes.

—Me dijo Manuel que ibais para mucho tiempo aquí.

—Nuestros ahorros están en los bancos, pero cuándo empezaron los bombardeos nos quedamos sin dinero. Solo el trabajo de mi marido y de usted, que además me da comida, aseo y ducha caliente. Muchas gracias por ayudarnos a mi marido y a mí. Gracias por vuestra inestimable ayuda. Aquí en Madrid son muchas las personas que son muy generosas, los españoles nos ayudaron en lo que podían, gracias por ayudarme, son muy generosos, nosotros vivíamos en su casa, así estamos también contentos por estar viviendo en un hostel en el que pagamos solo doscientos euros al mes y además me da la comida casera y ropa lavada y seca.

Manuel llegó:

—Ya estoy, mujer, vamos a dar una vuelta y a compramos una nevera que no quiero abusar de la casera después de lo bien que se porta con nosotros. Bueno, mujer, pues lo que digas, está bien, así ya la tenemos para nosotros.

La casera se dio cuenta de que habían comprado una nevera más grande.

—¿No te importa?

—He puesto la televisión, vuelve a haber bombardeos en nuestro país.

Libertad empezó a llorar como una magdalena y su marido trató de tranquilizarla haciéndole ver que tenían un techo y un trabajo y que eso ya era tener más que mucha gente.

Libertad dijo que era terrorífico para ella ver lo que pasaba en su país después de casi medio siglo viviendo allí.

—Me da mucho miedo volver y vivir con el terror permanente de cruzarme con los militares, me decía que me calmara, que no pasaba nada, menos mal que no pasa nada que si pasara... que esto no era nada, nuestra casa destruida por los militares, los supermercados destruidos. Estamos muy bien aquí, tú estás aquí muy bien, yo sigo teniendo pesadillas que no me permiten dormir.

—Mujer, pero por qué no lo hablo contigo.

—Porque me da lo mismo hablar o no, estoy superilusionada con Madrid, nos acogieron con los brazos abiertos los españoles y estamos agradecidos por ello, pero a mi casa ya no puedo volver porque la han destruido y encima todos mis queridos familiares están muertos, Menos mal, Manuel, que, aunque destruyeron tu familia y la mía, tú, tus hijos y yo seguimos juntos pese a la guerra.

Manuel se va a dar una vuelta con Libertad y ve unos animalitos andando y expresó su pena por verlos vagando por las calles y que no haya seres humanos que los puedan acoger en sus respectivos domicilios.

—Usted si quiere me puede denunciar a la policía.

—Y a usted qué le importa si yo le doy de hostias a mi mascota.

—Manuel, se mete usted donde no le importa, métase en lo tuyo, es mi problema, no el suyo.

—En Ucrania podemos aguantar sin comer, pero sin beber es imposible aguantar. Hemos pasado un brutal infierno y aún no me creo haber encontrado casa y comida en España.

—¿Ves, mujer? Tú eres desconfiada y eso es lo normal, pero aquí,



en España, olvídate ya del sufrimiento, quizás no podamos volver a Ucrania nunca. Ya nos saldremos con la nuestra.

Libertad llega a su trabajo, sus jefes están superencantados por tenerla y le dicen que es una profesional y que esperan que ella también esté contenta.

Libertad dijo que estaba supercontenta y agradecida en el trabajo y con sus jefes. Manuel llega a casa y dice que está tan cansado que va a pedir una *pizza* y a ir a dormir.

—Me han dicho los jefes que están contentos conmigo, eso me sirve para seguir esforzándome.

—Yo salgo a dar una vuelta a ver si veo a la casera y puedo ayudarla.

—Perfecto, mujer, cuando quieras ayudas a la casera.

—Y además cocinar, que cocino de maravilla. Ya verá cómo consigo ayudarla.

La casera le dio su confianza para ayudarla en coser para sus clientes.

# Afortunadamente existe Mariela

MARTA VELASCO GONZÁLEZ

Afortunadamente existe Mariela. Porque Mariela pone todos los domingos su puesto en el mercadillo dominical y atiende a su público. Todos la conocen en la comarca, saben de su dolencia y, al conocerla, no le tienen miedo. Quieren ayudarla y eso les ayuda, aparte del hecho de que Mariela entretiene a sus hijos.

Los niños, que suelen ser los miembros más inteligentes de cada familia, la adoran. Y ella a ellos. Se sientan en los bancos que hay alrededor de su puesto y les cuenta muchas de sus vivencias, como cuando domó al mar o cuando se dejó llevar por la espera, y la miran ensimismados porque habla otro lenguaje, mágico y bueno, y pone a volar su imaginación, y hay algo en su mirada que ellos no encuentran en sus padres, tan cuerdos...

Ha sido diagnosticada de esquizofrenia paranoide por los servicios de salud mental, que sí, que no digo que no, pero menos mal que existe Mariela, y los locos, que según los estudios solo cometen el 10 % de los delitos de violencia criminal, lo que quiere decir que la gente «normal» comete nueve veces más crímenes, así que menos mal que existen locos... Ojalá hubiera más... No tenemos esa suerte...

Nos despistan porque nos enfrentan claramente a la incertidumbre que suponen los demás, pareciendo más incontrolables que el resto de las personas, pues no se sabe por dónde pueden salir... Como si los «cuerdos» no salieran por peteneras continuamente; matando a sus mujeres, a los hijos, violando, robando con violencia y sin, maltratando a los niños o a los animales... Los grandes directivos de las

fábricas de cosméticos no estarán locos, pero ojalá lo estuvieran un poco más y así no abrirían sistemáticamente el cráneo de los perros para experimentar con ellos... Mariela es un ser especial quizá por eso, porque es buena. No hay gente más buena que los locos, eso dice siempre su psiquiatra... Mariela se cruza en el pasillo de su centro de salud mental con Robustiana, que llega a la consulta con su marido, Paco, que siempre la acompaña y entra a la consulta con ella, y ella se queja al doctor porque está harta de que Paco, que ya tiene ochenta y seis años, esté siempre metido en líos de faldas con las vecinas, que ahora se había liado con la del cuarto, de ochenta y nueve años, y no estaría del todo mal si no fuera porque la semana pasada le puso los cuernos con la de abajo, de veintisiete... El presunto infiel, sentado a su lado, viejo, tuerto, gordo y calvo ni siquiera contesta, ya son cincuenta y dos años de celotipia esquizoide —que en lenguaje vulgar son celos patológicos—, pero él la quiere. Porque aparte de eso es buena, alegre, divertida y ama a su familia por encima de todo, y lo cuida... Y si además piensa que es un hombre absolutamente irresistible para todas las mujeres, pues eso también es bonito para él, puesto que la única que lo ha mirado con deseo en toda su vida ha sido ella... El psiquiatra no la mira raro, todo lo contrario, la escucha, y sabe que ella sufre creyendo en esas infidelidades...

Mariela también sufre, por ejemplo, cuando un desconocido la mira como a una loca en su «Puesto de las Tensiones», que es como ha denominado a la mesita que el ayuntamiento le ha permitido poner en el mercadillo sin cobrarle nada porque saben que ella tampoco lo hace.

En su puestecito hay muchos botecitos donde uno puede llegar y depositar su tensión con la suegra en el bote de Tensiones con suegra, o el de Política —de ese tuvo que poner varios porque se llenaban enseguida—, el de la Ira o el de Herencias... Y los vecinos se acercan y Mariela los escucha y encierra sus palabras en el bote que corresponda.

Afortunadamente existen pueblos en los que los locos pueden vivir sin ser vilipendiados y machacados, no como en las grandes

ciudades, donde los encierran y atan para que no molesten a la vista de sus transeúntes, que para eso pagan impuestos.

En los pueblos conocen sus orígenes y saben, por ejemplo, que la madre de Mariela no sobrevivió al parto, y que el padre no sobrevivió a su muerte y se metió en la cama sin salir y sin hablar durante casi treinta y siete años. Y, desde pequeña, Mariela se sentaba al lado de su padre y le hablaba el lenguaje de los locos, que nadie entendía excepto ellos. La cuidó un poco —tampoco mucho— su tía por parte de madre, que no le perdonaba la muerte de su hermana, pero con alimentarla le pareció suficiente y jamás la hablaba o abrazaba. Y así cualquiera se vuelve loco...

Pero, afortunadamente, la gente del pueblo admite, no teme y quiere a Mariela, y ella a la gente. Pasa pocas veces, pero a veces sí. Por eso hay que contarlo.

# La fuerza del agua

INMACULADA LIÉBANA GÓMEZ

Era una noche cerrada. Solo los perros y los gritos rompían la tensión que se vivía en las calles.

William: Es extraño, ¿no crees?

Sender: ¿Qué?

William: Todo esto. Mirar por la ventana y ver lo que se ve ahí afuera. Y luego, esta habitación, vernos de este modo. Toda esta anomalía. Ahora las ratas parecen haber sido mejor educadas que los hombres. Y, ¿qué clase de hombres seremos nosotros a los ojos de Dios?

Sender: Anomalía sería comprobar que Dios se preocupa ahora de nosotros. Y, de ser así, ¿qué valor deberíamos darle al juicio de quienes sientan mayor violencia por dos hombres que dentro de una alcoba comparten algo más digno y elevado que aquellos que, ahí afuera, se desprecian hasta la muerte?

William: Me temo que los asuntos de Dios se nos escapan.

Sender: Pero no tanto aquellos que se refieren a los hombres. Se debe poder algo más. No puede ser todo matarnos de sed y vergüenza.

William: ¿Y qué pretendes? ¿Quieres cambiar lo que siempre ha sido el orden natural de las cosas? ¿Pretendes que los grandes hombres de esta ciudad se dobleguen ante quienes siempre han estado bajo sus órdenes? ¿Pretendes que compartan el agua, la necesidad, la vida?

Sender: ¿Te doblegas tú ante mí?

William: En ningún caso lo llamaría doblegarse. No me siento forzado a lo que hago contigo. Deseo compartir lo que ofrezco y aún quisiera que fuese más.

Sender: Antes de que me conocieras yo también servía a tus órdenes. Era como ellos y tú, para mí, eras como esos otros. Cambiamos cuando nos concedimos la voluntad de llamarnos por nuestros nombres. Sin la distinción que otorgan nuestras ropas no resultamos tan diferentes en nuestras necesidades. Si esto que somos ha sido posible, ¿qué hace imposible que ahí fuera algo cambie?

William: ¿Qué ocurriría si compartiéramos el agua?

Sender: Déjame que lo piense y hable con los míos. A ver si se puede lograr el entendimiento.

William: Creo que mi padre debería dar una solución a los problemas que acucian a nuestro reino y a nuestro problema también.

Sender: ¡Claro! Y así evitaríamos una confrontación entre nobles y siervos y todos viviríamos en paz.

Era una época pasada en la que siempre llegaban a ganar los ricos, tuvieran o no razón. En este caso, como en muchos otros, cuando desborda el vaso de egoísmo se vuelve a llenar de avaricia y no ven más allá de su «yo primero» y su «yo después». Pero aquí se desarrolla una historia diferente en la que pueden ganar hasta los «sin derechos». Un derecho universal, que es el derecho a tener derechos. Y que había un amor entre una pareja de homosexuales, y hombres que se disputaban un río que era de los campesinos y siervos y en la que los señores feudales lo querían, pues su anterior río se había secado. Opresores y oprimidos tienen que llegar a un acuerdo, pero, también, ¿cómo aceptarán que un príncipe y un vasallo se puedan amar en libertad?

William: Mira, Sender. Deberíamos hacer que los demás entiendan el amor que nos sentimos el uno al otro como una manera de quererse normal y sincera.

Sender: Costará mucho el que los demás sientan este amor como una forma normal de amar, donde fluyen nuestros sentimientos, aunque no lo entiendan... Nos aceptarán con el tiempo. Para nosotros es normal y es de justicia y de derecho que sea aceptada como tal.

William: Ya... Pero para que acepten lo que sentimos tiene que pasar tiempo que les permita normalizarlo...

Sender: No se puede forzar la opinión de la gente y esperar que lo acepten sin más, pues esta generación de generaciones lleva años viviendo de una manera normal y lo que se sale de esto les parece tan diferente...

De repente irrumpen los soldados del rey Arthur V y secuestran a Sender.

William: ¡No, por favor! ¡Soltadle!

Soldados: No es la orden que tenemos.

El rey Arthur V, muy consternado ante la ausencia de su hijo en época de conflicto, había entendido que fue secuestrado y mandó allí a sus soldados.

William se dispone a partir hacia palacio al ver que se han llevado a Sender.

William: Papá, se han llevado a Sender. ¿Lo has mandado tú? Quiero que sepas que siento algo muy especial por él y que si le ocurriese algo no podría vivir yo. ¡Por favor, soltadle!

Rey Arthur V: ¡Voy a dar la orden! Deberíamos compartir el agua, ¡propónselo! En cuanto al otro tema ya hablaremos.

William: En eso estábamos pensando cuando los soldados llegaron. Consideramos que es lo mejor.

Rey Arthur V: ¡Soltad a Sender! Hijo, ve a buscarlo.

William sale corriendo y alborozado hacia Sender.

William: Sender, deberíamos compartir el agua para que ya no haya más luchas injustas.

Sender: Sí, vamos a compartir el agua con vosotros. Te quiero.

William: Te amo. A ver si pronto la gente comparte nuestro amor.

Sender: ¡Ojalá!

Decidido, Sender se dirigía al tablón de anuncios del pueblo para convocar a los ciudadanos. Mientras esperaba a que llegase la hora pensaba en qué decirles. No sabía si le verían como a un traidor o como un vendido a los intereses de la nobleza.

¿Sender podía confiar en el rey? ¿Se puede confiar en un tirano?

Sender se veía con fuerzas de sacarlo adelante a pesar de las dudas.

Llegada la hora el pueblo acude a la cita. Sender se dirige a la fuente de la plaza para hablar.

Sender: ¡Ciudadanos de Applepie! Todos sabemos lo que estamos sufriendo. Debemos estar unidos. De este conflicto se puede sacar una oportunidad. Nada más valioso que la libertad, por ello, nosotros compartiremos el agua con los nobles y, a cambio, exigiremos derechos sociales.

Sender miró a su pueblo y buscó en sus rostros el gesto de aprobación que necesitaba.



# Mi abuelo

VICENTE FERNÁNDEZ GARCÍA

Qué poco me hablaste de aquella guerra, para mí lejana, que no pude ganar. De cómo te sentías contento en tu desgracia porque yo pudiera vivir estos nuevos tiempos después de tantos años de espera.

Me tuve que enterar por otros del hambre que te hicieron pasar por ser un vencido, del riñón que nadie te quiso curar por no tener dinero, de cómo por ti robaron comida para que tú pudieras saciar tu hambre en aquellos días.

Me enteré de tantas cosas cuándo ya no estabas que casi hubiera querido irme contigo para escucharlas de tus labios allá donde quiera que estés.

Hoy no eres más que polvo y solo de ti conservo esta foto y algún que otro recuerdo desperdigado en mi memoria, pero cuando disfruto de la poca libertad que tengo, me doy cuenta de que es gracias a ti. Y no por el esfuerzo que hiciste en la guerra, sino por el esfuerzo que hiciste en la paz. Por tu resignación para que no hubiera otro conflicto, por tu interesado silencio para no dar ideas de venganza a nadie.

Miro de nuevo la foto y aunque yo ya no me reconozco en ella, te reconozco a ti y me reconozco como tu obra que soy.

Hoy yo no tengo que enfrentarme al hambre, mas la injusticia social sigue existiendo y no sé cómo enfrentare a ella, tú luchaste en una trinchera y yo no encuentro dónde está el frente. Soy como un soldado descarriado que no sabe quién es su comandante.

Yo ya no quiero vencer, sino convencer, pero creo que mi voz es un grito en el silencio, creo que pierdo la guerra poco a poco, al contrario que tú que la perdiste de golpe.

Quizá haga como tú y mi nueva arma sea el silencio.

# La hendidura

CARMEN FLORES MATEO

Por encima del oro, de las piedras preciosas, del ocre, de quien tenga más o menos ganado... por encima de todo, y desde que mi memoria puede recordar, el bien más escaso,preciado y manchado de sangre en el mundo ha sido el agua.

Cuando era un crío sin apenas tatuajes recorría diariamente con mis hermanos y mi madre kilómetros para poder traer unos jarros de agua a la aldea. Las mujeres los transportaban en la cabeza, en un difícil ejercicio de equilibrio que todavía hoy, ya entrado en la edad de las arrugas, me sigue sorprendiendo e hipnotizando. Los niños, tropezando unos con otros, la transportábamos en sucios recipientes de plástico sujetos con palos para repartir el peso.

Por entonces el agua ya era marrón, pero con paciencia la dejábamos reposar, filtrábamos y poníamos a reposar de nuevo en un a veces inútil intento de depurarla mínimamente. Yo no supe que el agua puede ser transparente hasta que tenía, por lo menos, diez años, y descubrimos el lago.

El lago estaba escondido en un escarpado cañón perdido en la sabana, que tendría unos cincuenta metros de profundidad y al que solo podía accederse por una pequeña senda, que había que recorrer uno a uno, y que atravesaba la escarpada pared vertical que lo custodiaba. Lo encontró Imú, una de las chicas del pueblo, al perseguir a una pequeña liebre, y rápidamente la noticia se extendió por toda la tribu, que empezó a planificar visitas a la hendidura para, trabajosamente, sacar agua de allí.

El agua era limpia, clara y fría, muy fría. Allí abajo el sol nunca lograba penetrar, y para nosotros aquel lugar en sombra, frío, silen-

cioso, sin viento, era mágico, aunque diese miedo a la vez.

El lago en sí no era demasiado grande comparado con la sabana, con los árboles o con el mismo cañón en el que estaba oculto, pero para nosotros su sola visión, sobre todo la primera vez, era sobrecogedora. ¡Un hombre imprudente podría incluso desaparecer en tamaña cantidad de agua! No teníamos ni idea de qué profundidad podía alcanzar, ni gana alguna de descubrirlo, pero la longitud era de unos ochenta brazos y eso, para nosotros, era muchísima agua.

Durante meses bajamos cada dos o tres días al lago, con cuidado, en grupos de seis o siete personas, hombres y mujeres, para sacar agua de él. Nos daba respeto, y cada vez que introducíamos un recipiente en aquella gélida y cristalina agua dábamos gracias a los dioses y suplicábamos al mismo tiempo que nos perdonasen por servirnos de ella. Con reverencia, con humildad, llenábamos nuestros recipientes y volvíamos a la aldea, intentando incluso no aplastar con nuestros pies ninguna de las pequeñas briznas de hierba que crecían en la hondonada.

El problema surgió cuando nos dimos cuenta de que no éramos los únicos visitantes del lago.

Fue de nuevo Imú quien se dio cuenta, al ver unas huellas humanas en la otra orilla del lago. Junto con otra de las mujeres, había decidido rodearlo, haciéndose las valientes delante de nosotros, y las descubrió justo al borde del agua. Huellas de pies, manos y rodillas, de gente que se había agachado a coger agua igual que nosotros, y hasta habían colocado unas piedras a modo de camino para no hundirse demasiado en el barro que la circundaba. Las dudas fueron muchas. ¿Serían huellas de los dioses? ¿Serían simplemente de un caminante extraviado que había encontrado el lago por casualidad, como nosotros? ¿O alguien estaba cogiendo agua de nuestro lago? Porque, ¿era nuestro lago, ¿verdad? ¿Verdad?

Ese día subimos la senda más silenciosos que nunca y sin dejar de mirar a nuestro alrededor. Observando desde cada vez más altura el lago que nos parecía mágico y propio a la vez. Fue la última vez que

lo vimos como siempre lo recordaremos, como la primera vez.

Porque al día siguiente, la Guerra del agua empezó. No eran dioses, no era un caminante extraviado, eran cientos de guerreros altos y agresivos que rodearon todo el territorio por el que podíamos acceder al lago. Enviaron un mensajero para amenazarnos, para decirnos que no volviésemos a acercarnos por allí, que el lago, la hendidura y todas las tierras de alrededor eran suyas, y no nos estaba permitido acercarnos siquiera. Que matarían a todo el que encontrasen siquiera en las inmediaciones, que no tendrían piedad. Para demostrar este último punto, el mensajero trajo consigo la cabeza de Imú, que esa misma mañana había salido de la aldea sin decir a nadie dónde iba.

Nosotros somos recolectores y criadores de ganado, buscadores de agua, pacíficos. Pero era la cabeza de Imú. Su padre, atravesado por el dolor, mató al mensajero a palos. Tal era su rabia, tal su dolor. Y ese acto, que a todos nos pareció tan justo como horrible, desencadenó la única guerra que mi pueblo recuerda... y que todavía dura.

Hombres, mujeres y niños hemos luchado contra los hati, que así se llaman, durante incontables años. Nos superan en número y son guerreros expertos. Nosotros somos pocos, pero conocemos bien el terreno y hemos inventado formas de colocar trampas para ellos. Trampas que siempre buscan matar al enemigo, nunca capturarlo, porque nos hemos convertido en un pueblo errante y ya no tenemos hogar. A veces me planteo qué pasaría si, simplemente, diéramos media vuelta y desapareciésemos. Si fuésemos lo más lejos que pudiésemos ir, a las tierras más lejanas que pudiésemos encontrar. Pero no hay sitio para nosotros, y lo sé. Cuando estas ilusiones vienen a mi cabeza, mi sensatez se impone y me dice que en otras tierras habrá otros hati, y que ellos también querrán matarnos por un recipiente de agua cristalina.

Así, la lucha sigue y sigue, sin piedad, sin cuartel. Nuestros niños aprenden antes a empuñar una lanza, a apuntar con un arco, que a cuidar del ganado o a conocer las plantas que curan. Ya no nos sorprendemos con la sangre o las vísceras del enemigo porque estamos

acostumbrados a esparcirlas por la sabana, a llenar con sacrificios humanos el suelo de los dioses, la tierra dorada que siempre hemos cuidado. Por nuestro lago. Por nuestra agua. Por nuestra libertad.

Es complicado describir la guerra. Para que lo entendáis, y poniéndome en la cabeza del niño que yo era hace años, que no tiene mucho que ver con el hombre que soy ahora, os diré que es caliente. Que huele a sudor, a tierra y a metal. Que la sangre es salada y cuando te salpica en la cara tu pulso se acelera. Que las mujeres son buenas guerreras, pero prefieren quedarse junto a sus hijos, y eso hace que sean las que más sufren, las que más hambre pasan, las sucias, las perjudicadas. Los ancianos son estorbos, los niños también, y la cabeza de un guerrero, que es ahora lo que soy, no puede perder el tiempo pensando en ellos, ni siquiera hablando con ellos.

Llevamos toda mi vida, prácticamente, de guerra. He vivido por y para la Guerra del agua. No tengo mujer, no tengo hijos, ya que serían un estorbo. Yo mato. Hago emboscadas, trampas, armas. Es mi vida, es lo que hago y lo que soy. Vivo en la sabana escondido, camuflado con mis compañeros de tribu, en espera de cualquier pequeña escaramuza, de cualquier pequeña revancha, de conseguir entrar al lago y hacerlo nuestro. Hay que decir que esto ha pasado en muchas ocasiones, que hemos conquistado el lago y conseguido la posesión del agua, pero... es complicado hacerlo durante mucho tiempo con los pocos guerreros que tenemos, así que, más tarde o más temprano, tenemos a veces que huir como liebres y dejar que los hati se queden con nuestro lago por un tiempo.

Lo cierto es que llevo unos días preocupado. En una de mis incursiones a la hendidura, arrastrándome entre las escasas hierbas macilentas que cubren la zona y totalmente untado de amarilla tierra, descubrí hace ocho noches algo extraño en el lago. Los hati estaban peleando, y no era contra nosotros. Apenas los distinguí, ya que la lucha tenía lugar en el fondo del cañón, y entre la distancia y la oscuridad tengo que admitir que mis ojos ya no son lo que eran, y apenas pude ver nada.

Eran hatis, eso seguro, conozco bien sus pinturas de guerra, podría reproducirlas sin demasiado esfuerzo, pero no tengo muy claro contra quiénes, exactamente, luchaban. Distinguí ropajes claros, del color de la sabana, que allí abajo eran especialmente llamativos, y que cubrían sus cuerpos de una forma extraña, como ciñéndolos, silueteándolos... ¿Cómo podría alguien luchar cómodamente con semejantes ropajes? Eran inferiores en número a los hati, y a diferencia de ellos no gritaban ni hacían gestos amenazantes. Pobre gente, no sabía luchar, seguramente no eran guerreros... los hati iban a acabar con ellos sin piedad.

Pude ver que sus caras y manos también eran del color de la sabana, aunque algo más pálidas, claras, como pequeños bebés jirafa a los que nunca hubiese tocado el sol. Su color me produjo una mezcla de respeto y miedo, y provocó en mi cabeza una inmensa punzada de alerta. ¿Eran dioses o demonios? ¿Habían venido de algún sitio? ¿O siempre habían estado allí? ¿Habían salido del agua? Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando algunos de ellos cogieron con sus pálidas manos unas extrañas lanzas, cortas y muy oscuras, de brillo metálico, y un estruendo sin igual, totalmente distinto a todo lo que yo había podido oír alguna vez, incluso en las tormentas más violentas de la sabana, llenó la hendidura, transformándola en un infierno.

Tal y como estaba, tumbado en el suelo, tapé mis oídos con las manos sin conseguir amortiguar los truenos que me rodeaban. Respirando tierra, incapaz de mover un solo músculo, creía que el suelo se iba a romper bajo mi cuerpo y que el cielo se resquebrajaría de un momento a otro aplastándome allí mismo. Pero el estruendo cesó. No puedo decir cuánto rato estuve en la misma posición, sin atreverme siquiera a respirar y sintiendo el húmedo calor de mi orina que, por primera vez desde que era un niño pequeño, había derramado sin darme cuenta. Cuando pude recomponerme, pensando en el gran guerrero que soy, me acerqué reptando de nuevo al borde del abismo y contemplé lo que pasaba allí abajo.

Los extraños hombres, que ahora sabía que no eran dioses porque podían morir, estaban al borde del lago llenando algo que pare-

cía recipientes con nuestra agua. Y todos los hati, guerreros inmensos, temibles, implacables, yacían muertos a su alrededor. No podía creerlo, pero mis ojos lo veían. Los hombres claros habían desatado el infierno y habían acabado con más de treinta guerreros en un abrir y cerrar de ojos. Y yo había salvado la vida gracias a taparme los oídos tan rápidamente.

Me retiré como pude para contar a mi tribu todo lo que había visto.

Y aquí estamos, hoy es un día decisivo para nosotros. Nuestros rastreadores dicen que los hati han desaparecido de la zona. No sabemos si están todos muertos o si, tras el episodio de hace unos días en el lago, han decidido huir de la zona, como tantas veces hemos hecho nosotros. Bueno, un problema menos. Porque hoy nos hemos armado hasta los dientes, adornado con nuestras mejores y más terroríficas pinturas, y todos juntos avanzaremos hasta el lago para recuperarlo. Vamos a matar a los hombres claros que han tenido la osadía de acampar ahí abajo, en nuestro lago, en nuestra agua.

Después de todo, no somos hati, ellos estaban desprevenidos y no pudieron oponerse a esas pequeñas y ruidosas lanzas. Pero nosotros, que ya estamos preparados para el gran ruido que mata gente gracias a mi experiencia, hemos protegido nuestros oídos. Victoriosos serán nuestros guerreros, que conocen la forma de protegerse. Nada puede hacernos daño. La Guerra del agua continúa, pero acaba hoy. Podrán hacer mucho ruido, pero sus pequeñas lanzas no pueden alcanzarnos, ¿verdad?

¿Verdad?

# Sobreviví a una guerra

MARÍA CARMEN FERNÁNDEZ CARRASCO

Hoy, desde el ventanuco de mi pequeña habitación tengo acceso al mundo y no siempre me gusta lo que veo, aunque otras veces sí. El aire golpea fuerte sobre el alféizar y me trae recuerdos. Asomo la cara y dejo que el viento me golpee a mí también, pero Él no me hace daño, tan solo alborota mi cabello, abre mis poros, mi nariz y mi pecho y me permite respirar libertad. No siempre fue así, no siempre fui ni me sentí libre, no siempre viví en paz. Casi siempre andaba con el cuerpo encogido por el miedo y la respiración contenida para que mis movimientos, siempre estudiados, no me delataran cuando los soldados se marcharon de mi casa.

Vivíamos humildes y felices en una pequeña barriada a las afueras de Huelva. Solo los que, como yo, han vivido en esta preciosa sierra conocen la paz de sus valles y la hermosura verde de sus montes saben cómo puede transformarse en poco tiempo una realidad amable en una fealdad monstruosa, en una foto destructiva que quedó registrada en nuestras pupilas y anidó de dolor nuestro ya maltrecho corazón.

Aquel día, aunque estábamos en guerra, mis padres decidieron que mis hermanos y yo nos arriesgáramos, porque no quedaba otro remedio que salir a los campos en busca de un poco de alimento. La alacena en la que mi madre guardaba los chorizos y el queso en aceite de épocas de bonanza ya había tocado a su fin desde hacía varios días y no teníamos nada que llevarnos a la boca. Por entonces ya mi abuelo y mi padre se dedicaban al negocio del estraperlo y ya nos quedábamos en la casa mis hermanos, mi abuela, mi madre y yo rezando a no sé qué Dios para que protegiera a mi familia y no llama-



ran un día a la puerta para anunciarnos su muerte, una muerte por otro lado «bien empleada», ya que si los interceptaba la Guardia Civil, requisaría los alimentos «prohibidos» que trataban de vender por los caminos y acabarían con sus huesos en la cárcel o peor aún, en el paredón, fusilados al amanecer. Por entonces, hace más de cincuenta años, se convivía fraternalmente con la idea de la muerte como algo natural, incluso antes de que estallara la guerra. No se escondía como ahora o se ocultaba, sino que se hablaba de ello, estaba presente en todas las conversaciones para grandes y chicos.

Así que aquel día mi padre nos previno sobre el camino que debíamos tomar para llegar a la tierra y poder segar el trigo que luego cambiaríamos por pan en el molino de pueblo. Como era la mayor de los hermanos me tocó a mí aquella doble tarea, concienciar a mis dos hermanos pequeños de que debíamos trabajar aprisa y escondidos, albergados en la seguridad del cultivo, y volver por el sendero del molino sin ser interceptados y tratar de cambiar el trigo cosechado por un pan redondo con el que comeríamos aquel día. No fue tarea fácil. El calor apremiaba. Íbamos tapados con pañuelos que cubrían nuestra cabeza y parte del rostro, camisas anchas de manga larga para protegernos del sol y pantalones remendados.

Tuvimos suerte a pesar de todo. Los pequeños lloraban la mayor parte del tiempo y sorbían sus mocos, llenos de suciedad. Los caminos polvorientos, ruido de tiros a lo lejos, miedo hasta el tuétano. Aún lo recuerdo, aún lo sueño. Me despierto empapada en sudor porque corro por los campos, entre los trigales, sin dirección. Solo oigo disparos a lo lejos y echo mi cuerpo al suelo para protegerme. Cuando no los escucho, incorporo mi cuerpo y vuelvo a correr sin dirección ni destino. Solo corro para salvar mi vida. Grito a mis hermanos ¡vamos! y ellos, pequeños, lloran y gritan y me paro un segundo cerca de ellos y los acaricio y los calmo y les digo vamos ya queda poco para llegar a casa, pero en realidad no sé en qué dirección se encuentra mi casa y tengo que combatir mi miedo y el suyo. No puedo más. En el recuerdo creo que voy a desfallecer y abandonarlos

a su suerte, pero aquel día no fue así. Logramos llegar los tres, esta vez sanos y salvos, a casa, donde mi madre y mi abuela también nos recibieron con llanto y mirando a un lado y a otro de nuestra calle nos hicieron pasar a la casa.

Aquel día comimos gachas. Solo teníamos harina de almortas y el pan que trajimos los pequeños y yo.

Las noticias no eran halagüeñas. El Frente Nacional seguía avanzando y mi madre temía por mi padre. Temía por si lo reclutaban, temía por su vida, temía que lo fusilaran sin contemplaciones.

Recuerdo que ponían la radio de mi abuelo muy bajito, apenas se oía. Todos escuchábamos alrededor del aparato el parte de guerra. Lo que decían era descorazonador. Mi madre abrazaba desconsolada a sus dos hijos pequeños y preguntaba a mi abuela cuándo acabaría todo aquello.

Y así día tras día llegó el otoño y el invierno y se sucedieron varias estaciones más y seguíamos en guerra y sucedió lo que tanto habíamos estado temiendo durante casi cuatro años. Un día de madrugada llamaron a mi casa medio derruida. Todos dormíamos en la misma habitación y todos nos despertamos. Otra vez el llanto de los pequeños, los alaridos de mi madre intentando detener a los guardias que ya habían apresado a mi padre y lo sacaban por la puerta. Me recuerdo mirando al suelo polvoriento de yeso gris, el polvo mortecino a la luz del alba, la pena profunda.

Más tarde, unos minutos más tarde subieron a mi padre a un carro. Desde el pequeño patio lo oí chillar y quejarse. Más tarde nos dirían que le rompieron el brazo a golpes. Lo llevaron junto con otros seis vecinos más, todos hombres jóvenes aún, con hijos, con mujeres, con padres, a la tapia del cementerio y allí al grito de prepárense, apunten, disparen, acabaron con la vida de siete hombres buenos y justos.

Hoy, asomada a mi ventana, el viento me trae recuerdos y preguntas a las que no siempre puedo darme o encontrar una respuesta convincente.

—¿Para qué sirvió la guerra que me tocó vivir y en la que tantas personas inocentes murieron?

—Para escribir la historia. Es una respuesta muy manida cuando no se quiere atender la realidad del problema.

Mi guerra y el resto de las guerras, las visibles con armas y las invisibles con hechos no sirven para nada. No son útiles, no nos convierten en mejores personas. Solo el egoísmo y el afán de poder, territorio y gloria justificarían tan abominable acto. Ese es nuestro lado oscuro, el que a todas luces debemos combatir con aprendizaje y sabiduría.

Sobreviví a una guerra, pero desde entonces he sobrevivido a muchas pequeñas guerras cada día y aún sigo combatiendo en paz y con libertad por el objetivo principal por el que nací: HACER DE ESTA VIDA UN MUNDO MEJOR.

# Disparos apacibles

HÉCTOR MARTÍNEZ GONZÁLEZ

En una cabaña de madera de Arkansas, en la profundidad del bosque, dos ciudadanos norteamericanos tomaban una taza de té: Robert Williams, miembro de la Asociación Nacional del rifle, y Patrick McAdams, profesor retirado de Filosofía de la Universidad de Michigan. Patrick sostenía la taza de porcelana sin beber, mientras escuchaba las imperiosas palabras de Robert:

—Necesitamos defendernos, es absolutamente crucial. ¿Quién va a proteger a nuestras familias si esos malnacidos entran un día a robarnos?

—¿De qué tienes miedo?

—De que les pase algo, naturalmente, de que vayan armados los delincuentes y no pueda hacerles frente.

—¿Crees que es muy probable que eso ocurra?

—Vamos, Patrick, estas cosas ocurren todos los días, solo tienes que mirar las noticias.

—Quizás estés tomando como referencia los datos que te muestra la televisión para sacar conclusiones. De todas formas, ¿crees que un mundo sin armas es posible?

—Ja, ja, ja. Pero ¿qué dices?! Hablemos de cosas serias... Las armas han existido desde la prehistoria y seguirán existiendo siempre. Son muy útiles y cumplen su función: protegernos.

—¿Es lo mismo protegerte que atacar? Si no hubiese armas necesitarías defenderte en menor medida, o la defensa no sería por medio de las armas.

—Sigues planteando un escenario imposible, nadie asumiría algo así. Las armas son necesarias.

—Considero necesaria el agua; también el descanso y los alimentos. Respecto a las emociones, sería conveniente controlarlas y ahondar en sus raíces para cortar las malas hierbas que crecen desde los automatismos adquiridos. Alcanzar un estado de paz interior es posible y depende de uno mismo. Así pues, alcanzar un estado de paz debería ser también factible. Es responsabilidad de los ciudadanos trabajar en su paz interior y extender ese amor sobre los demás, así nos contagiaremos todos de la alegría de vivir.

»En cuanto a las armas, solo impiden que seamos felices. A nadie le alegra matar a alguien, y si lo hace, deberemos ayudarlo a convertirse en un hombre libre de odio. Las armas disparan miedo y se recargan con dolor. No hay nada bello en ellas y sus huellas son testimonio del infierno. En un mundo rápido e individualista, solo nos queda detenernos a reflexionar para no perder la estela de la evolución. La guerra jamás será un progreso, ni siquiera es un retroceso, puesto que siempre nos ha acompañado. Estamos estancados en un presente sangriento, aceptado legal y políticamente por la sombra del dinero. Debemos pensar si queremos hacer negocio con las vidas de los inocentes o pactar con la humanidad para vivir en paz.

# Cayeron siete bombas

MANUEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ

Las cosas andaban mal en el mes de noviembre de 1936, ya había caído una bomba sobre La Fortuna. Esta era una fábrica de galletas, que sin duda la equivocaron con otra cercana que era de efectos militares y que en aquella fecha fabricaba material de guerra.

Como yo no había visto nunca caer una bomba (quiero decir oír), ¡sentí pánico! Cayeron siete bombas. ¡Solo Dios y yo sabemos cómo recuerdo cada una!

Con el recuerdo de un niño de nueve años, voy a tratar de describirlas. Trataré ser lo más niño posible, pues solo los niños pueden contar los miedos con tanta veracidad, quiero decir que los mayores los ven de otra forma.

Era de noche y todo el comedor se iluminó.

El portero de la finca (marido de la señora Angelita) hizo sonar la trompeta, que era la que llevaban los taxis por los años treinta, porque aquello no se le podía decir que fuese un claxon.

Ya nos lo tenía dicho:

—Tan pronto suenen los aviones, toco la trompeta y os bajáis al refugio.

Bueno él lo llamaba así. Os contaré en lo que consistía el refugio.

Cubrieron las ventanas del piso bajo con colchones y nos colocaron detrás del muro que daba a la calle, pues decía el portero que era más grueso. Desde luego, el marido de la Angelita siempre debió creer que las bombas caerían en lo alto de la casa y que a lo sumo calarían dos o tres pisos, por eso nos mandaba poner allí, cuando lo correcto hubiese sido bajar al sótano y ponerse en las viviendas interiores que daban a otros más sólidos.

Cayeron siete bombas. ¡Sabe Dios cuántos días y cuántas noches bajamos corriendo los cinco pisos de la casa al son de aquella trompeta!

Pero yo, aquellos días que os cuento, ya sabía cómo sonaba una bomba —la de aquella noche de La Fortuna—. ¡Creo que me hizo miedoso para toda la vida!

Tengo que deciros que los primeros que llegábamos al refugio, siempre éramos mi madre y yo. Os tengo que contar otra cosa; cuando llegó el día de las bombas de verdad (porque aquello de las carreras eran falsas alarmas), ya estábamos en casa muy tristes, ya hacía días que faltaba papá.

Nos decían que se había ido a la guerra.

¡Y qué guerra! Mi padre no regresó nunca.

Sonó la bocina con mucha insistencia.

Alguien gritó:

—¡Vienen las «pavas»! —Las pavas llamaban a los trimotores por un ruido que hacían cuando venían bien cargados.

Serían las tres de la tarde, y como siempre, cuando sonó la primera bomba, mi madre y yo ya estábamos en el descansillo de la señora Damiana.

Todos los cristales de la casa se vinieron abajo.

Todos gritábamos al mismo tiempo. Mi madre la que más, llamaba a mis hermanos desgarradamente, bueno, la que más chillaba siempre era la Juana, a esa no había quién la ganara.

Creo que el único que no decía nada era yo —me debí quedar mudo—. A la Loli, la de la Damiana, la había dado el «telele», pero no le pasaba nada de mimosa que era.

Ahora que... en esta ocasión, la cosa no era una broma —y que a nadie le extrañe su nerviosismo, de que gritase como una grulla, pues lo estaban pasando mal—, a su padre (que era capitán) lo habían detenido por no presentarse el día del «Levantamiento» en el cuartel, lo dieron por desertor.

Más tarde me enteré de que le habían dado el «paseíto». Para que me entendáis, era la forma en la jerga de decir que lo mataron.

Como un bloque humano bajábamos por la escalera. Los del quinto que éramos nosotros, los del cuarto con aquella señora tan mayor, la Loli y la Damiana histéricas perdidas, ya todos camino del segundo, y muchos más vecinos de las viviendas interiores, todos chillando, como si fuese un himno.

Abajo, en el primero, se oía berrear a Juana la frutera, porque aquello no era chillar. La Juana tenía por lo menos seis hijos, y aquella tarde se le debían de haber perdido por lo menos cinco.

Ella siempre chillaba cuando no aparecía alguno, así: Jua-nin... Jua-nin... Y el nin nos subía hasta los pisos superiores. No es cuento ese día que le faltaban casi todos.

Encima la trompeta del portero, los cristales y el montón de gente que se le venía encima.

Siempre decía que ella era más madre que nadie. Bueno, lo último que oí de ella fue como un ruido, así como cuando vuelve el agua después de estar cortada hace mucho tiempo, nada más que con nombres: Pedro... Antonio... Juanín... Pero con garganteo...

Llegando a su descansillo (que hacía de primero) sonó la siguiente bomba. ¡Menuda la armó!, ¡madre mía! Desde entonces, a esa bomba, para denominarla, ya siempre la llamo «la bomba de la Juana».

Me alzó del suelo no sé cuánto, claro que yo en aquel tiempo no sé si pesaría veinticinco kilos.

Fuimos todos a parar contra la pared en un recodo de la escalera que daba a un pasadizo de comunicación con las viviendas interiores, todos juntos como un macizo. Empezábamos a percibir un olor tremendo a pólvora, que me imagino sería de la bomba anterior, y que ahora esta había metido por las ventanas ya sin cristales.

En aquel momento de tanto dolor, también tengo que decir que recibí una luz de alegría, pues no sé de qué manera fue, pero, ¡ya estábamos todos los hermanos abrazados a mamá!

En esos momentos, como cuando la vida se le puso triste, gritó: «¡Quietos aquí! Lo que sea de unos, será de todos».



Un sonido sordo llegaba de la calle, como de aviones, muchos aviones, alguien gritó: «¡Este es final!». Otro dijo: «¡Todos abajo!».

Y es verdad, desde el bajo ya se sentía cómo se libraba una batalla.

Antes debo deciros que cuando bajábamos el piso que faltaba me solté de la mano de mi madre y quise cruzar el patio lleno de cristales, con el consabido susto de la pobre mamá.

Muchas veces en forma de reproche me lo recordó, pero yo seguía insistiendo que el portero y otros nunca nos debieron poner allí, a diez metros justos de donde cayeron las bombas.

¡No sé qué intuición sería la mía para querer cruzar el patio!

Y no sé qué milagro que las bombas cayesen todas en el centro de la calle.

¡Algo ocurrió aquel día!

Ya todos apiñados, detrás del muro se volvieron a repetir escenas dramáticas.

Y como siempre hay alguien que lo sabe todo, dijo: «¡Han caído unos de los contrarios en la estación!».

Para que me comprendáis mejor, nosotros éramos los «rojos», y a los otros los llamaban los «nacionales». Un lío para un niño de nueve años.

Mamá, dentro de su dolor, nos consolaba diciendo que, cuando terminaran, tomaríamos lo que pudiésemos de enseres y nos marcharíamos de ese lugar.

Yo estaba más tranquilo, y mis hermanos lo mismo. ¡El estar todos juntos!

Ahora los que más jaleo metían eran los inquilinos del bajo donde nos encontrábamos. Era un matrimonio sin hijos, en el que él llevaba a ella lo menos veinte años, y que, aunque se querían, parecía que siempre les faltaba algo, sobre todo a ella.

Se llamaba Pastora y decían que estaba enferma del corazón.

Yo pensaba, ahora esta se muere, aquí, a mi lado, y desde luego, me da algo...

Seguíamos oyendo mucho ruido de aviones, de ametralladoras, todos chillando y algunos desmayos en la vecindad.

Minutos más tarde el marido de la Pastora desaparece sin causa justificada, y esta se pone a chillar más que la Damiana y la Juana juntas. ¡Qué gritos! ¡Qué palabrotas!, Yo decía: «Ahora sí que le da el patatús».

Se tira al suelo, pero... sin ataque ni nada, menos mal.

Cayeron otras dos bombas en dos minutos. La primera nos cambió a todos de posición y fuimos a hacer compañía a la Pastora.

¡Han sido dos! ¡Han sido dos!

Con la primera que nos tiraron, la metralleta había arrancado de cuajo la puerta interior del portal.

Yo pensaba: «No, si me van a dar la razón».

Que este no es un sitio privilegiado, pero nada, todos al suelo, como en un cocido.

El marido de la Pastora sin aparecer, y yo frotándome las piernas, pues el estar con pantalones cortos hacía que ese aire caliente o frío (no lo supe describir) que nos elevaba me causara un gran escozor.

—¿Bueno, qué hacemos? —dijo el portero. Y añadió—: Salimos corriendo.

—No, no —respondieron otros—, hay que esperar.

Qué pena verlo todo roto. ¡Sitios tan corridos en mi niñez!

¡Aquella mampara de colores en la que veíamos los dibujos más caprichosos de una imaginación infantil!

Me dicen que se han roto las conducciones del agua y la calle parece un río que va a la estación.

Ya podrían haber puesto la fábrica de armas en otro sitio porque a nosotros no nos tirarían.

Cosas así, pequeñas, pasaban rápidamente por mi mente.

¿Dónde estará papá? ¿Cómo serán las batallas? ¿Por qué se habrá ido a la guerra?

Yo siempre había oído que a la guerra solamente iban los militares.

¡Vaya! Ha aparecido el marido de la Pastora. Y no es que me importara mucho, pero pienso que así se levantará del suelo.

Pero no, se levantó (y es que era igual de ñoña que la Loli) y no le pasaba nada.

Se abrazó a su marido y se puso a besarlo, igual que aquellos novios que viera yo en otro tiempo en la verja de la estación cuando las cosas estaban tranquilas.

Y aquí va la mejor anécdota de la tarde.

Se conoce que, entre beso y beso, le debió estar preguntando dónde se había metido, y como en las películas, él saca un enorme cuchillo de dentro de la chaqueta y sale corriendo como un loco, y ella lo siguió llorando ante el espanto de todos.

Más tarde nos enteramos de que como era un gran «rojillo», por si había quedado con vida el piloto del avión nacional que había caído en la estación iba con el cuchillo a rematarlo, se habría trastornado.

La gente, dentro del dolor, bien lo observé, se reía.

Y es que todas las personas habíamos pensado que la iba a matar.

Desde luego no llegaron ni al portal, cayó la quinta bomba cuando menos se esperaba, ni ruidos ni «pavas», otra más. ¡De aquí no salimos! Mis piernas no aguantan más, se me están poniendo moradas. ¡Qué olor!

Cuando pienso en aquellos momentos, me río cuando dicen algunos «no lloro porque no me quedan lágrimas».

—¡Desde luego no hay Dios! —decía la Juana, que yo sabía que era republicana desde que se celebraron las últimas elecciones.

Pues no estaba poco chulita, y como se metía con las de arriba, las que rezaban.

Todas estas cosas pasaban por mi mente. ¿Para qué bombas? ¿Por qué lucharán?

Desde luego, como sigan tirando con tanto tino, nos van a hacer una piscina, pues ya se sentía correr el agua a mares camino de la estación.

Las bombas caían cada cierto tiempo, debían estar programadas, fueron a caer en el mismo sitio, esto fue lo que nos salvó.

La Pastora y su marido en compañía de nosotros, pues el susto del portal creo que lo había dejado sin ideales.

Os cuento que al final estuvimos como media hora sin movernos, cagados de miedo, así como esperando más.

Por fin dijo el portero (el de la trompeta):

—¡Salgamos de aquí!

Hay que tomar lo menos posible de peso y vamos corriendo antes que nos señalen estos bandidos para toda la vida, así hicimos nuestra evacuación voluntaria.

Todavía hubo una última persona que sentenció:

—No creo que sea por mucho tiempo, pues ya las fuerzas nacionales están a las puertas de Madrid.

Se levantó la Juana, que ya os he dicho que era muy roja, le quería pegar.

¡Qué ademanes! ¡Qué lengua!

Mientras salimos, destrozados, como en una procesión, ella seguía gritando.

—¡No pasarán! ¡No pasarán!

Y casi tuvo razón, pues la evacuación voluntaria duró tres años...

Tomé los arreos y abandoné la sombra aquella mañana de las maniobras.

Cayeron siete bombas que siempre estarán presentes en la mente de un niño de nueve años.

Y como siempre, pido a Dios que estas cosas no vuelvan a ocurrir, y más entre hermanos, solo me queda que recordar unos versos de doña Concepción Arenal: «Viajero; donde quiera que estés, maldice la guerra y bendice la paz».

# Nuestra separación, por el exceso del amor imposible, pero no de la paz

ALFREDO AMIL LEÓN

Utilicemos esta separación, amarga ruptura entre tu amor y el mío, que aún muy herido continua vivo en su muerte abrupta. Ahora que creo estar a tiempo para ponerla a ella, a esa cruenta separación al servicio de la paz, que estando unidos no hemos podido engendrar. Tantas veces lo hemos intentado sin fruto ninguno, puesto que nos hemos creído que, con solo su existencia, la de ese amor, era la misma paz posible. Pero no ha sido así, bien lo sabes tú como lo sé yo también. A ese sentimiento, a ese cariño exacerbado y construido a plomo por los dos lo hemos acompañado del fervor que va en dirección opuesta, a la anulación del enfrentamiento seco y lacerante. Porque en él nos hemos perdido, sin percibir hasta este momento la casi inexistente línea que hay entre él y el desgaste que supone su excesivo sobo. Porque como con todo, hay que introducir el aire necesario para apaciguar y calmar la furia de ese acercamiento desmedido entre los dos. Amor narciso muchas veces, al que con excesiva contemplación lo hemos atendido. Sin perspectiva, sin noción cabal alguna que pudiese mantenernos en el tenue alambre del equilibrista. Y así hemos entrado en nuestra guerra sin casi darnos cuenta. Nos hemos manoseado en exceso sin interpretar que también somos dos elementos que necesitan la emancipación para cuidar la tan necesaria independencia. Y así, a día de hoy, debemos separar nuestros caminos para nuestra tan necesaria reconstrucción. Y dejemos que

llegue el mañana con la idea clara de que la ausencia de la agresión es imprescindible y no tanto el amor, aunque eso sea para nuestra desgracia. Sin resquemor, sin el rencor posible que pudiese aparecer en la desesperación concluyente de esta dolorosa disfunción. Y me despido de ti para reducir el dolor que nos ha estancado y seguir creciendo porque somos personas y lo merecemos tanto.

Para finalizar, y a modo de conclusión, no quiero alejarme con mi estela sin aclararme o así solo pretendo de lo que acabo de escribir, o de si he plasmado o he hecho otra cosa. Para ti, mujer que tanto mereces y no he sabido corresponderte, aquí te dejo una pintura y no un relato o una reflexión. Me voy y no quiero desarrollarme en esta hoja en blanco, sino dibujar este sentimiento para fijar de forma instantánea esto que quiero expresarte, y que el ejercicio de la pluma lo pueda deteriorar por su extensión. Un cuadro del impresionismo de Monet, o del cubismo de Picasso, del expresionismo de Munt o el surrealismo de Dalí. Y todos ellos, mejor solo uno que los englobe en un solo conjunto, para decirte adiós y desearte aquello que yo procuraré para mí, por lo tanto, que me quiero, y a ti en consecuencia también.

Y porque sin amor se puede seguir viviendo, masticando, respirando, pero sin la paz nunca.

Y a los que dicen eso de hacer el amor y no la guerra, les respondo que hay que estar preparados por si no hay amor o este es excesivo, para procurar incondicionalmente la paz.

Y en el final, siempre con Gandhi, por él, para él, gracias a él. En él me fijo y me referencio porque estableció la paz como fin último, y no como recurso al servicio de cualquier otra cosa.









# Obras, autores y autoras

Estamos	Andrea Rodríguez Mijangos
Tafílete marrón	Marián Palacios Martínez
Sin rostro	Beatriz Hidalgo Velasco
Más allá de la hilera de chopos	Jaime Mateo Barros
La carta	Aránzazu San Ginés Ruiz
Miguel Ángel Martín de la Rosa	Guerra y Paz por mi piel
Juan Antonio Valverde Rello	Paz y Libertas vs Guerra
Sonsales Escorial Bonet	Entre dos enemigos
Margarita Orallo Alfaro	Camino a la libertad
David Martín Rodríguez	Guerra contra la bipolaridad
Cristina Martín Ramiro	Mi visión sobre la guerra
Manuela Cancho Galisteo	Parte de guerra
Esteban Gagliardi Erausquin	Frío y Calor
Diana Cinthya Oltean	La carta de Andrés
María del Valle Ulla García	Erase una vez... pero ya no
Alex Codesal Gómez	Contando zapatos
Rodrigo Martínez Puerta	La herencia de Babel
Jose Ramón Martínez Cabello	Guerra y Paz en la Antigua Yugoslavia y España
Rafael Gamido Huete	La injusticia de la Guerra
Juan Carlos de la Rosa Orejuela	A Solas
Angela Lin Lee	Guerra
Concepción Picón Martínez	Nuestra playa
Francisco Javier López Martín	Los hijos del lobo
Raquel Corrales Ucar	Refugio
María Soledad Vegas Jiménez	Carta sin destinatario
Alberto Luis Collantes Núñez	Síndrome del impostor
Ana Isabel Hinojosa Aguilera	La Guerra de Rusia y Ucrania
Joaquín Domingo Compaired Soteras	Caminando hacia un futuro incierto
Javier Oñate Martínez	Libertad, paz y guerra
Virginia Mas Peinado	Las hilanderas de esperanza
Emilio José Huertas López	Nimiedades de la guerra
Pedro Luis López Pérez	El Bacalao
Alberto de Frutos Dávalos	Para mi corazón
Taller de Escritura Creativa de la Asociación Psiquiatría y Vida	Imaginate que hay una guerra y no va nadie
Juan Carlos García Rico	El peor espectáculo del mundo
Carlos de la Calle Cabrera	Manifiesto contra la vanidad
Javier Caballero Ramos	Paz y Libertad
May González Marqués	¡Que vienen los dragones!
Pablo Gascón Nuñez	Recuerdos del soldado moribundo
Jorge Sánchez-Horneros Lagos	La llama
Diego Ruiz Ruiz	Amigos
Daniel Alonso	La noche
Isabel Beatriz Martín Pérez	Las cosas que importan
José Daniel Cáceres Pinto	Ana
Clara Altaras Roldán	Betas blancas
Raúl Clavera Blázquez	El mismo miedo
Javier Sastre Robledo	¿Por qué la guerra?
Fernando Arias Vicente	Salvas de vino y miel
Albertina Galiano Rodríguez	¿Quieres que te cuente un cuento?
	O la curiosa historia de dos mellizos poco idénticos.
Clara Ochoa	Alma rota en pedazos
Elba María González-Banfi González	La mayor conquista
María Aránzazu Toro Escudero	Luka no se ríe
Concha Mora Olmedo	Su alma
Julio Varela Ezquerro	Autoterapia
José Luis Méndez Cortijo	Ucrania
Jorge Pavón Álvarez	Poema a Lyudmyla
Sonia de Miguel Andriano	Heridas de una guerra
Marta Velasco González	Afortunadamente existe Mariela
El arbol de las palabras	La fuerza del Agua
Vicente Fernández García	Mi abuelo
Carmen Flores Mateo	La hendidura
María Carmen Fernández Carrasco	Sobreviví a una guerra
Héctor Martínez González	Disparos apacibles
Manuel González Álvarez	Cayeron Siete Bombas
Alfredo Amil León	Nuestra separación, por el exceso del amor imposible, pero no de la paz